

**armando  
cassigoli**

10(761-31)



**ángeles  
bajo  
la  
lluvia**

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

10(761-31)

8768



*Angeles bajo la lluvia*

Derechos reservados para  
todos los países.

Es propiedad  
Inscripción: 22635

ARMANDO CASSIGOLI

APR 21 1968

# ANGELES BAJO LA LLUVIA



EDICIONES "ALFA"  
Santiago de Chile

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CONTROL

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

Verificación de Imp. y Bibl.

22 SET 1960

Depósito Legal



A LA MEMORIA DE MI PADRE,  
HOMBRE DEL SUR



“Y MIRE, Y OÍ UN ANGEL VO-  
LAR POR MEDIO DEL CIELO,  
DICIENDO EN ALTA VOZ: ¡AY!  
¡AY! ¡AY!...”

(El Apocalipsis o Revelación de  
San Juan, El Teólogo. Cap. 8;  
Vers. 13).



## ANGELES Y UNA ANGELITA

**P**EDRO Piedra cogió un pedazo de charqui y lo masticó lentamente. Echó un par de panes de grasa al bolsillo y se puso a trabajar. Dio la primera pincelada: un azul - eléctrico, como de carnicería, cubrió una franja del pequeño féretro.

Pedro Piedra pintaba tragando o silbando; a veces sacaba la gorda lengua, profundamente concentrado en su labor.

Narcisa Cohuequén lo miró hacer sin explicarse la habilidad de Pedro para tantas cosas distintas: hacía zapatos, hilaba y tejía, levantaba ranchos, laboraba la tierra, construía mesas, sillas y camas, curaba animales y personas, ta-

lababa estribos, labraba monturas, fabricaba bolsitas de cuero y cajitas de madera; sabía leer.

—¿Tú sabe hacer paraguas? —La mapuche convirtió sus ojos en dos bolitas de vidrio muy brillantes.

—Podría, en habiendo necesidad —respondió el hombre, sin dejar de mascar.

—¡Miren que saber, no!

—He dicho que en habiendo necesidad, podría...

—Pero tú no tener varita, hombre, ni tela negra...

—Sólo dije que podría...

La madera de la tapa era muy porosa. Pedro dio otra mano de pintura que la superficie bebió con avidez, permaneciendo siempre opaca.

—¿Quién te enseñar hombre, hacer paragua?

—Dije sólo que podría hacer uno, en habiendo necesidad.

—¿Otra vez hacer uno, acaso?

—No. Pero si una vez hay necesidad, haré uno...

—¡Hacerme uno, entonces!

—¡No, no hay necesidad!

Los ojos de la mapuche brillaron sin argumentos en el arrugado marco de su piel calabaza.

—Una tiene necesidad, —arguyó débilmente.

—No es cierto. Cuando haya verdadera necesidad lo haré, antes no. Aquí el viento del pajonal te lo lleva y el paragua vuela y finalmente le cae a alguno en la cabeza. Un paragua con viento vuela más ligero que un "chonchón"

—No, hombre, tú no saber. El "chonchón", salir de tierras malas. Lo que decir tú mentira. Finado Huenchapán darme "trarilonco" de plata y yo lo mercar por paragua. Tú no saber...

—No solamente hago las cosas cuando hay necesidad, antes no.

Sin dejar de rumiar, Pedro sobaba furiosamente el pincel contra la madera.

—¿Por qué azul?

—No tengo otro color, y cuando hay que hacer algo, hay

que hacerlo. Yo soy así: cuando hay necesidad de hacer algo, lo hago... ¡Y ya está!

—¿Y en ciudad, hay paragua?

--Sí, en Concepción.

—¿Dónde ser eso?

—Para el norte... o en Valdivia.

—¿Y dónde quedar eso?

—Para el Sur.

Narcisa Cohuequén miraba la cajita mortuoria con interés creciente.

—Yo sé para qué pintar azul. Para que vaya pronto al cielo...

—No, es porque no hay de otro color...

—¡Ah!

Pedro se llenó la boca de pan y dio una pincelada final a su obra.

—Cuando haya necesidad te haré uno de estos a ti, ya te estás poniendo vieja, claro que será más grande y de otro color... si es que hay.

La mapuche aterrada se retiró a la pieza del velorio.

Pedro Piedra salió de la recocina asomándose al campo.— “Paró de llover”— pensó. Colocó el ataúd a la interperie, sobre unas piedras, calculando que así se secaría más pronto. Engulló un pedacito de charqui y entró. Buscó dos maderos y empezó a tallarlos para cruz.

Una mujer larga y gruesa, de nariz afilada y rostro constelado de lunares, irrumpió como una ventolera.

—¿Ha venido la Martina, por acá? Desde que fue el milagro la ando buscando.

Pedro Piedra, la bocaza llena de alimento y sin despegar sus ojos amarillos del trabajo, respondió negativamente. La de los lunares se marchó sin hacer comentarios. Con un cuchil'o de punta afiladísima, Pedro grababa un nombre sobre los brazos de la cruz: Angelita de las Marías del Carmen. Pensó tallar enseguida unas flores y una fecha.

Llegó Martina, más redonda que de costumbre, inun-

dando la recocina con su sudor comunicativo y familiar.

—¿Don Pedrito, ha visto usted por si acaso a la Georgina, por acá? —La voz era demasiado suave para unos párpacos tan rojos y casposos.

Pedro Piedra respondió afirmativamente y agregó que también había preguntado por ella.

—¿Qué preciosura está haciendo usted don Pedrito? —La mujer se puso justamente detrás y colocó su cabeza encima de la de él. Su barbilla regordeta rozaba los cabellos del hombre.

—Es para la finadita. Cuando es necesario hacer esto, se hace. ¿No?

Martina apegó su cuerpo blando a las espaldas varoniles.

—Está quedando muy linda esa cruz, don Pedrito.

—Estas cosas hay que hacerlas cuando es necesario. Este año ya hice cuatro. Para la peste me encargaron más de treinta, es decir, treinta y seis.

La mujer empezó a refregarse contra Pedro Piedra mientras murmuraba: —Es usted muy diligente, don Pedrito, muy diligente.

El, inquieto, se incrustó en el trabajo mientras un sudor ruboroso le caldeaba la cara.

—¡Qué lindas letras sabe hacer usted! ¿Qué es lo que dice?

—Angelita de las Marías del Carmen... dice...

Martina inició un balanceo y apoyó la mano sobre el poderoso hombro de Pedro Piedra, quien hizo un movimiento poco sincero para desasirse.

—¡Claro, qué lindo es que usted haga estas cosas!

—Cuando hay que trabajar, señorita Martina, alguien tiene que hacerlo. ¿No le parece? Además... lo manda la Escritura...

—Es usted muy trabajador. Hace las letras como un ingeniero. La mujer recordó que cuando hicieron el camino conoció a un ingeniero que sabía hacer muy bien las letras.

Georgina, con todos sus lunares llegó nuevamente a la



recocina, mirando inexpresiva y moviendo sin ritmo sus largos miembros.

—Martina, la andábamos buscando. Ya es hora que empecemos los rezos, para algo somos veloriantes.

—Sí, hay que entrar. ¿Usted viene don Pedrito? ¡Venga con nosotras, no sea malito! La mujer permaneció en el mismo lugar, siempre refregándose.

—Sí —Habló Pedro Piedra, queriendo expresar algo más, que no dijo. Dió tres navajazos a la madera y se puso de pie.

Martina estiró su ceñido traje verde, que acentuaba aun más su incipiente obesidad.

¡Qué lindo vestido, niña!

—¿Lo dice porque es verde, Georgina?

—¡Bah, de veras... tiene color choroy...!

—¿Color choroy? Nó, es el verde de la esperanza en el amor— concluyó Martina mirando con ardiente picardía al evangélico, quien simuló no escuchar.

Las mujeres salieron y el hombre, antes de pasar a la pieza del velorio, entró en la cocina donde engulló un pan con grasa de vaca; se relamió palpándose el vientre grueso.

Descargóse un chubasco.

—“Se me va a mojar” —pensó Pedro Piedra—. “La pintura se corre con la lluvia y se hincha la madera”

La humedad, al extenderse sobre las caídas agujas secas de los pinos y por el ramaje de algunos canelos y eucaliptus aislados, coloreó el paisaje e intensificó el olor de las resinas.

Bajo esa lluvia de abril, fina y reciente, avanzaba la carreta, marcando con sus ejes sin engrasar un compás monótono, de estridente alarido.

Eloy venía pronunciando su torcida espalda, semi encucillado sobre las piernas del hermano enfermo, que había dejado de quejarse y entornaba los párpados con la intención de dormirse, pero bajo la llovizna le era imposible.

Picaneando los bueyes, Eloy sentía demasiado larga la jornada sin tener un poco de tabaco para calentar los pulmones y entretener la boca.

Después de cada barquinazo, Raúl abría los ojos hundidos, cerrándolos inmediatamente. Cuando una de las ruedas se metía en un bache profundo, crispaba el rostro.

El carretero injuriaba a los animales, azuzándolos. Pensaba en Onofre y también lo insultaba por mandarlo a esperar el ferrocarril sin cigarrillos: —¡Claro pues! ¡Como nó! ¿Soy su hijo o qué...?

Los lomajes recién roturados eran cercados a la distancia por la gran cordillera, siempre nevada, y por los esqueletos de árboles carbonizados que coronan las crestas de Nahuelbuta. Algunos campos de avenilla se recortaban, suaves y claros, ante un horizonte de pinares.

—“¡Puros pinos, carajo! ¡Si al menos tuviera qué fumar! Pero ni eso... Como si los pinos sirvieran para comer... ¡Claro pues, como nó, pues! ¡Puros pinos!”

La carreta saltó un enorme guijarro y Raúl aulló.

—“El viene de Temuco y seguramente trae tabaco. Yo sé que en Temuco todo el mundo fuma y venden cigarrillos en todas las esquinas. En Temuco la gente sabe vivir y no planta pinos en cualquier parte”.

El vehículo, arrastrado por la vacilante lentitud de las bestias, se bamboleó crujiendo, como si fuera a deshacerse.

—Tú debes tener cigarritos. —Eloy trajinó al hermano, encontrándole en uno de los bolsillos un billete arrugado y húmedo de cincuenta pesos. Raúl dió un ronquido de protesta, pensó en su muerte cercana, inútil, y apretó los párpados; sus piernas, fuera de la manta, temblaban levemente.

—“A pesar de todo yo no viviría en Temuco. Pienso que vivir en el pueblo es lo peor de todo: uno se enferma y además llega sin tabaco. Creo que es mucho mejor no vivir en el pueblo porque así uno no se enferma y también puede ser que algunos días alguien le dé a uno un cigarrito”.

La lluvia se tornó más penetrante. Los Ñanculeo salieron de sus rucas y caminaron al paso de la carreta.

—Buena tarde, hombre.

—**Mai-mai** Ñanculeos—. Eloy miró de soslayo a los mapuches.

—¿Otro hombre muriendo, quizá?—. Indagó el más anciano.

—Medio enfermo nomás—. El carretero contestó sin detener la “chancha”.

—¿Tú no fumar hombre, quizá?—. Ñanculeo sonrió sabiamente.

—¡No! ¿Quién planta tantos pinos por acá?

—Nosotros no plantar pino, pero vender cigarro... Mucho cigarro de Eliseo Ñanculeo.

—¡No hay plata!—. Eloy pensó en los cincuenta pesos.

—¡No importa! Eliseo Ñanculeo cambiar por... zapatos.

El carretero bajó la vista, se humedeció los labios y no respondió.

—Eliseo Ñanculeo cambiar cigarro por zapato— insistió.

—Casualmente tengo unos, pero se los presté a mi hermano que viene del hospital y que es del sindicato, que le llaman—. Rehuyó la mirada de los Ñanculeo.

—Pídelo, hombre.

—Sí, se los pediré, pero vayan a buscar los cigarritos ¡y... un “choapino”!

—No tener “choapinos” ni “lamas”.

—¡Entonces no hay zapatos!

Los Ñanculeo partieron presurosos a sus viviendas. Eloy detuvo la carreta.

—Más conviene que te saques los zapatos— recomendó al hermano, mientras lo descalzaba— así te podrás abrigar más.

Raúl se limitó a esconder los pies desnudos bajo la manta.

Regresaron los Ñanculeo entregando a Eloy un “choapi-

no" usado, negro, rosado y lila, que envolvía varios atados de cigarrillos baratos. El carretero pasó su parte.

La "chancha" siguió, estridente, su camino. Eloy encendió un cigarrillo tragándose desesperadamente el humo. Echó el "choapino" sobre las piernas de Raúl y dijo en voz alta:

—¡A la mierda con los pinos! ¡A la mierda con los Nanculeo.

Una idea se apoderó de pronto, obsesionante, del carretero: ¿Para qué querrán estos indios un par de zapatos? —y por más que la dió vueltas en su cabeza, no supo qué responderse.

Sobre la mesa del comedor, con una cinta de papel morado en los escasos cabellos, un corbatín de cartulina blanca atado al pescuezo y encima de unos almohadones de flecos amarillentos, estaba la niña muerta. Tenía los ojillos semi-abiertos, el rostro empolvado y los labios con carmín; su cuerpecito, cubierto con una alba sábana de tocuyo, resaltaba en su color moreno céreo. De cada manecita empuñada y rígida pendía una flor artificial. Seis velas, sobre seis piedras lisas, enmarcaban los restos de la criatura. Un crucifijo de madera, una imagen de yeso de la Virgen del Carmen y dos oleografías grasientas y mosqueadas: Arturo Prat con la espada en la mano y el Presidente Balmaceda con una pluma en la diestra, coronaban la cabecera. Fuentes con carne de lechón, aun tibia, charqui con apariencia de pellejo petrificado, pan y cebollas escabechadas, yacían en otro extremo de la mesa rodeadas de jarros verdosos: chicha, vino tinto y blanco. Una botella de mistela de apio reinaba solitaria.

En el brasero hervía una tetera y a su orilla, Narcisca Cohuequén, encucillada, rozando apenas con el traste un pisito de totora, cebaba un mate

Don Roque, hirsuta su blanca barba, yacía adherido a su silleta de paja, pensaba en lo mala que se había puesto

últimamente Georgina. La mayor parte del tiempo el anciano no lograba asir ninguna idea. Con el sombrero hasta las orejas y la manta puesta, como anticipado sudario, se contentaba solamente con mirar al suelo.

Geogina, sin advertir la presencia de su padre, se sentó junto al brasero, cogió su guitarra y punteando, le extrajo aislados compases de lamento.

Martina cayó con todas sus carnes sobre una estera y empezó a gemir, compitiendo con el Ronco que aullaba como un ser humano.

Repartiendo mates entre los veloriantes, Narcisa se sumó a los lloros.

Pedro Piedra de pie junto a la muerta, labraba un estribo en miniatura de trazos rígidos y seguros, mientras sus carrillos no cesaban en su actitud demoledora.

Después de un galope violento que se apagó en la misma puerta de la habitación, apareció Ondre seguido de Lalo. El Ronco ladró y salió del cuarto.

—¡Aquí viene llegando el dueño de casa, mi alma!— El viejo traía los ojos encendidos; el balanceo delataba mucho alcohol en ese cuerpo esquelético de vientre abultado. Su pelo, blanquizo, sucio, como lana de oveja enferma, se le adhería a las sienes. —Me aseguró que vendría inmediatamente a darle la bendición. ¿No es así Lalo?

—¡Así es! Dijo que en cuanto pudiera iba a venir; que para algo es un misionero... Quizás con lo del milagro anda medio recargado de trabajo...

—Pasamos a tomarnos algo para el frío. Con la llovizna los viejos tenemos que abrigarnos por dentro. ¿Le han rezado algo ya a la finadita?

Las mujeres, que habían interrumpido sus llantos por la entrada de ambos, reanudaron sus lamentos. Los recién llegados se ubicaron alrededor de los comestibles y se pusieron a tragar en silencio. Un viento, helado, comenzó a ulular, colándose como cuchillo por las rendijas del muro de enquinchado.

—“Este velorio está muy muerto, habría que animarlo un poco”— pensó Onofre mirando fastidiado a Pedro Piedra que continuaba en su faena.

—¿La angelita montará bestia allá en Reino del Cielo?

—¡Qué va a montar allá! ¡Esas son puras invenciones de ustedes los mapuches nomás—. Los lunares bailaron sobre la cara aguda de Georgina.

—La pura verdá. Tú no saber. El vaca también ir a'lá.

—¡Claro, cómo no! Cualquiera cree que en el cielo hay también perros y gatos... o moscas.

—¿Y dónde ir el bestia muerta? ¿Ah? ¿Qué crees tú, don Pedro?

—Cuando se está trabajando en algo que es necesario hacer, no se debe opinar—sentenció—. Hay muchas personas opinantes que por abrir la boca y darle juego a la lengua no trabajan nada.

—Así es también— confirmó Martina, sonriendo.

Georgina rasgueó su guitarra y dirigió su afilada nariz hacia Onofre:

—¿Estaba en la Misión el padre Damián?

—Nó, estaba en otra parte.

—¿Dónde?

—¡Bah, por ahí!

—¡Es fácil imaginárselo!

—¡Allá hay muchas más almas que convertir que por estos lados! El Chucho se ha puesto muy descreído últimamente...

—¡Miren que manera de convertir!

—Cada cual sabe su oficio. Un misionero debe estar en todas partes. Y no discutamos más. Delante de una angelita hay que saber comportarse; es lo mismo que si estuviéramos en la iglesia.

—Pero en las iglesias no hay mate, ni charqui, ni chicha.

—¡No seas soberbia! ¿Tú crees que los curas viven de alpiste? ¡No, Georgina, no! Y además, lo que está dicho esta

bien, y si no fuera por <sup>esto</sup> soy muy manso la cosa sería distinta... ¿Un trago Lalo?

—¡Sí, un trago, no faltaba más!

—Porque con algo hay que pasar la pena, digo yo.

—¡¿Sí, no?!

—Porque si yo tuviera tierra para plantar pinos como lo hacen algunos, la cosa cambiaría. Lalo, usted que es medio letrado debe saberlo...

—¡Claro! ¡Plantar trigo ahora es cosa de mapuches. Cuando yo estaba en Concepción...

—¡Ah! ¿Ud. ha estado en Concepción?

—¡Años!

—¿Y...?

—Bueno, se pasaba bien. Eso si que era peligroso. Tenía un enemigo en Talcahuano que trataba de hundirme el negocio—. Estaban apoyados en la mesa del velorio, Onofre acariciando distraidamente una punta de la mortaja y Lalo, garboso, escarbándose la nariz con el meñique. Las lloronas diéronle nuevos bríos a su labor. Sólo don Roque pensó en la inutilidad de todo.

—Pero usted Lalo debe haber ganado buena plata a'lá en Concepción.

—Algo... algo. Tuve que "aceitar" muchas manos. Se me respetaba, sí, pero había que soltar harta "yesca"— Lalo hizo un gesto con los dedos indicando dinero, luego, fachoso, infló el pecho con donaire.

—Entonces fue la señora Rita quien logró que usted se quedara por estos lados. ¡Este canuto es más "quedado"...!

—¡Don Onofre!

—¡Don Onofre! ¿Qué hay con don Onofre? Lo dicho está bien dicho, "cabro". Si no fuera porque soy muy alegre se lo diría llorando. Para lo único que sirve ese Pedro es para evangélico. ¡Está resultando más piedra que Pedro! ¿Ah? Y la Martina. —¡Buen dar con la Martina! Usted sabe que para mi no hay baguales mostrencos. Por algo tengo ají en

la sangre. Pero si lo pilla con la señora Rita... ¡Estos evangélicos son más celosos que mi abuela!

Lalo permaneció mudo, respondiendo sólo con una sonrisilla complaciente, de picara complicidad, de vanidad halagada.

Narcisa pasó un mate recién cebado a Pedro Piedra que tenía las fauces rep'etas de cebolla.

Georgina cantó a la angelita:

—“Angelito milagroso  
que te vas para los cielos,  
rogando por padre y madre  
y también por los abuelos”.

Al poco rato la canción cambió de letra. Nadie al comienzo se dio cuenta, excepto Pedro Piedra que empezó a inquietarse y a echar miradas de fuego a la cantora.

—“Angelito maldadoso  
que te vas para el infierno  
llevándote de las mechas,  
a padre, madre y abuelos”.

—¡Cordero de Dios, aquí está el Enemigo! —gritó el evangélico—. Parece que en esta casa hay alguien que quiere expulsar al Amado. El Malo se ha aposentado en este hogar.

—¡Guárdese su evangelio señor don Pedro Piedra! —farfulló Georgina— ¡A mi cuerpo puede llegar a mandarlo un hombre, pero lo que es a mi canto no me lo manda nadie!

—Yo no he intentado mandar ningún canto, pero El ordena que delante de una difunta no se puede blasfemar. ¿Es eso lo que le enseñan los católicos y su Papa?

—Bueno, bueno—intervino Onofre— el que manda aquí soy yo, por algo la finadita era hija mía; además, soy el dueño de casa. Yo digo que hay que tolerar a todas las religiones porque todas son de Dios, a menos que aquí haya un partidario del Diablo.



—Parece que los hay— masculló el evangélico.

—Bueno, bueno, hombre, que los haya. ¡Aquí el único partidario del Diablo soy yo, y con esto basta y sobra, y San Se Acabó! Si no fuera porque soy muy tranquilo me enojaba. ¡Ya está! ¡Lo mejor es que se sirvan un trago y no discutan más leseras! ¡Para algo estamos en un velorio!

—¡Esta Georgina no es mi hija, me la han cambiado!— bramó don Roque desde su sillita, pero nadie lo advirtió.

Lalo sirvió las copas omitiendo a Pedro Piedra y olvidando a don Roque. Georgina, luego de beber, pulsó su instrumento, sin cantar. Martina interrumpió su lamento para empinarse el vino. Narcisa Cohuequén dejó el mate varado en la ceniza, lejos de las brasas y miró al evangélico que con los ojos medio cerrados parecía musitar una oración.

## ANGELES ANTE UN MILAGRO

**P**OR entre los bajos lomajes tapizados de avenilla, y dentro del pajonal —maraña palpitante de aves, roedores, carrizo, bato y totora— se deslizaba el río.

Juan Agustín Jáuregui, amo de esas tierras, tenía su casa oteando desde la cima de una loma. Los demás habían parado sus chozas a la orilla misma de las aguas, terreno que, por ser considerado de nadie, era de todos: al norte los Rivarera; más abajo la rancha de Martina pintada de hollín y construída por su misma solitaria dueña; mucho más al sur la casa de Onofre y sus hijos se alzaba como una colmena pues a simple vista se notaba que comenzó por un cuarto al que con el tiempo le fueron saliendo piezas por todos lados;

tres leguas hacia el interior, pasando la casa de las Suaves y sus jolgorios, estaba el pueblo.

—“Hasta acá mismo han plantado pinos” —pensó Eloy entrando al poblado. Estaba satisfecho, tenía buena provisión de cigarrillos y después de eso nada apetecía.

En un sitio eriazo lleno de desperdicios, los Pairoa despatarrados, se protegían de la lluvia bajo una débil enramada.

—Buenas Eloy, viejo.

—¡Hola Ramón!

—¿A quién llevas ahí?

—Al Raúl.

—¿Todavía enfermo?

—Sí, todavía.

—¿Se está muriendo?

—¡Quizás, nunca se sabe!

—¿Hace años que se está muriendo, no?

—¡Sí, parece que hace años!—El carrero detuvo la “chancha” y encendió otro cigarrillo.

—¡Puede ser que esta vez sea de veras!

—Puede ser, pero dos muertos a la vez es mucho asunto.

—¿Sí, no? ¡Yo recién le decía al José que los hombres no son como las vacas, porque nadie aprovecha nada cuando alguno se muere, por el contrario, hay que gastar en entierro, en velorio... Pero como el José se quedó dormido parece que no me oyó... ¡Oye José!

—¡La verdad, no!... ¿Para qué la gente plantará tanto pino?

—Dicen que para tener madera de pino...

—También es cierto...

—Dicen que da más que el trigo... ¡Qué se yo!... ¿Y la finadita... tuvo buena muerte?

—Se puso a tiritar y se quedó ahí nomás, tiesa y seca.

—¿Moriría de hambre?

—A lo mejor...

—¡Buen dar con los chicos poco aguantadores! ¿Y el Raúl, para qué volvió?

—No sé. A mi me mandaron a buscarlo al tren de las cuatro. Escribió una carta. Decía que lo echaron del hospital y que quería venir a morirse en la casa. Parece que hizo algo allá con los enfermos y enfermeros... una huelga o no sé que cosa.

—¿Estás seguro que viene vivo?

—Durmiendo. ¿No lo ves?

—¡Claro! ¡Chitas que está viejo! Yo no lo veía... ¡Dian- tres que hace tiempo! ¡Así que se puso más político! ¡Nada de bien le ha hecho la ciudad!

—Así ha de ser... —Eloy chupó el cigarrillo con frenesí, cogió la picaña e hizo un ademán de poner la carreta en movimiento.

—¡Epa, viejito! ¿Supiste que hubo un milagro?

—H'm!

—¡Oye, oye! ¿Tienes platita? A nosotros recién se nos acabó y el Chucho ya no fía. El José quiso venderle un cuarto de cuadra en verde, pero no hubo caso. ¡Chucho desgraciado! ¡Chucho ladrón!... ¡Mira al José, está como muerto el pobre! Compramos a medias un litro del más malo, puro vinagre con agua, y él se lo tomó casi todo. Por eso que está tan dormido... ¿Y el Raúl, no tendrá algo el Raúl?

Eloy dió un brinco y fumó impetuoso.

—No tiene nada. Dijo que los del hospital le pagaron el pasaje.

—A lo mejor lleva zapatos. Aquí no los va a necesitar para nada.

—Llegó así nomás, sin zapatos...

—En tu casa a lo mejor han comprado algo, por lo de la finadita... quizás... el velorio — Ramón Pairoa reptó hacia la carreta y estirando mucho el pescuezo rogó:

—¡Llévanos Eloycito, llévanos a los dos con el José!

El carretero sacó su joroba fuera de la "chancha", acercándose al ebrio; lo miró directamente a los ojos y le lanzó un: —¡No!— como un martillazo.

—Viejito Eloy. ¿No te acuerdas que yo te daba cigarritos?

—prosiguió Ramón persuasivo.— Una vez me saqué un puchito de la boca. ¿Recuerdas? Otra vez el José te llevó donde las Suaves para que te hicieras hombre. ¿Te olvidaste ya?

—¿Qué me darías Ramón. — El boyero debilitó la voz.

Ramón apartó de un manotazo las brillantes mechas que le impedían la visión y sacó un cigarro habano, apenas fumado. Los ojos de Eloy llamearon de codicia.

—¿Sabes quién fuma de estos?

—Los “gringos” y el patrón Juan Agustín...

—¡Tómalo!

—Pero Uds. cuando toman trago, terminan peleando...

—No. terminaremos peleando, viejito...

—¿Verdad? —La voz de Eloy se hizo aún más débil. Cogió el cigarro.

—¿Verdad! ¿A tí te gustan las Suaves, no? ¿Y no te gustan los pinos, ah? ¿Y te gusta fumar, h'm? ¿Y no cae bien el patrón Jáuregui, verdad que no?

A cada pregunta el carretero asentía con un gesto.

—A nosotros con el José nos pasa igual... Tú sabes que cuando a las personas les gustan las mismas cosas deben ser amigas y andar juntas...

Los rostros estaban tan cerca que ambos se sentían las respiraciones. Eloy se irguió y con la colilla de su cigarrillo encendió el puro apenas fumado.

—Ayúdame a levantar al José! —Ordenó Pairoa.

Eloy descendió de la “chancha” y fué hacia el dormido. Ramón aproximó tambaleante su baja estatura. Ambos arrastraron a José hasta la carreta y con gran esfuerzo lo lanzaron encima de Raúl que no protestó. El carretero tomó la picana y azuzó a los bueyes. La “chancha” reanudó su camino, con lentitud.

Las primeras casas del poblado ocultaron un campo invadido de pinares, mostrando sus puertas destartaladas y sus muros de barro enjalbegaños, monótonos, opacos, festoneados a intervalos por ventanucos cubiertos con cortinas de tocuyo bordadas en “pitilla”.

Garuaba fuerte. Un mapuche dormía, derrumbado en la puerta del bar del Chucho, su temprana borrachera. Una vieja encorvada y un muchacho descalzo salieron afirmándose dificultosamente y casi cayeron sobre el dormido. Varios denuestos sonaron contra el indígena.

—¡Para las bestias! —Mandó Ramón— ¡Ahora ayúdame a despertar al José!

Eloy cogió al borracho de las largas orejas y empezó a removerlo, al comienzo en forma suave, pero luego con brusquedad tan mayúscula que Raúl desde abajo emitió un quejido y otro.

—¡Eloy! ¿Qué pasa Eloy? ¡Tengo frío — clamó el enfermo.

—¡Cállate Raúl, es el José nomás! ¡Quédate tranquilo!

—¿Hasta cuando joden? — volvió a quejarse Raúl.

El carretero seguía en su frenética faena de despertar al ebrio.

—¡Ramón, mejor será que despiertes tú al José!

—Dicen que es malo que un hermano despierte a otro. ¡Vamos! ¡Andale! Gritó Ramón imperativo, rascándose la cabeza y reprimiendo un bostezo, con una mueca indescriptible.

El carretero tomó nuevamente al beodo de una oreja y con la mano libre trató de abrirle los párpados.

José entreabrió los ojos y con un gesto risueño balbuceó a media lengua:

¡Qué es la cuestión! ¿Ah? ¡Qué es la cuestión!

—¡Bien! ¡Muy bien! Ahora hay que echarlo abajo. Ramón descendió a tropezones del vehículo. En seguida bajaron al borracho y lo afirmaron en el débil "enquinchado" de la carreta. Lo tomaron por debajo de los hombros y entraron con él al local.

—¿Y el Raúl — Pensó Eloy en voz alta.

Montando en su yegua el padre Damián entró al terre-

no de los Rivanera, pisoteando el ajisal y algunas lechugas raquílicas. Cuando Justo Rivanera, el mayor, salió disparando hacia el marjal, la gritería todavía retumbaba dentro de la ranca. Los cabellos del hombre dibujaron una estela oscura frente a la mirada del sacerdote. Jenaro, con el torso desnudo y Javier el menor, partieron tras el hermano: otearon el campo y se decidieron por el pajonal, sin importarles el jinete.

El padre Damián bajó de su cabalgadura y entró en la casa: no encontró a nadie. Abrió la puerta trasera y se dirigió al río con la intención de ubicar a los hermanos o a la vieja. Por el camino apartó fastidiado algunos perros que intentaron lamerle las manos.

Justo, al borde del agua esgr'mía una piedra y trataba de ocultar algo detrás de su cuerpo fornido.

—Un poquito nomás —rogó Javier con voz casi infantil— lárganos un poquito nomás y te dejamos tranquilo.

Jenaro buscaba algo para lanzarle al mayor que, con los pies en el agua, miraba absorto y violento a sus hermanos ubicados a pocos metros en la falda de una suave elevación cubierta de pasto seco.

—Es para los tres. Lo hizo la vieja... y es de los tres— Jenaro aullaba roncamente mientras en vano buscaba una piedra con que agredir al hermano mayor.

A Justo le llegaba ya el agua a las rodillas. Los otros ganaron un poco de terreno. Dió un puntapié al agua sin lograr mojarlos.

—Si no es para los tres por la buena, será para nosotros dos por la mala — Jenaro gruñó embravecido tratando ahora de hallar un palo.

—¿Qué sacas, qué sacas si no te vamos a dejar tranquilo? — Habló el menor con voz muy de niño y abriendo los brazos.

Justo echó pié atrás y se metió más en el río. El padre Damián decidió intervenir.

—¡Por Dios, hijos míos, qué es esto!

Los tres giraron la cabeza en dirección al cura y bajaron la vista al mismo tiempo, no tanto por vergüenza, como por costumbre ante alguien ajeno a la familia.

—¿Qué sucede hijos? ¿Por qué riñen?

—Por nada. No es nada. Sólo que Justo nos tiene una cosa.

—¿Qué cosa hijos?

—¡Una cosa!

—¿Y de quién es la cosa, hijos míos?

—De los tres... es de la vieja... ella la hizo...

—O sea que tampoco es de ninguno de ustedes...

—Buena... es de la casa... y Justo se la llevaba él solo.

—¿Es verdad eso, Justo? ¡A ver, hijo, pásamela a mí!

¿Quieres?

El del agua quiso retroceder nuevamente, pero en ese sitio el río se hacía más profundo. Esperó que se acercara el cura.

—¡Vamos, Justo, hijo, pásame eso a mí! ¿No me tienes confianza? ¿No te acuerdas que yo te bauticé?

Justo estiró una botella forrada con tejido de lana multicolor. El sacerdote quiso tomarla, pero el hombre recogió el brazo haciendo trastabillar al religioso. El padre Damián no perdió la paciencia.

—¡Ya pues, vamos, pásamela a mí! ¡Terminen luego con la discordia! Recuerden que son hermanos... ¡Hijo, sal del agua!

Justo volvió a estirar el brazo, pero esta vez el cura fue más rápido y asió la botella.

—¡Anda hijo, suéltala; sal de ahí porque te estás mojan-ro! Su voz convencía.

El hombre salió mansamente del agua. El sacerdote observó el extraño tejido que envolvía la vasija y caminó hacia el rancho seguido por los tres cabizbajos Rivanera: Justo dejando un reguero de agua y barro al caminar, Jenaro con ambas manos en los bolsillos y Javier trotando como un mulo joven.



Ya en la casa y sentado, el padre Damián descorchó la botella y bebió un largo trago, haciendo chasquear lengua y labios en señal de aprobación.

—¿De manzanas?

—Sí, de manzanas... la fabrica la vieja...

—Le queda fuertoncito, hijos, ¿verdad? Así está buenísima, bien fermentadita, en su punto...

—Mi vieja la hace, pero la guarda para ella misma, no le convida a nadie. Dice que es remedio para el reuma.

—Sí, m'hijo, a veces suele curar el reuma, por lo menos a mí me hace bien, muy bien. El religioso echó otro sorbo a su gazzate saboreándolo con placer, mientras los hermanos permanecían en silencio e inmóviles. El suelo de la pieza se había humedecido cambiando de color. De las ropas mojada se escapaba un vaho denso y maloliente.

Sin levantar la cabeza Justo le espetó al cura:

—Yo sé padre a qué vino usted ahora. Pero antes de que me diga nada yo quiero decirle algunas cosas que hace tiempo quería decírselas, pero no se las había dicho nunca y por eso se las digo ahora.— Justo se humedeció los labios, bajó más la cabeza y prosiguió.— Esta tierra de aquí, por poca que sea, no es nada del patrón Jáuregui, porque nosotros mismos se la hemos quitado al pajonal. Durante muchas semanas hemos traído tierra y piedras, de a poquito, cuando teníamos tiempo. Por eso, como le cuento, es de nosotros. ¿Y el agua de quién es, dirá usted? El agua es de todo el mundo, porque se hace allá en la cordillera con nieve derretida, digo yo. Sé estas cosas, padre, porque trabajé en un aserradero ¿Ve? ¿Y de quién es la nieve, ah? ¡De Dios digo yo! ¿Y las montañas? ¡Yo digo que son de Chile, h'm! ¿Entonces por qué nos quieren quitar lo que no es de nadie, y que encima de todo lo hemos trabajado? Porque yo le digo, padre, con todo el respeto que le tengo, perdóneme, que usted, padre, es más amigo del patrón Jáuregui que de nosotros, aunque nos haya bautizado...

—¡Hijo!

—Sí, padre. Pero si quieren echarnos como a perros... ¡Que vengan! ¡Sí, que vengan y nos echen a patadas! ¡Como le digo padre, a patadas, como a perros que somos! Yo sé, padre, que a usted lo han mandado, ¡perdóneme! para que nos deje mansitos, como ovejas, ¡perdóneme...! pero es así...

—¡Te equivocas, hijo mío! —El religioso tomó otro trago— ¡Nadie me ha mandado para acá! Sólo Dios me trajo aquí a tu casa...

—¿Dios? ¿Y qué quiere Dios con nosotros que somos tan repobres? En el invierno a veces pasamos a pura agüita caliente. No crea usted que yo no soy católico, ¡que me condeñe! ¡pero...! ¡Para qué nos va a querer Dios!

—Para mucho, hijos míos, para mucho. La Lola (Justo se ruborizó) la hija, de Onofre, me habló del milagro. Esas cosas, hijos míos, raras veces ocurren, por lo menos aquí en Chile. ¿Han visto ustedes caminar un árbol, un cerro... una piedra?

—¡Ah, usted está hablando de la piedra que anda, no!

—No, Justo, no hablo de "la piedra que anda" sino del milagro que hizo andar a esa piedra, del milagro que significa que esa piedra haya andado precisamente en esta tierra de ustedes.

—La piedra está en el río, padre...

—Efectivamente, está en el río, pero frente a estas tierras.

Justo se mordió la coyuntura del índice y se rascó imaginarios escozores en la pantorrilla.

—Dígame una cosa, padre. ¿Y para qué nos sirve a nosotros ese... milagro? ¿Acaso por eso vamos a vivir seguros, sin que nos eche el patrón Jáuregui como nos ha amenazado?

—¡Precisamente hijos!

—No le entiendo, padre.

—¡Precisamente —el padre Damián descorchó la botella y bebió— precisamente! ¡El que no los vayan a mover de

aquí es otro de los milagros! Porque a esta piedra que ha sido tocada por la mano de Dios hay que cuidarla...

Jenaro y Javier levantaron la vista y Justo se llevó la diestra a la boca, chupándose el pulgar con gesto infantil.

—¿Y cómo lo supo usted, padre?

—Ya te lo dije, fué la Lola (Justo volvió a sonrojarse) quien me lo contó. Ahora quiero saber algo muy importante ¿Vieron ustedes la piedra, cuando anduvo?

—¿No será, como siempre dice usted, una brujería de los protestantes?

—No Justo, qué van a haber sido ellos. Tendrían que ser muy gallos, ¿no te parece...? Yo quiero que digan si alguno de ustedes la vió caminar...

—Bueno, la noche anterior estaba como a media cuadra y ahora está aquí al frente... Ni cien cristianos juntos la habrían movido. Creo yo que debe haber sido...

—¡La mano de Dios!

—¡Sí, como usted dice, padre, la mano...!

—¡Gran cosa es esta! ¡Y que les haya tocado a los Rivanera! —El sacerdote bebió largamente— ¡Y que les haya tocado a ustedes!

—¿Pero usted está bien seguro que el patrón Jáuregui? —Y miró por primera vez al cura de pupila a pupila— ¿Está bien seguro que...?

—¿Seguro?... ¡A ustedes no me los mueve nadie de aquí! ¡Mañana mismo vendré para acá y ustedes me ayudarán a levantar un pequeño, bueno... santuario, capilla... ¿Me entienden, no? Se pagarán mandas. Haremos un camino hasta la piedra, con puente. Ustedes los Rivanera serán los dueños, por decirlo así, y vuestra madre... ¿A propósito, dónde está la señora Ufemia?

—Donde don Onofre. En el velorio de la angelita...

La respuesta vibró hueca. Hubo un silencio largo, interrumpido por la lluvia sobre el tejado.

—¡Sí, es un verdadero milagro! ¡No cabe duda! —Habló después de un rato el padre Damián vaciando el resto de la

chicha con forro tan abigarrado— ¡Un verdadero milagro!

Los hermanos miraron la botella desocupada y pensaron en la piedra. Esta, ciertamente, la noche anterior había caminado más de ochenta metros.

Cuando Rita apareció moviendo sus ancas a saltitos, Pedro Piedra abandonó el trabajo y dejó de masticar; miró fijamente a su mujer para indicarle que se acercara. Ella, con forzada cara de velorio saludó a los presentes, circunspecta.

Pedro insistió haciendo chasquear la lengua cual si llamara a una yegua. Rita vió a su marido requiriéndola además, con bruscos movimientos de cabeza, pero se unió a las mujeres, junto al brasero, luego de llenar con su sonrisa el cuarto.

—¡Le he dicho que venga porque es necesario! —Tronó el evangélico— ¡La mujer le debe al marido obediencia y respeto, y el hombre a la mujer protección y alimentación! El matrimonio en Cristo es algo muy serio, digo yo.

Los veloriantes agacharon la cabeza sin atreverse a intervenir, y despreocupadamente siguieron rumiando, bebiendo o mirándose las manos y los pies.

—¿O es que estamos en el tiempo del Anticristo en que la mujer se rebela contra el hombre? ¡“Y si tu mano te escandalizare, córtala”, dice Marcos!

—¡Ya hombre, ya voy, ya voy!— Ella muy dueña de sí púsose de pie.

—Con razón dice Miqueas: “Porque el hijo deshonra al padre, la hija se levanta contra la madre, la nuera contra la suegra: y los enemigos del hombre son los de su casa”... Y esto va también para los que se dicen... amigos.

Rita, elástica, se acercó al marido que afanosamente se hurgaba la boca con el índice.

—¿Qué quieres?

—¡Dónde estabas!

—En la casa. ¡Qué tanta pregunta!

—El hombre pregunta cuando no sabe y trabaja cuando es necesario.

—¡Dime! ¿Qué quieres?

Pedro Piedra no halló que responder. Rita, sintiéndolo vacilar, insistió con tono seguro, elevando la cabeza y tanteándose el moño: —Bueno, vas a decir para qué me quieres o te vas a quedar ahí callado. ¿Ah?

—¿Guardaste la vaca? —La voz le salió sin que abriera la boca—. Acuérdate que todavía no terminamos de pagarla...

—¡Sí, la guardé! Y también le puse agua a las gallinas y amarré al chivo y también guardé la ropa tendida para que no se mojara con la lluvia. ¿Algo más, Su Merced?

—¡No! Yo quería saber eso solamente.

—¿Me puedo sentar?

—Sí, siéntate. Estoy muy ocupado. Es necesario que se hagan algunas cosas... cualquiera lo sabe. —El evangélico tejía una corona funeraria con ramas de pino y paja cortadora—. Mandé a Pello a buscar ramas y todavía no llega; sin materiales es difícil hacer una corona.

Los veloriantes comían con estridencia, hablando al mismo tiempo y sin oír a los demás.

—¿Se sirve algo la señora Rita? —preguntó Lalo, zalamero.

—¡La señora Rita no se sirve nada! —Pedro Piedra sacó un vozarrón.

—Yo, preguntaba nomás.

—Y yo le contesto nomás caballero.

—¡Vamos, vamos, esta reunión se está poniendo muy aguada, y no es por la lluvia, creo yo! ¡Alégrense niños! —Al hablar, Onofre mostró sus encías llenas de raigones de color indescriptible. —¡Sírvanse alguna cosita, con toda confianza que todavía queda! Y usted Georginita, haga cantar o llorar esa vihuela, como dicen... que da lo mismo.

Nuevamente la guitarra sacó su voz plañidera, casi di-

sonante. Narcisa puso más agua al fuego, que atizó con los dedos.

—¿Y ese misionero que nunca llega? —Pensó hablando Martina.

Parece que habrá que irlo a buscar de nuevo —Onofre tomó una botella y salió seguido de Lalo— ¡Hay que ir a traerlo!

—Un pastor evangélico ya habría llegado al sitio donde su deber lo reclama.— Pedro Piedra lanzó la idea suponiendo que nadie le haría caso.

—¿Y no hay pastor en el pueblo? —indagó Martina forzando la dulzura de sus palabras y abriendo los labios como si quisiera succionar al evangélico.

—No, aún no ha llegado por acá la voz de Dios...

—¿Y usted don Pedrito?

—Yo no soy más que un humilde siervo del Señor, un simple soldado en lucha contra el Enemigo (Pedro Piedra imaginaba inmensas legiones de hombres buenos como él, encima de las nubes, luchando con espadas llameantes contra ejércitos de demonios rojos, azufrados y portando tridentes)... un siervo nomás... apenas un soldado, y nada más, señorita Martina.

—¡Qué segura se debe sentir una mujer al lado suyo...! Como la señora Rita... ¡Tantas cosas que sabe usted!

El evangélico insinuó un gesto, no concediendo importancia a lo dicho.

—¡Uy! Ahora que me acuerdo, tengo que ir a buscar algo a mi casa, y está tan resolo, fijense. Y con lo mala que soy para andar sin compañía. ¿Vendría conmigo alguna de ustedes, chiquillas? ¿O quizás algún hombre que no le tenga miedo a andar? —cantó Martina, insinuante.

—Sí, sí, acompáñala Pedro —se entusiasmó Rita— ni tú ni ella se van a comer por el camino, aunque ahora que estamos de milagro no sería nada de raro...

—Yo sé dónde está mi deber... sólo hago las cosas cuan-

do es necesario, además... aquí hay mucho trabajo. Tú Rita, parece que no comprendieras las cosas.

—Si las comprendo...

—No, no comprendes nada.— Pedro sin levantar la cabeza echó un pedazo de cebolla a su insaciable boca.

La dé los lunares emitió un chillido muy agudo e hizo vibrar una sola cuerda en la guitarra, enarcando la mano como araña al ataque.

Rita se aproximó a Martina, y cogiéndola de un brazo le dijo en voz muy alta para que la oyeran los presentes: —¡Qué tiempo que usted no va a vernos, Martina. Vivimos tan recerca... es vergüenza que sea tan ingrata. Pedro se lo pasa todo el día en casa, así que si yo no estoy, él puede atenderla.

Georgina hizo un ruido semejante a un leve acceso de tos y punteó otra cuerda en su instrumento. Don Roque que miraba al vacío, advirtió a Narcisa y se la imaginó desnuda, como a una oveja sin su lana.

Herido, por las palabras de su mujer, Pedro Piedra se puso a monologar a gritos: —Cuando un hombre está en su casa, es porque está trabajando, y si trabaja es porque es necesario que lo haga. El ordena que nos ganemos el pan con el sudor de nuestra frente. El hombre así debe proceder, y la mujer... también. En la vuelta de cada loma se encuentra el Diáblo dispuesto a pegarnos un arañazo a mansalva... ¡Y si uno se queda en la casa, es porque... es porque no trabaja afuera...!

—Después de lo que me ha dicho don Pedro, ¿cómo quiere usted señora Rita que yo vaya a su casa? —Martina habló compungida mirando al hombre de soslayo.

—¡Por Dios, ni que se la fueran a comer! —Cacaréó Rita riéndose con boca, hombros, pechos y vientre. —No acostumbras a comerte a las visitas, Pedro. ¿No es así?

—Toda persona que vaya a mi casa será bienvenida, siempre que llegue con buenas intenciones. Las puertas de un hogar decente, siempre están abiertas para aquel que ne-

cesite ayuda. —Sentenció tranquilamente el evangélico y partió hacia la cocina, con Martina en su siga.

Don Roque atravesó la pieza con su pisito de totora a la rastra y se sentó a la cabecera de la mesa. Georgina tañó la bordona produciendo una nota solemne, luego se levantó la falda y con ambas manos comenzó a rascarse una rodilla. Afuera ladraba el Ronco.

Se oyó un rumor confuso en la cocina y en seguida un grito de hombre, casi infantil. Pedro Piedra regresó solo y asustado, con el rostro encendido y un suave temblor en los labios.

—¿Qué te pasó? —preguntó Rita con picardía riéndose.

—¡Nada! ¡Ninguna cosa!

Gruesos goterones iniciaron sobre el techo su repiqueteo.



## ANGELES SOBRE UNA CHANCHA

**C**HUCHO y su mujer no alcanzaban todavía la completa borrachera. Ante ellos tenían un jarro de vino blanco con torrejas de limón del que bebían cada cierto tiempo, sin dejar de mirar, por eso, torpemente al vacío. Echados sobre una mesa, tres únicos clientes dormían, aunque uno de ellos permanecía con los ojos desmesuradamente abiertos. El mosquerío se trasladaba de persona a persona, libremente. Eran moscas pequeñas, pálidas, que no metían ruido al volar. Una de ellas se posó sobre la boca de la mujer, y ésta la espantó con un soplido displicente.

Aún no concluía el verano, pero la llovizna creaba una atmósfera pegajosa que penetraba la taberna. Hacía horas

que el matrimonio bebía traguitos de "arreglado". Marido y mujer habían llegado a ese difícilísimo estado de vacío mental completo, en que un recuerdo o el más leve pensamiento los habría fatigado. Tenían acumulado el dinero suficiente como para irse el resto de sus días a una ciudad grande, sin necesidad de trabajar, pero preferían vivir allí, como un pez escoge permanecer en el agua por más que le ofrezcan todo lo mejor del cielo y de la tierra.

Eloy y Ramón sosteniendo a José, se presentaron ante el cantinero.

Chucho paseó su mirada miope por los recién llegados con fastidio y luego de un esfuerzo exclamó: —¡No compre siembra en verde! ¡Yo también tengo sembrado! ¡Todo el mundo tiene sembrado! ¡No hay compra! ¡No hay venta! ¡Porque yo no voy a comprar...! ¡Ah?

Ramón esbozó un simulado gesto de desánimo.

—En Traiguén los comerciantes dan crédito...

—Y en Temuco venden cigarrillos en todas las esquinas.

—¡Qué me importa a mí lo que hagan en Traiguén o en Temuco! ¡Un hombre inteligente no va a fiar así no más. Porque ustedes saben que ahora no se fía al crédito de otras personas. ¡Ah?

Ramón y Eloy sonrieron amistosamente al tabernero que los miró sin conmoverse.

—En tu casa están celebrando el velorio de la angelita —habló la mujer dirigiéndose a Eloy, pero sin mirarlo.

—También es cierto —expresó el carretero, agachando la cabeza y acentuando de esta manera la comba de su espalda.

—Aquí compraron vino —continuó ella.

—¡Sí! ¿No? Parece que sí, no.

Se produjo una pausa larga y molesta, rota sólo por el mosquerío describiendo ondulaciones sobre las cabezas y los vasos.

—Bueno, si es así, nos retiramos con toda la sed —Ra-

món habló despacio e intentó partir con los otros.

Entonces Chucho se puso de pie, miró fijamente a Eloy y se le acercó.

—¡Ven Eloycito! Yo les voy a dar traguito, sin platita, pero ven tú Eloycito.

Eloy se desprendió del trío, casi dejando caer a José que dormía de pie con la cabeza caída. El cantinero dio un paso y Eloy retrocedió. El resto guardó silencio. Chucho seguía felinamente al carretero cada vez más atemorizado.

—¡No, no, por favor, no joda!

—¡Sí, sí, Eloycito, ven acá!

El carretero fue a dar a un rincón, sin escapatoria.

—¡Sirve tres tintos por cuenta de la casa! —Ordenó a su mujer. Lenta y perezosamente ella ejecutó la orden, llenando tres "potrillos".

El tabernero estaba demasiado próximo y Eloy junto a la muralla. Dándole la espalda al cantinero levantó las manos, cubriéndose la cabeza.

Brillándole los ojos como regueros de babosa, Chucho palmoteó tres veces la joroba de Eloy.

—¡Ya está, ya está! —vociferó triunfante —¡Más vale suerte que plata! ¡Más vale suerte que otra cosa! ¡Esto es mejor, mucho mejor que el tal milagro!

Ramón lanzó un carcajada en sordina estremeciendo a José. Eloy sonriendo estúpidamente se acercó al grupo y volvió a tomar al ebrio de un brazo. Los parroquianos seguían durmiendo, adheridos a su mesa. El de los ojos abiertos cerró los párpados.

Fueron hacia el mesón. Ramón tragó su "potrillo" de tinto y Eloy el suyo. En seguida Ramón le abrió la boca a José y Eloy le acercó el vaso a los labios. El dormido bebió sin dificultad el contenido.

—¿Y se acabó... no hay más? —Ramón chasqueó la lengua relamiéndose.

—¡No! ¡He dicho y vuelvo a decir: no! Un hombre que la piensa dice sólo una vez que no, porque cuando uno dice

no, significa que es no, es decir, una vez no más se dice. ¿Ah? —Chucho gangoseó cortante.

Ramón y Eloy salieron tironeando a José que arrastraba las piernas como un muerto. La llovizna había aumentado ligeramente. Comenzaba a oscurecer. El jorobado encendió otro cigarrillo.

Con dificultad echaron a José sobre la "chancha". Raul se agitó con pecueñas convulsiones, empapado: Tengo sed, —exclamó

--¡Bah! ¡No haberlo dicho antes!

--¡Qué es la cuestión! ¿Ah? ¡Qué es la cuestión!

Largo rato estuvo Pello encaramado en el montículo rodeado de agua, entre el batro, el junquillo y la paja cortadora, observando el quehacer de Lola. Ella, con las piernas abiertas y el cabello revuelto, descansaba sobre la vieja raíz de un sauce. Mojaba una varilla en el agua y simulaba grabar extraños signos en su pierna desnuda; la cabeza gacha y el cuerpo casi inmóvil, dábale un aspecto de suma gravedad. El líquido señalaba brillantes regueros sobre esa piel morena, tersa, que invitaba al tacto.

Pello, algo empapado, respiró profundamente. Lola, protegida bajo el árbol se levantó la pollera más arriba de las rodillas e hizo la misma operación con la otra pierna. El muchacho, latiendo las sienes, cambió de lugar algunos pasos a la izquierda. Ella empezó a pasarse la varilla entre los dedos de los pies y en seguida, apretando la rama con los dientes, inició un extraño rito que consistía en raspar la otra punta contra el suelo. Aburrida lanzó el tallo al agua y observó atentamente la planta del pie, se la rasco; humedeció un dedo con saliva y se frotó el talón. Pello, con el ritmo de su corazón acelerado no perdía detalle. Lola recogió las piernas acariciándose suavemente las pantorrillas.

El muchacho entonces sorteó algunos obstáculos y saltó

a tierra. Ella advirtió su cercanía, pero no dio señas de inmutarse.

—Me mandaron a cortar junquillo, batro, totora y ramas, porque don Pedro quiere hacer una corona de las grandes —se disculpó él ante Lola que no respondió ni siquiera con la mirada. —Claro está que no encontré nada. —Se sentó a su lado. —Totora parece que hay mucha, y batro también. Yo vi mucho carrizo más allá. —Pello le palpó un rodilla. Ella estiró la pierna apoyándola en toda su longitud.— Parece que estás “apensionada” porque tienes la cara como... amurrada. ¿Qué te he hecho yo? Desde que murió la finadita no quieres hablar con nadie. ¿Por qué? ¿No tienes lengua? ¿Te la comieron los ratones? —Pello abrazó los hombros de la muchacha y se acercó más. — ¿Qué te sucede primita?

Sin emitir ningún ruido ella estiró los labios como una trompita, en tanto él le sobaba las brillantes rodillas.

—¿Tienes pena todavía primita? —Insistió, observando una garza que abandonaba el carrizal en vuelo solemne.

La joven permanecía inmóvil y muda, apenas respiraba. Pello, ágil, movilizaba sus manos sobre aquel cuerpo elástico que se dejaba recorrer con docilidad.

—Pero Dios la tiene en su Santo Reino —continuó juntando su cara con la otra.— Don Pedro dice que los angelitos se van al cielo más rápido que los difuntos grandes y que mientras más viejo es un finado, más se demora en llegar. ¿Será cierto primita?

Lola, abandonada a los quehaceres de Pello, daba la impresión de no advertir lo que éste decía.

—Yo te miraba hace rato y creí que lavabas ropa y me dije: ¡Qué raro que esté lavando ropa, sin ropa y con este poco de lluvia! ¡Pero tú no estabas lavando nada! Y don Pedro me dijo que le llevara batro, totora y ramas, pero yo... —Repentinamente se puso de pie y tomando a la muchacha por las axilas comenzó a arrastrarla al otro lado del sauce. Ella no opuso resistencia.

—De haber seguido allí nos habríamos mojado con la lluvia —Volvió a sentarse al lado de la joven que aparentaba pensar en una cosa distante.

—¿Tienes frío? —El muchacho trató de averiguarlo— ¡Sí, tienes frío, mucho frío!

—¡H'm, hace frío! —habló Lola por primera vez.

—Sí, tienes frío, mucho frío, mucho mucho frío —repetía obsesivo Pello— se te nota que tienes mucho frío. Yo también estoy agarrando frío Lolita, yo también estoy agarrando muchísimo frío— y no cesaba de sus movimientos ligeros e inquietos. Ella se dejaba hurgar, abstraída.

—¡Qué raros pones los labios!

Lola deshizo la trompita y sacó la lengua.

—Tienes la lengua mojada —La voz era tiritona y sonriente. Se escuchó un ruido cercano y seco. El muchacho volvió la cabeza. Desde el mismo sitio de observación en que él estuvo anteriormente, una figura esmirriada los estaba mirando, tratándose de ocultar.

Pello se puso de pie y colgándose de un haz de ramas, empezó a balancearse con frenética agilidad.

—Ven, ven, has lo mismo —invitó la muchacha —es bueno para el frío que agarramos.

Lola se paró, lentamente, en los mismos instantes en que los pasos de Justo Rivanera sonaron próximos.

—¿Qué estaban haciendo ustedes? —La voz del recién llegado vibraba con una rudeza infantil.

La joven bajó los párpados y se apoyó en el tronco. Pello se balanceó con tal impulso que fue a caer a los pies de Justo Rivanera.

—Yo estaba recogiendo carrizos, ramas, batro y totora para que don Pedro le haga una corona a la angelita.

—Así lo veo, así lo veo.— Justo desnudó a Lola con sus pupilas.— ¿Están rezándole ya?

—La gente debe estar por llegar. A lo mejor han prendido ya las velas.— Ella estiró nuevamente la boca en forma de trompita.

—¿Y tú, qué le buscabas a la Lola?

—¿Yo? ¡Nada! ¡Ella decía que tenía frío! ¿No es verdad que tenías frío, primita?

La joven no respondió; avanzó braves pasos con la punta de los pies hacia adentro y se dio vuelta contoneándose.

—No Lola, tú debes tener algo escondido en el cuerpo. ¿A ver? —dijo Justo intentando investigarlo.

—Te juro que no. Solamente teníamos frío. ¡Dilo tú, Lolita!

Ella deshizo la trompita, mordió su labio inferior y se pasó la lengua por las comisuras. Desprendióse en seguida de esas manos tan prolijas y volvió a sentarse en el suelo.

Pello avanzó hasta la muchacha. La tomó de la mano y pretendió arrastrarla hacia un bosquecillo cercano que emergía detrás de una elevación de tierra en barbecho.

—¡Esperen un momento! —gritó Rivanera —La Lola tiene que contarme como fue el milagro, tal cual se lo anda diciendo a otros.

Pello se detuvo. Lola estiró su pollera. Rivanera se acercó con presteza. La lluvia, aunque fina, los mojaba con cierta violencia.

—¡Oye niña, repite cómo fue! —inquirió con entusiasmo emoción, pugnando por cazar esos ojos tan huidizos.

—Oscuréc'endo, cerca de la casa de ustedes, yo iba rápido porque el José, hermano del Ramón, quería travesearse conmigo. Y entonces yo vi la piedra donde estaba antes. Al otro día fui a la casa de las niñas Suaves, que les dicen, para comprar medicinas y yerbas porque la Angelita no era todavía difunta. Entonces vi que la piedra no estaba donde antes, sino que mucho más abajo.— “Esto es raro” —dije yo. Y entonces vi que ustedes, los hijos de la señora Ufemia, la estaban mirando con caras de susto porque la piedra ya no estaba donde antes. Entonces yo me fui porque también me dio susto, y estaba tan apurada—. Esto lo contó de corrida y sin darle demasiado énfasis.

—¡Tú la viste primero, por eso estás bendita! —Justo la devoró con sus ojos hambrientos.

—¡Quién sabe si yo la ví primero!

—¡No te enojés Lolita!

—¡Si no me enojo!

—¡Así está bien!... Mientras más chica más cerca del cielo —recalcó Justo asiéndola de un brazo y poniéndola de pie— ¡Te estás empapando! —agregó rodeándola con sus brazos y apegándole el cuerpo.— Te digo que te estás mojando! —La arrastró hacia el sauce.

Pello los seguía despacioso, con los ojos muy abiertos, observando como Justo protegía a la muchacha del frío y de la lluvia.

—Don Pedro dice que esto de la piedra que anda es pura herejía no más...

—¡Sí, cómo no! ¡Tal vez fue el Dios protestante quien movió la piedra, no! ¿O el que hizo el mundo, ah? ¿Y son los pastores evangélicos los que salvan mejor las almas, verdad? ¡Claro que sí! Deja que me ría. ¡Ja, ja, ja! ¡Mira, me muero de la risa! ¡Sí, pues, tu don Pedro Piedra es muy sabio, no! No sea que se le vaya a acabar todita su sabiduría en un de repente. ¿O no, dices tú? —Justo bramaba frenético, seguro de sus argumentos.

—Yo sólo dije lo que habló don Pedro, y nada más.

—¡Claro, tú vas por muy buen camino, por muy buen camino Pello, yo te lo digo. ¿O no, dices tú?... ¡Parece mentira que seas bautizado!... ¡Anda vamos, vamos! ¡Pregúntale a esta misma chiquilla, prima tuya, si te atreves, cómo fue el milagro! ¡Ni cien cristianos arrastrándola con cadenas podrían haberlo hecho...! ¡Que diga ahora tu amigo Pedro Piedra que resucitar a Lázaro fue pura herejía, que lo diga!

—El no habló de Lázaro, solamente de la mentada piedra.

—¡De la mentada piedra!... ¡Oye tú, Lolita, repítele a este nuevo señor protestante cómo se hizo el milagro, para



que no siga diciendo leseras!— Justo asió a la muchacha por las caderas, atrayéndola con fuerza.

—Yo hablé sólo de lo que dijo don Pedro.— Tomó a Lola de una mano y tironeó vigorosamente.

—¡Claro, dices lo que le has oído a tu gran amigo Pedro Piedra y sin darte cuenta mientes y blasfemas como un protestante! ¡Pello, no te vaya oír el padre Damián!

—¡No soy protestante, soy...!

Cada vez era mayor la tracción de Pello sobre la mano blandísima de Lola, pero Rivanera no cejaba en su intención de retenerla por la cintura.

Un potente ventarrón vino desde el pajonal obligándolos a guarecerse bajo el árbol. La muchacha aprovechó el momento y escapó aceleradamente. Sin embargo, hubo una última mirada para Justo. Fué la huida tan rápida que ambos decidieron no seguirla. Pello vió la figura de su prima perderse en la distancia. Volvió la cabeza. Desde el sitio en medio del pajonal donde él antes estuvo observando a Lola y luego Justo, un hombre vestido de negro los miraba.

Justo Rivanera partió por un lado, a grandes trancadas y Pello fué a encontrarse con el recién aparecido que en esos momentos saltaba a tierra.

En el filo del atardecer se arrastraba la “chancha” por un camino rodeado de pinares enanos. Había cesado de llover y por el cielo del poniente aparecieron tajos de brillante luminosidad azulverdosa. Eloy encendía un cigarrillo tras otro sin decir palabra, y alejando los pinares de su odio, imaginaba a ratos la fiesta del velorio y las gentes que vería.

José sonreía para sí mismo y repetía mentalmente— “¿Qué es la cuestión, ah, qué es la cuestión?”.

El yugo crujía sobre el testuz de las bestias.

A Ramón se le ocurría que un muerto sólo sirve para dar de comer y beber en un velorio.

Raúl pensaba y repensaba lo mismo de siempre:—“Es repoco, parece, lo que me queda por vivir, aunque hace cerca de veinte años que me vengo diciendo lo mismo. Yo sabría qué hacer con la vida. Siempre me he quedado atrás de puro bruto, claro está que la culpa no ha sido siempre mía. Créo que desde un principio no agarré camino. ¡Si tuviera seguro el día de mañana podría hasta ahorrar plata. ¿Pero qué plata? Ni siquiera he podido meterme bien en esa cuestión de la política. Estoy “cabreado” de las inyecciones y de que me revisen todos los estudiantes de medicina. El “curco” me robó los zapatos... Bueno... ¿Y para qué voy a querer yo zapatos? Me pueden enterrar perfectamente a pata pelada... y encima de todo me persiguen como a un bandolero... menos mal que alcancé a arrancarme del hospital... ¿De qué me sirve conocer Santiago, los teatros, los trolley y todas las cosas? ¿Qué saco con saber leer y escribir? ¡Para peor nomás! ¡Crean que porque uno sabe leer quiere echar abajo al gobierno. ¿Qué gano con saber componer radios? ¿Para qué habré comprado tanto libro? ¡Por la pura arveja nomás! ¡Eso de los burgueses y explotados lo sabe cualquiera! ¡Si no hubiera tenido que arrancar del hospital quizás no habría vuelto nunca más por estos lados! ¡Y que se haya muerto la chica antes que yo! ¡Puede ser que al “curco” no se le ocurra ir a otra parte y me lleve a a la casa, aunque en verdad me da lo mismo. Felizmente esta bolsa de vino (¿José o Ramón?) viene echada sobre mis piernas. Así no me entumo. Si no me hubiera puesto a organizar... pero si no fuera por las huelgas, la gente se quedaría muda y todos pasarían a llevarla... Hace frío y no tengo sueño... cerrando los ojos me da calor...”

La “chancha” siguiendo la huella llegó al vado, donde el pajonal daba la impresión de extinguirse. El agua corría turbia, gruesa y las bestias en un principio se negaron a entrar.

—¡Agüé yagüé yagüey! — El jorobado picaneó los animales.

Los bueyes, haciendo percutir las piedras de la orilla, dieron un ligero trote y se metieron al agua, Ramón, de pié, se afirmó en la "quincha", pero un tartaleo de la carreta lo hizo caer de bruces sobre José y Raúl. Volvió a erguirse e intentó mascullar algo, pero otro bamboleo lo lanzó al río. Alcanzó a afirmarse de la "chancha" con una mano.

—¡Aup, aup!— Gimió sintiéndose presa de la corriente. Eloy dejó la picana y encendió otro cigarrillo.

—¿Te caiste, hombre?

—¡Aup, aup! — Ramón Pairoa notábase cada vez más pesado y con fuerzas más débiles.

—¿Tenías ganas de bañarte? ¿Eh?—El carretero se inclinó.

El vehículo se detuvo pelgrosamente en medio del vado en crecida.

—¡Aguántate, porque si no te vas a ahogar! —El jorobado aproximó su rostro al de Ramón— ¡Es muy difícil subirte aquí, ah! ¡Mejor te amarro hasta que pasemos! —Eloy cogió un tiento que estaba atado al desgaire en la "quincha" y amarró la mano de Ramón a la carreta. Tomó la picana y obligó a la yunta a avanzar hasta la orilla. Mientras el carro marchaba calmadamente, Ramón tragaba agua, y cuando podía, daba lastimeros gritos, desfalleciente.

—¡Agüé yagüé yagüey!

—“¡Qué tremendo debe ser morir ahogado... o quemado”— pensó Raúl.—“Siempre es mejor la tisis o un balazo en la Revolución con los compañeros... ¡Lástima que a algunos les guste un poco el trago! ¿Cómo será ahogarse en vino?”

Ante tanto barquinazo José abrió los ojos y musitó temeroso:—¿Qué es la cuestión! ¿Ah? ¡Qué es la cuestión?

Ramón seguía graznando: — ¡Aup!— y sorbiendo agua por boca y narices. La llovizna recomenzó.

Los bueyes emergieron finalmente del río y la "chancha" avanzó algunos metros hacia el camino. Estaba casi oscuro. Unas estrellas ni brillantes ni opacas se mostraban

por un norte despejado, ajeno totalmente a la lluvia.

Como el cuerpo de Ramón sonaba sobre las piedras, Eloy paró la carreta y se bajó a desatarlo. Sacó una navaja curva y cortó el tiento que apresaba la mano. El cuerpo cayó pesado.

—¿Estás muerto? —preguntó Eloy muy bajito—. ¿Estás muerto?

Ramón sin moverse daba la impresión de no respirar.

—¿Estás muerto?— Volvió a inquirir el jorobado removiéndolo al amigo con un pié.

Ramón se estremeció y un vómito lo sacudió entero.

—¡Eso es! ¡Esto te va a hacer bien! ¡Echa afuera nomás!

Pairoa convulsionado expulsaba gran cantidad de líquido.

—¡No, no estás muerto! ¡Qué bueno! —Eloy encendió un cigarrillo.

Ramón seguía boca abajo, respirando fatigosamente. Entonces el jorobado lo cogió por las axilas y lo echó encima de los otros. Tomó en seguida la picana y puso la "chancha" en movimiento. Por un horizonte de pinares empezó a salir la luna, encendiendo la lluvia.

—¡Tantos pínos! —Pensó Eloy en voz alta.

## ANGELES HABLANTES

CUANDO Pello, llevando un haz de ramas, y el Padre Damián pasaban frente a la casa de las Suaves, sintieron que los llamaban a gritos. El muchacho adivinó entre esas voces las de Onofre y Lalo. Detuvieron el paso.

—¡Eh, padre, aquí se le urge! —Gritaba el viejo desde una ventana agitando un vaso colmado de vino.

El sacerdote y Pello entraron al dormitorio de las mujeres, convertido en salón: habían apegado las camas a los muros simulando divanes.

—Se me hacía que Ud. andaba por aquí, —expresó Onofre balanceando su “potrillo” de licor— fíjese que esta es ya la segunda vez que nos mandan a buscarlo. ¿Se acuerda

que donde el Chucho nos prometió que iría "al tiro"? Bueno, como no llegó nos mandaron de nuevo. Y yo pensé: No es raro que este padre ande cerca de la casa de estas niñas. Yo soy muy alegre, Ud. sabe, y no estoy hecho para lantos y gemidos. ¡Andele, vaya a echarle una rezada a la finadita! ¡Sea hombre, ah! ¡Ayude, pues, su paternidad, a los hogares afligidos! ¿Quiere servirse un traguito?

El sacerdote hizo un signo afirmativo. Pello también dijo que sí. La hija mayor, de inmenso moño y ojos color murtila les obsequió sendos vasos de vino tinto.

—¿De dónde vienen Uds.? —preguntó Lalo con débil malicia.

Pello y el padre Damián se miraron. El muchacho abrió la boca para decir algo, pero el sacerdote se le adelantó:

—Yo andaba en visitas de mi ministerio. Este niño venía por el camino, parece que lo había mandado el maestro Piedra. Nos encontramos e hicimos juntos el recorrido. Siempre es bueno conversar mientras se camina, sobre todo cuando hay un tiempo como este, llueve, no llueve, vuelve a llover, para de llover... ¡Nadie entiende nada!

—¡Claro, claro! Nosotros con Lalo tuvimos el "pálpito" que lo encontraríamos por estos lados, pero no pensamos nunca que anduviera con mi sobrino, ¡cabro diablo este, padre!

—Es buen muchacho, Onofre, buen niño. Yo no vengo nunca por estos lados. Fué pura suerte. De todas maneras iba en dirección a su casa. Pensaba ahora mismo ir a rezarle a la finadita. ¡Pobre criatura! Sin embargo allá, cerca del Señor es mucho más feliz que todos nosotros pecadores...

—¡Amen!

—Me retrasé un poco, Onofre, pero en verdad iba para su casa. ¡Uno debe estar presente en muchos sitios a la vez, Ud. sabe! En Chile faltan sacerdotes, no hay vocación, la gente prefiere estudiar electricidad o agricultura antes que ingresar al servicio de Dios. ¡Son los tiempos, mis amigos! El materialismo ateo... los protestantes, los evangélicos...

la maldad del mundo... —El religioso se bebió de un solo trago medio “potrillo”.

La menor de las Suaves, púber, baja, morena y desdentada, junto a su madre preparaba en la cocina un enorme librillo de “chancho en piedra” con tanto ají como cebolla. La otra hermana sacó a relucir una vieja víctrola en la que puso un disco de melodías tropicales. La reunión cobraba aspecto de fiesta.

Lalo inició el baile con la menor.

—¿Bailamos?

—¡Ay, bueno! ¡Pero... estoy un poco sudada!

—¡No importa!

Pello fué a la cocina y trajo de una mano a la menor, mientras Onofre llamaba a gritos a la madre. El religioso colmó su vaso mirando codiciosamente a todos lados.

—¡Esta sí que es fiesta! —Gritó Onofre con deleite.— Ya verán cuando me haga de un poco de tierra y la trabaje. Entonces sí que habrá plata. ¡Entonces sí que nos divertiremos de lo lindo!

—El que nace chicharra tiene que morir cantando...

—¡Mentira! Mi hijo Raúl que es sindicalista y que ha trabajado hasta en Santiago dicé que... bueno, no salió nada de tonto el “cabro”. Salió a mí... ¡Esta buena la fiesta! ¿No?

—¡Claro, una buena fiesta! —Observó Lalo. —Pero es necesario que guardemos fuerzas para el velorio.

—En verdad, si no fuera porque soy muy entusiasmado ya estaría en la casa. Pero además, un velorio sin fraile es algo así como un causeo sin cebolla. (Explotó una carcajada colectiva). Y esto lo digo no porque sea muy fiel a la religión, sino porque las cosas son así nomás, no tienen explicación. ¿Podría alguno de Uds. decirme por qué hay tanta variedad de pájaros, de flores, de plantas y animales. ¿Para qué hay tanta variedad, digo yo? ¿Qué me dice Ud. Lalo que ha visto tanto en la ciudad?

Lalo, dibujándose una sonrisa, le hizo un guiño com-

prensivo. El padre Damián ofreció una mueca dirigida a todos y Pello bajó los párpados sin perder de vista las piernas de la muchacha menor. Sonó otro disco y recomenzó el baile.

—Esta es la última pieza, niños— advirtió la madre. Después nos iremos todos al velorio. Bueno es estar enfiestado, pero recuerden que todo cristiano debe cumplir con su deber de cristiano, es decir... como cristiano.

Había ya oscurecido completamente y el tamborileo de la lluvia se dejaba oír a cada instante con mayor potencia.

Se escucharon rudos golpes en la puerta. La mayor de las Suaves paró la victrola y acudió al llamado. Resonó un portazo y luego unos pasos recios. La mujer regresó compungida, no dijo nada y nadie se atrevió tampoco a preguntar. La atmósfera tornóse tensa, expectante, de humilde quietud. El recién llegado gritó en la pieza vecina.

—¿Qué nadie atiende aquí, carajo? Para otra vez entraré a caballo. ¡Gente, quiero gente! ¡Vengan todos para acá! ¡Estoy triste, mierda! ¡Quiero ver bailar! ¡Aquí hay plata! ¡Cuánto vale esta casa de mierda? ¡La compro! ¡La compro con todo lo que hay adentro, rotos, putas, perros, gatos!

El padre Damián dejó su vino discretamente sobre una mesita de mimbre.

—¡Que vengan todos para acá! ¡Quiero verles las caras! ¡Cien pesos al que la tenga más de idiota! ¡Me molestan las caras, y los alemanes y el carajo, y todo el mundo!... ¡Y los von Tesling... y todo el mundo!... ¡Y la Erika que anda más curada que yo!

Sabiendo lo que esos gritos significaban se trasladaron a la pieza contigua.

Ahí estaba Juan Agustín Jáuregui, con las botas embarradas, el sombrero gacho, el poncho equilibrándose sobre sus hombros y apenas sosteniéndose en pié. Su mirada desafiante parecía detener en el umbral a todos aquellos que sumisos entraban a saludarlo.

—¡Buenas tardes patrón! —Temerosos bajaron la vista.



—¡Buenas! —Respondió Jáuregui y miró al religioso—  
¡Ah, Ud. también por aquí Santo Murciélago!... ¡Perdone...!

—Mi oficio es estar en todas partes.

—El mio también —Jáuregui dejó caer la cabeza y los brazos con fastidio—. Pero ahora sepan Uds. que yo quiero ver bailar, de manera que, ... manos a la obra. ¡Yo pago, echenle para adelante!

Se formaron parejas y se inició la danza.

—¿Ud. qué edad tiene? —preguntó Jáuregui a Onofre.

—¡Sesenta y cinco don Juan Agustín, y para servirle!  
En cuanto tenga tierra...

—Aquí no tiene nada que servirme, y además está muy viejo para el baile...

—Tiene Ud. razón don Juan Agustín, si no fuera porque soy muy alegre me habría quedado en mi lugar.

—¿Y Ud. Su Paternidad no baila? De cuando acá un padre cura...

—No don Juan Agustín, yo no bailo.

—¿Tampoco tiene mujer?

—No, porque no soy casado. Claro está que si lo fuera, habría tenido varios hijos...

—¡Qué sabe Ud. de tener hijos! ¿Cree que así nomás se tienen hijos? ¿No sabe Ud. por si acaso cuántos años estoy casado con la Erika? ¡Habla por puro hablar, don Damián!

—Díos lo habrá querido así, don Juan Agustín. El sabe repartir la felicidad entre los hombres: a unos les dá hijos, a otros fortuna, a otros...

—¿La felicidad?

—¡Sí, como Ud. dice...!

—¡La felicidad! Esa palabra la usan todos porque ninguno sabe lo que es: Pura ignorancia de las cosas nomás: ... Yo soy medio agrónomo, es decir, no soy titulado, pero estudié una año práctica agrícola... tengo plata... ¡No hable leseras!... ¡No se enoje!... Yo siempre hablo así, golpeado, como hombre...

—¡Lo sé, don Juan Agustín, lo sé...!

—Pero Ud. algo está pensando...

—Sí, estoy pensando una cosa —murmuró el sacerdote cerrando los párpados.

—¿Qué cosa? —interrogó el hacendado venciendo su ebriedad.

—Estoy recordando una conversación que tuvimos hace tiempo, y sacando cuentas... es decir, estoy pensando que si sago bien las cuentas ya no me va quedando ningún sitio de esos que Ud. me pidió la otra vez...

—¿Sitios?... ¡Estaría borracho!... ¡Para qué quiero sitios yo!

—Don Juan Agustín, recuerde que cuando yo le dije que el problema está en tener o no tener fé, Ud. me pidió uno de esos sitios... pero ya no quedan...

Jáuregui mostró gran inquietud y habló suavizando el tono:

—¡Ah, ya calgo! Pero... hombre, no embrome. ¡Para mí siempre ha de quedar algún sitio. ¿No es así? ¡No me haga caso! Me he tomado algunos tragos y estoy medio "hecho". Ud. sabe lo de mi casa. Esos sitios me interesan de veras, aunque más no sea por cooperar... por si acaso... nadie sabe...

—Mucha gente ha llegado antes que Ud., don Juan Agustín, pero... mire, mejor nos asomamos a la ventana. ¿Ve aquellos sitios ubicados aquí mismo encima de nosotros? Claro está que no se notan muy bien porque está nublado, pero Ud. se los imagina. ¿No?

—Sí, si los veo, mejor dicho me los figuro encima de las nubes.

—Pues bien, esos fueron comprados y los del norte más allá de los cerros los tengo comprometidos. En cuanto a los del sur, esos que están en las postrimerías del cielo no creo que a Ud. le vayan a convenir.

—¡Cómo, eso yo no se lo acepto, mi amigo! —rugió el hacendado, disipada un tanto su abriedad— ¿Quién es él

que le ha dado más dinero para la Iglesia? ¿No he sido yo acaso?

—No puedo desconocerlo, don Juan Agustín, pero Ud. sabe, la gente se apresura, tienen miedo. Nadie sabe cuando se va a morir. Ahora b'en, comprar un sitio en el cielo no es lo mismo, que adquirir una parcela plantada de pinos. ¿Sabe?... Muchos dicen que no creen, sin embargo compran o quieren comprar... como Ud.... "por si acaso..." No es lo mismo una parcela forestal... ¿No?

—¡Claro que no!

—Sin embargo me parece que podríamos volver a conversar esto —expresó conciliatorio—. Ahora tengo que irme con toda esta gente al velorio de la chica de Onofre... Si Ud. quisiera venir con nosotros...

—¿A la orilla del pajonal?

—¡Sí, a la casa de Onofre!

—¡Vamos, vamos! ¡Qué más da! Allá seguiremos conversando. ¡Ud. que es persona de respeto haga parar la música! Podemos trasladarnos en mi "cacharro", Ford del 29, todavía anda y hay suficiente sitio para todos. Supongo que allá tendrán algún traguito... ¿No es velorio acaso? ¿H'm?

Juan Agustín Jáuregui, el padre Damián, Onofre, Lalo, Pello y las tres Suaves salieron para subirse al auto. Lalo propuso llevar la victrola, pero el sacerdote lo disuadió.

Lanzando convulsivos ronquidos el vehículo inició la marcha.

—¿Hay camino? —preguntó Jáuregui.

—Debe haber... —respondió Onofre— aunque yo nunca lo he visto.

La vieja Ufem'a entró a la cocina y encontró a Martina que recién regresaba de su casa.

—¿Sabe usted por si acaso, señorita Martina de alguien que acá tenga un poquito de chicha guardada?

Martina observó a la anciana como si la viera por primera vez.

—Si no tomo un poco de chicha me va a volver el reuma —gruñó—. Yo hice este año varios decálitros que guardé. Por eso me lo he pasado sin enfermedad. Pero se me fué acabando. La última botella me la descubrieron los hijos del finado Rivanera. La tenía escondida adentro del colchón. No pude luchar contra todos ellos, son muy fuertes, por algo son hijos míos también. Entonces me dije que aquí debería haber quizás algo de chicha. Suele haber en los velorios y además es la época.

Martina, sin ver ni oír a la vieja, se hurgueteaba el oído con el meñique.

—Porque el vino a mi no me quita el reuma, sólo me produce flatulencias. Al finado Rivanera, que en paz descanse, el vino también le producía flatos y pedos. Tomaba solamente mistela, ya fuera de apio, de culén o de naranjas.

—¿Ha bebido usted licor de oro? ¿O chicha de miel o de arvejas como toman los chilotos de las islas?

—No, pero buenos para las enfermedades han de ser —replicó la anciana balanceando sus ojillos vivaces dentro de unas bolsitas de piel muy arrugadas.

Martina, advirtiéndole a la anciana que iría a conseguir chicha para que calmara los achaques de su reuma, abandonó la cocina. Entró a la pieza del velorio y echó consecutivamente en un "potrillo": chicha de uva, vino tinto, vino blanco y mistela de apio. Colmó tanto el vaso que al salir volcó parte del contenido sobre las espaldas de don Roque. Echó un vistazo muy tierno a Pedro Piedra que trabajaba comiendo en un rincón y regresó donde Ufemia.

La vieja recibió el vaso con pruebas de inmenso júbilo y bebió un sorbo interminable. Chasqueó la lengua. Su boca libre de dientes exclamó: —¡Qué rica, de manzanitas puras! De manzanitas... contra el reuma. Cuando yo la hago me sale más aguada. ¡H'm está en su punto!

—Como para un buen velorio, pues, doña Ufemia.

—¡Oiga usted! ¿Sabe que más? —Se tornó parlanchina. —Ahora que está hablando de velorio, pienso yo: ¡Qué cosa esta de morirse, no! A mí no se me ha ido de este mundo ningún chiquillo, gracias a Dios y a la Virgen, sólo el finado Rivanera, que en paz descanse, que era muy viejo y le “daba” mucho a la mistela. Claro que una vez el Javierito... pero ahí lo tiene usted, vivito y coleando.

—¿Qué pasó con el Javierito? —inquirió Martina despreocupada.

—¡Ah, no me diga nada! —respondió la anciana entusiasmándose—. Ese estuvo muy mal, fíjese que casi se me murió, pero su Santa Voluntad no quiso que fuera así... Porque cuando a una le da rabia, usted sabe... Pero déjeme primero tocar madera y luego le contaré.

Ufemia dió tres golpecitos en la puerta, bebió un sorbo de su mezcla y continuó: —Era chiquitito, es claro, y andaba casi siempre mal de la guatita. El finado Rivanera, que en paz descanse, no quería que fuéramos donde la meica. Parece que ella quiso tener algún asunto con el finado y él se le corrió. ¡Mujer cochina! Por eso el finado le tenía miedo. Usted sabe lo poderosas que son esas mujeres. ¿Y sabe qué más? El pobrecito de Javierito se me fué enflaqueciendo. Estaba como un palito seco y el cuerito le sobraba como una camisetita vieja y arrugada. Entonces una mañana se me puso frío y tiesecito. Ni siquiera movía los ojitos ya medio entelados. El finado Rivanera, que en paz descanse, se puso muy triste creyendo que el chiquito se nos moría, y se fué a llorar a la cocina. ¡Buen dar con la rabia grande! ¡Hay que ver! ¡Dejante lo pobres, y un crío-muerto...! ¡No te vas a morir, le dije yo, no te vas a morir nada, pues! Le juro que se lo dije con una rabia muy grande. Entonces lo desnudé al pobrecito. Yo me abrí la blusa, me saqué el corpiño y me lo coloqué entre los pechos. ¿Y sabe que más? Me abrigué lo más que pude y me mandé a cambiar de la casa. Como era tan grande la rabia que tenía, estaba dispuesta a que el chico no se me muriera. Y me puse a caminar, cerro arri-

ba, repechando fuerte. La criatura estaba heladita y ni siquiera se movía, pero yo seguí caminando, maldiciendo a mi suerte e insultando hasta las mismas piedras. ¡Como si me fueran a oír las piedras, miren que lesa era yo! ¿No le parece...?

Martina hizo un signo de asentimiento sin despegar los labios, comenzando a interesarse en la narración de Ufemia.

—¡Bueno, para qué le cuento! Sin importarme los peñascos resbalosos y filudos, ni la cerrazón de ramas en el monte, seguí repechando. ¡Usted sabe cómo es de empinado el cerro! ¡Figúrese que a la media hora estaba sudando como yegua! No vaya a creer que me había cansado... ¿Y sabe que más?... ¡Seguí subiendo! Cada vez apretaba con más fuerza al pobrecito. De seguro que lo tenía bañado con mi sudor. Y continué subiendo, Martinita, seguí repechando, más enojada que un diablo rociado con agua bendita. Mientras más subía, más rabia me daba. Apretaba los dientes, ¡y en ese tiempo tenía! con más fuerzas que un perro loco. ¡No te vas a morir nada, mierda!, le grité al pobrecito. ¡Figúrese usted! Y seguí escalando, pues. Estaba más acalorada que un horno de barro. Lo único que se me ocurría es que no tenía ninguna gana de que el Javierito se me le muriera. El sol estaba ya muy alto y fíjese usted, no llevaba ni la mitad del cerro. ¿Y sabe que más?... Seguí subiendo cada vez más enojada. Repechaba, sin caerme, por unos caminitos que no eran buenos ni siquiera para las cabras. A esta altura del cerro no había ya árboles y por eso, porque estaba pelado, me puse a remontar mucho más rápido. Estaba tan sudada que parecía me había caído al agua. Creí que el corazón se me iba a salir ahí mismito de la boca, sí Martinita, pero yo seguí repechando y echando maldiciones. —La vieja bebió otro larguísimo sorbo de su “chicha” antes de proseguir. Martina se hallaba profundamente interesada a juzgar por su boca y sus ojos casposos desmesuradamente abiertos.

—¿Y sabe que más? Ni hambre sentía, Martinita. ¡Figúrese usted! ¡Pura rabia nomás! Aunque para no mentirle, ie

diré que no era rabia, sino algo así como una fuerza terrible. Cuando llegué a la mitad del cerro, el sol ya se iba para el lado de Nahuelbuta. El pobre Javierito estaba tiesecito, no se me movía. Refrescó un poco. El cansancio se me había caído por el camino. De repente me dí cuenta que no pensaba en nada, figúrese usted, Martinita. Se empezó a hacer de noche, pero por suerte salió la luna. De otra manera me habría desbarrancado. Comenzó a hacer un poco de frío. Me limpié la cara con una manga... ¿Y sabe que más?... No paré, Martinita. Usted sabe que cuando una agarra camino no la tiene nadie. Creo que por algún tiempo perdí el uso de razón y anduve desvariando porque de repente comencé a ver que aclaraba. No había parado de caminar y me encontraba ya casi en la misma punta del cerro. Y en eso... ¿Sabe usted que más Martinita? ¡Figúrese, me pasó algo que en un principio me asustó mucho, claro está que después me dió tamaño gusto, tanto así que me puse a llorar como una tonta! ¡Fijese que sentí que el chiquillo me estaba chupando una teta! Me metí la mano y toqué al Javierito. Estaba tibiecito y mamaba. ¿Entonces, sabe que más? Me puse a bajar casi corriendo. Llegué a la casa bien tarde. El finado Rivanera, que en paz descansa, al ver que el chiquillo vivía, casi me pega porque dijo que a lo mejor yo le había hecho una brujería con el Diablo para que no se muriera. ¡Vea Ud. Martinita las cosas que piensan los hombres!

—¡Buen dar, no! ¡Qué cosas pasan! —comentó Martina humedeciéndose los labios.

—Pero aquí no termina la historia. Fijese que en ese mismo momento caí a la cama y estuve durmiendo tres días seguidos. Parece que desde entonces me viene la reuma. Agregó Ufemia terminando de vaciarse al garguero el resto de la bebida.

Martina suspirando pensó que si la Angelita de las Marías del Carmen hubiera tenido a su madre, no estaría como ahora, encima de una mesa con velas.

—Es bueno tener rabia.

—¡Claro que es bueno! Si no hubiera sido por ella y mi sudor de pecho, el Javierito se me hubiera ido de este mundo. Arguyó buscando en su recuerdo nuevos temas para su locuacidad.

—Yo también digo que es buena, porque una vez me salvó a mi y a un chanchito que estaba criando.— Martina se arremangó la pollera y procedió a rascarse las rodillas gatunamente, con ambas manos. Ufemia, adosada al muro y mirando defraudada el vaso completamente vacío que aún sostenía encima de su falda, se dispuso a escucharla. En la otra habitación Georgina arrancaba voces melancólicas a su guitarra.

—Esta era una vez que estaba sola, sola como siempre pues señora Ufemia, cuando oí que el puerquito que tenía se puso a gritar de miedo. Era tarde ya. ¡Qué le parece! Entonces me levanté y me asomé a la ventana. ¿Y sabe lo que vi? ¡Nada menos que un león rondando al corralito, un verdadero puma, amarillo y alto como un cordero! ¡Y tan hedionda la bestia! ¡Qué le parece! Yo no podía ir a buscar a nadie porque en eso el puma se comía al chanchito y al salir, quizás si hasta a mí. Entonces, como le iba diciendo, me dió una rabia tan grande doña Ufemia que me puse a insultar al puma con tanto odio pues, que no le digo nada. Y vea Ud. el león se arrancó para el otro lado de la loma. ¡Qué le parece! Pero yo salí doña Ufemia, se lo digo por Todos los Santos que salí. Me traje al puerquito a casa y me encerré. Entonces el león volvió y empezó a rasguñar la puerta. ¡Que le parece! Entonces yo me fui a la cocina con más rabia aun, se lo juro, y amarré mi cuchillo carnicero a un coligüe. Pero fíjese que cuando volví a la pieza el puma bandido había abierto la puerta robándome al chanchito. ¡Qué le parece doña Ufemia! Entonces la rabia que me dió contra la fiera fué muy grande y salí al patio con el coligüe. Y fíjese Ud., el puma me estaba mirando desde un maitén bajito al que se había encaramado, apretando en su hocico al cerdito que gritaba



como cristiano. ¡Qué le parece! Para qué le voy a repetir a Ud. que es una señora de respeto, las palabrotas que yo le decía al león, porque como le iba contando, la rabia que yo tenía era muy grande. El puma ni se movía. Entonces yo, llorando, empecé a darle puntazos en la barriga. El condenado gritaba. Lo insultaba con toda mi rabia: ¡Puma ladrón! ¡Puma maricón, ladrón de chanchos! ¿No te da vergüenza, caraajo de mierda, robarle a una mujer sola? Y le seguí dando cuchilladas en la guata hasta que me dió puntada. ¿Qué le parece? Sólo entonces el muy ladrón abrió el hocico y soltó al chanchito. Yo lo recogí, vivito y me encerré en mi pieza hasta el otro día. ¡Qué de cosas no le dije a la fiera aquella vez, doña Ufemia!

—¿Y no se la comió el león?

—Espérese, no he terminado. Al otro día muy temprano salí al patio y lo primero que ví fué a la fiera encarada aún en el maitén. ¡Qué la parece! ¡Casi se me heló la sangre, doña Ufemia, se lo juro! Pero de repente ví a los pies del árbol una gran mancha colorada. Me acerqué reasustada. El puma estaba seco. Se había ido en sangre. ¡Qué le parece!

—¡Qué es mucha la valentía suya!

—¡Eso no es nada, señora Ufemia. Hasta salí ganando porque le vendí la piel a un caballero de Traiguén en seiscientos pesos. ¡Qué le parece!

Ufemia se quedó callada y pensativa, restregando encía con encía.

—¿Qué le parece? —Insistió Martina.

—¡Uf, estoy pensando en lo caro que vale una piel de león! —replicó.

Don Roque trasladó su sillita de totora al otro lado de la mesa en que se velaba a la angelita. Tomó asiento Oía, sin prestar atención, las voces de los veloriantes.

—“Fíjate niña que la ... menta. ¡Le dije... el lazo”.

—“Si fuera... tendías... esto. ¡No! ¡Y no! Lefuera... niño”.

—¡“Bah... clavo... pollo... fuente!”

El viento que se colaba por las rendijas jugueteaba con las nerviosas llamas de las velas. Pedro Piedra masticaba cebollas produciendo un ruido acuoso y metálico. Don Roque pensaba.

—“La sillita de paja es como una montura vieja. Yo también estoy viejo. Los viejos no deben sacarse el sombrero debajo del cielo. En el cielo habrá muchas llanuras con caballos y ovejas. Es difícil comer carne cuando no se tiene dientes. Antaño, cuando tenía dientes, solía haber monedas de plata y los patrones las usaban para jugar a la rayuela. Mis antiguos patrones ya son finados. Los finados son gente muy buena y no hay por qué tenerles miedo. Tampoco hay que tenerle miedo a los truenos ni a las ánimas que andan debajo de la lluvia. En mis tiempos llovía menos que ahora”.

El anciano sentía conversar a alguien.

—“¡Mecon... naricita! Tienes en... la partida”.

—“¿Qué me... mueve si la de... irían a... ceder de todo?”

A don Roque le gustaba pensar, aunque tenía pocas oportunidades de hacerlo:

—“Pedro Piedra tiene otro Dios. ¿Cómo será eso? El es muy trabajador. Casi todos los Pedros son trabajadores. Lo mejor es trabajar para la vendimia. ¡Qué se toma harto en la vendimia! Cuando yo me muera, más de alguno va a curarse para el velorio; otros van a llorar; otros van a cantar. Cuando joven yo solía cantar canciones muy bonitas. En Quinchao aprendí a tocar rabel. Cuando yo le enseñé a la Georgina a tocar guitarra no se demoró nada en aprender. La Georgina nació avispada a pesar de que la finada de mi mujer era tan tontaza. ¡Quién iba a creer que la pobre vieja muriera antes que yo. ¿Para qué sirven las pestes? ¡Para que muera gente, para nada más!”

Don Roque pensaba y repensaba sus recuerdos más queridos; nada nuevo se le venía a la cabeza. ¡Nrrnrnr! Un gato pasó por entre las piernas del anciano. Don Roque no sentía deseos de reír ni de llorar y hasta había olvidado el tiempo en que algunos aun lo tomaban en cuenta. Cogió su sillita y se trasladó nuevamente al otro extremo de la pieza. Pasó junto al brasero donde parloteaban las mujeres. Rozó a Pedro Piedra. Nadie lo vió, nadie lo notó siquiera, ni el Ronco que se dejó atropellar indiferente. El viejo no estaba seguro si deseaba que lo tomaran en cuenta, como cuando trabajaba en el norte, con los vendimiadores. Quizás le gustaría que le ofrecieran un trago, un cigarrillo o algún bocado. Tal vez querría que alguien se enojara con su presencia. Pero todo aquello ahora era imposible. El anciano no sabía con seguridad si fué él quien se puso al márgen o si fueron los otros los que poco a poco fueron abandonándolo. Las conversaciones seguían independientes de las voces de quienes las pronunciaban:

—“Cuando salga... tiro... Termina... rabel.. pajonal”.

—“¡Sí, como no,... esto... era! ¡Vaya... ratón”.

—“¡Mirenla, no... nomás... sencillo! ¿Ah?”

—“¡Meh!”

Don Roque, siempre con su silleta a la rastra, volvió a cambiar de sitio. De pronto se cansó de pasar inadvertido. Caminó hasta el medio del cuarto y disparó un grito estridente:

—¡Buuuuuh!

Los presentes parecieron no oírlo ni percatarse de su presencia.

—“¿No estaré muerto? —pensó el viejo.

## ANGELES Y DUENDES

**¡Q**UE es la cuestión! ¿Ah? ¡Qué es la cuestión! —baluceó José sacando su cabeza del montón de cuerpos, intentando abrir los ojos.

—¡Pinos, puros pinos! —Eloy. sin soltar el cigarrillo de la boca respondió a media lengua.

—¿Traguito no hay, ah?

—¡Nada! Será mejor que duermas.

—¿Y Ramón?

—A tu lado. El otro es Raúl.

—¿Está muerto?

—No, está durmiendo. ¡No te muevas tanto! Mientras te sigas cambiando de sitio. más te vas a mojar. Tu her-

mano casi se nos ahogó. Si no hubiera sido por el casi...

—¿Y no hay... traguito?

—Traguito debe haber en alguna parte. lo que falta es plata.

—¡Bah, yo tengo, sé donde hay! Si no me crees, preguntáselo a mi hermanito. ¡Es es la cuestión, ah!

—¡Quédate dormido mejor, no mientas!

—Si no miento. Una vez... ¿Te acuerdas de Menéndez, ese que era contrabandista y desapareció? Bueno, nosotros con el Ramón lo...

Ramón se irguió movido por un agilísimo resorte y de una potente bofetada hizo callar a José.

—¡No peleen!— gritó el jorobado.— Faltan todavía muchas leguas. En el velorio de mi hermanita debe haber algo para el frío. En estos casos la gente de mi casa suele comprar algo con que pasar la pena. Cuando murió la vieja mi padre vendió su caballo... lo tomamos todo... en cinco días... ¡Ya llegaremos, pero no se peleen!

La "chancha" reptó muelle por el fango. La lluvia no cesaba. La oscuridad era intensa, no obstante a los pocos momentos Eloy creyó ver a alguien caminando delante de la carreta. La figura daba la impresión de querer ocultar el bulto, pero permanecer cerca del vehículo; escabullirse y sin embargo no perder contacto con los de la "chancha".

—“¿Será un duende?” —pensó Eloy— “¡Claro, con tanto pino plantado últimamente, lo más seguro es que sea un duende!” ¡Duendes! —

—¿Qué es la cuestión?

—Nada, no pasa nada. Sólo me parece que como hay tanto pino maldito, han salido duendes. —El jorobado encendió un nuevo cigarrillo con el pucho del interior.

José no hizo comentario alguno y volvió a cerrar los ojos.

La huidiza figura caminaba con más celeridad que la "chancha". El carretero empezó a inquietarse. Optó por rezar, pero ninguna oración se le vino a la memoria. Sabía

si, algunas invocaciones oídas a Pedro Piedra... no, él no podía rezar de esa manera. Le prometió a Onofre no convertirse a la religión del evangélico. Hasta ahora lo había cumplido. Pero si en ese momento elevaba de preces como las de Pedro Piedra de seguro que en el acto dejaría de ser católico.

Y el duende seguía caminando delante de la carreta, sin hacer ruido y desapareciendo a veces.

Eloy pensó que era necesario rezar inmediatamente:

—¡Cristo amado, San Salomón, alejen al Malo, por Dios, por Dios! ¡Aleluya! —Cerró los ojos. La oración era inventada por lo que posiblemente Dios no la escucharía y el duende... seguiría ahí mismo haciendo cabriolas delante de la "chancha". Quizás, al haber dicho Aleluya se convirtió sin darse cuenta a la religión de Pedro Piedra, lo que complicaba las cosas. Tal vez no debió decir Aleluya... Abrió los ojos. Atisbó el paisaje que sombrío se desdibujaba ante su vista... El duende no perdía distancia con el vehículo.

—Debemos rezar todos juntos —Pensó a viva voz, con temor.

—¡Qué es la cuestión, ah, que es la cuestión! —José simplemente quería producir ruido con su boca.

—¡El duende, el duende! ¡Aleluya! ¡Carajo!

—¡Cómo! —interrumpió Ramón que en ese instante se despertaba— todavía no se ha muerto el Raúl y ya se na vuelto duende!

—Raúl está vivo, se trata de otro duende, de uno que va caminando ahora delante de la "chancha".

—¡Ay, Eloy, no estés hablando de brujerías que eso no se hace! —La voz de Ramón Pairoa denotaba rabia y angustia.

—No son brujerías. ¡Ahí va! ¡Míralo!

Ramón se encaramó sobre los otros cuerpos y escudrió frente a sí. Efectivamente, algo caminaba delante del vehículo manteniéndose a regular distancia.

—¡Picanea más a las bestias! —insistió muy bajito. Eloy así lo hizo. Los animales aguraron el paso. Ramón lanzó un grito que despertó a los dormidos. La figura que se deslizaba a cierta distancia detuvo su marcha. Casi paralizado por el espanto, el jorabado pensó con rapidez y paró la “chancha”.

—¿Quién va? —gritó aparentando valor.

El bulto empezó a emerger de la oscuridad en dirección a ellos. Eloy se agarró de Ramón y éste trató de incrustarse en los cuerpos de José y Raúl.

—¡Aleluya! —chilló el jorobado sin poder contenerse, cerrando los ojos y doblándose en posición fetal.

—¡Hereje! —gritó Pairoa lanzando sin mirar una bofetada, que no recibió Eloy.

Pasaron los segundos con extraordinaria lentitud. El carretero sollozaba, José no se atrevió a hablar; Raúl no le dio ninguna importancia al asunto. Ramón, con desusado valor abrió los ojos y se percató asombrado que la figura que se aproximaba era la de una muchacha. Arrancó al jorabado de su pavor con un tremendo puñete, y ladró avergonzado:

—¡Es una hembra, huevón!

—¿Qué es la cuestión? ¿Ah?

Eloy abrió los párpados y Raúl aguzó el oído.

—¡Ah, la “quiltra” de mi hermana! —farfulló apenas vio a Lola.— ¿Qué andas haciendo a esta hora, carajo? ¿Eres hombre acaso?

Lola dio un salto encaramándose al vehículo y se sentó despatarrada sobre las piernas de Raúl.

—Es mejor que sigamos. —La ira tornó a Ramón autoritario.

Eloy picaneó los bueyes y encendió un cigarrillo. La carreta avanzó cansina.

Lola descubrió de pronto a Raúl en la oscuridad y le colocó la mano sobre la frente. Lo hizo como si se hubiera

sepasado de su hermano un momento antes, es decir, con la frialdad de una mano sobre un madero.

—¡Lola! ¡Te eché de menos, “cabrita”! —balbuceó Raúl con cierto esfuerzo— ¡Lolita!

Ella restregó su trasero contra las piernas de hermano para demostrarle que era ella, que lo oía, que respondía a su llamada, que lo recordaba y aún lo quería. Todo lo que pueden decirse y sentir dos hermanos que no se han visto durante mucho tiempo, se lo hizo saber ella con ese movimiento de sus asentaderas, y él, así lo entendió.

Callaban. Eloy encendía un cigarrillo tras otro. Repentinamente Raúl se puso a toser.

—¿Por qué toses? —graznó el jorobado sin mirar hacia atrás.

—Porque está enfermo —respondió Ramón.

—Porque íbamos muy callados —opinó José.

—Porqué está sin zapatos —dijo Lola.

—Porque está lloviendo —contestó Raúl.

A Eloy le asustó que todos hubiesen hablado y disparó otra pregunta:

—¿Por qué hay tantos pinos?

Pero esta vez nadie respondió.

Justo llegó apuradísimo. Entró a la cocina y procedió a desvestirse. Se sacó la manta y el sombrero; despojóse de los pantalones y dejó las prendas cerca del fuego. Se acomodó en un sillón de totora y llamó a gritos a sus hermanos que acudieron asustados a su presencia.

—¿Qué pása? —preguntaron a coro.

—¡Nada pasa, ni que hubieran visto un duende, sólo que ahora, ustedes me van a ayudar a buscar piedras grandes, enseguida, porque me vine pensando... se me ocurrió por el camino, que en un de repente nos van a venir a quitar la tierra. Haremos una “pirca” aunque no sea muy alta para que rodee el terreno... para defendernos... Y el que



quiera ver el milagro, sea quien sea, que nos pida permiso a nosotros. Me he puesto a pensar que es casi seguro que el patrón Jáuregui o el padre Damián han de querer quedarse con todo lo trabajado por nosotros. Por esto tenemos que ponerle el hombro a la cosa y atrincherarnos.

Los Rivanera escucharon al hermano con la vista gacha. No había nada que argüir.

—Así pues, apenas se me seque la ropa nos pondremos a trabajar. Y si alguien quiere sacarnos de aquí, tendrá que hacerlo a balas. No hay por qué aceptar a la gente abusiva. ¡Y si alguien quiere tierra, que la saque del pajonal, trabajando como nosotros! ¡Sí pues! Y si frente a ellos les sale una piedra que les camine, ¡tanto mejor! —Esto le decía calmadamente, obteniendo elocuente respuesta en la actitud estatuaría de sus hermanos. El fuego chisporroteaba y teñía la estancia de una luminosidad amagada por la luz exterior. Sin comunicarse las intenciones, Jenaro y Javier tomaron sendos cuchillos y los empezaron a amolar.

Justo se vistió sin prisa; cebó mates que compartió con los otros. Dio la orden de partida y salió en silencio con sus hermanos. La ventisca se transformó en una fuerte garúa, caliente y aceitosa.

Mientras Justo hacía un surco de algunos decímetros de profundidad en el terreno que los unía a la primitiva ribera del pajonal, los menores transportaban enormes piedras. Un istmo de un cuarto de cuadra ligaba el pequeño predio de los Rivanera. Cercarlo no era difícil. Una pirca podía levantarse allí sin mucho esfuerzo.

Un sudor cálido y vivificante reemplazó poco a poco en los hombres el frío de Abril. Sacáronse los ponchos y continuaron ahorrándose las palabras.

A pesar de la oscuridad que aumentaba, no decrecía a febril actividad. Con bestiales esfuerzos aceleraban la faena, como si en ello les fuera algo más que la vida.

El muro comenzó a insinuarse desde un extremo, potente y arisco.

Repentinamente Justo pensó en su madre y llamó a Jenaro que con geométrica precisión equilibraba una piedra sobre otra.

—Es necesario que vayas al velorio a traer a la señora. la necesitamos...

—¿Y si no quiere venirse?

—La traes nomás. Aunque sea amarrada, para eso es madre nuestra. ¡Llévate el caballo!... Y si puedes también tráete a alguien que nos ayude... la Lola, por ejemplo... Sí... ¡Tráete a la Lola!... ¡Y vuelve luego!... Nosotros dos le seguiremos poniendo el hombro al trabajo... Averigua cuando vendrán a quitarnos la tierra... y... ¡Cuidado con ponerte a tomar!... —Pero Jenaro no oyó esto último pues fue demasiada la prisa con que partió.

Narcisa fue a la cocina a buscar yerba cuando descubrió un sombrero de ciudad sobre el pisito de totora. Lo tomó suavemente, con recelo y lo volvió a dejar en su sitio. Encontró tan extraña la prenda que pensó en voz alta:

—¡Qué raro sombrero, ser como de padre cura! —Lo cogió de nuevo. Un ruido inusitado la inquietó. Trató de asomarse a la puerta, pero en ese momento entró Raúl, pálido, completamente mojado y descalzo. Narcisa reprimió un grito mirándolo asustada.

—Casi no conocer, hombre. Allí en pieza estar finadita. ¿Llegar solo? Eloy diablo, ir con "chancha" a la estación.

—La finadita... —el hombre tiritaba encogido.

—La Angelita del Mariás del Carmen, ¿No saber?

—Sí... —Raúl apretó puños y boca y se acurrucó en el suelo para entrar en calor.

—¿Ser tuyo? — indagó la mapuche sin obtener respuesta—. ¡Lindo sombrero! ¿Traer tú, paraguüi?

Raúl no respondió y Narcisa se colocó el sombrero.

—¿Vino alguien?

—¿Cuándo?

El hombre hizo un gesto vago levantando los hombros.

—Mucha gente en velorio. Todos llorar y tomar yerba.

—¿Carabineros?

—Carabineros no venir velorio. ¿Para qué? Carabineros andar al campo con carabinas molestando mapuches o a hombre que roba el vaca. Te daré yerba para el frío. ¿Estar enfermo quizá? Casi tener tú cara de duende.

—¿Alguien me buscó?

—No venir ninguno, pues. Como estar tú en Hospital nadie ser tan leso y preguntar por ti. ¡Anda a saludar!

Raúl tiritando y mojado en sudor y lluvia dudó un momento; se sobó las manos. Se puso de pié y caminó urgueando las repisas con la intención de encontrar algún bocado. Sin éxito revisó todos los rincones. Se estiró probando la elasticidad de su cuerpo y tembló como electrizado.

—¿Cómo ser el hospital?

—¡El hospital! ¡Bah!

—¿Puedo ir yo al hospital?

—Cuando estés enferma.

—Yo estar enferma. Duele aquí.

—¿Dónde?

—Aquí en dedo, me corté pelando papas... ¿Para qué te busca el carabinero?

—Por nada... la huelga... ¡No importa!

—¿Huelga los enfermos? ¡Más lesos, el enfermo no trabajar!

—Tú no entiendes, Narcisa...

—¡Ah, ya sé! Mataste cristiano, quizá. Robaste bestia, quizá... ¡Nada de bueno te has puesto!... ¡Malo como Eloy que me hace cochinas, por ser malo!

—No, Narcisa, nada de eso. No hice nada. ¡Dile al viejo que llegué con el "curco" y los Pairoa.

—¿Eloy?

—Sí, Eloy, los Pairoa y la Lola, por ahí vienen, andan guardando la "chancha".

—Onofre no estar aquí. Mejor entra a ver tu hermanita que ahora es angelito del cielo.

Raúl titubeó antes de dirigirse a la pieza del velorio.

—Se te queda sombrero, hombre —habló débilmente la mapuche, pero él no le oyó. Se sacó la prenda, tocó suavemente el fieltro con la yema de sus dedos y se lo puso nuevamente. Pensó en el finado Huenchapán con el sombrero calado hasta las orejas. Se rio.

La llegada de Raúl no produjo impresión.

—Vienes flaco, hombre —observó Rita— de seguro que no te han de querer mucho por allá. ¿Ya te largaron del hospital? ¿Todavía andas metido en eso de la política?

—¡Qui'hubo señora Rita! —saludó Raúl débilmente.

—Aunque algunos eligen otro camino que el verdadero, todos somos hermanos —exclamó Pedro Piedra con la boca entretenida en mastigar y muy ceremonioso— ¿La salud buena?

—¡Hola chiquillo! —gritó Georgina—. Puede ser que el patrón Juan Agustín no te encuentre por aquí, porque ahí sí que te mueres de veras, con o sin enfermedad.

—Ya no soy inquilino de él.

—Yo sólo lo digo por tu bien, ya que soy tu tía. La vez que te echó, dijo que no deseaba verte más por aquí... que quería trabajadores y no políticos. Tú sabes que el patrón le tiene más miedo a un sindicato que a la alemana de su mujer. Además, con tu salud deberías descansar y no llevarte hablando cosas... "que la tierra es para el que trabaja la tierra, y que la tierra, y el que trabaja la tierra"... Muchas de esas cosas que tú dices son ciertas, chiquillo, pero acuérdate que no hay que decirlas. ¡Fíjate que echó a uno de los Rivanera porque lo pilló diciendo que le gustaban los sindicatos!... ¿Ves?

—Claro, con lo que paga, sería bueno que fuera a querer sindicato —Raúl vació una tosecilla seca.— ¿Y ella, todavía se lo pasa tomando todo el santo día?

—Parece que sí, tú sabes como son las alemanas... De

todas maneras nosotros vivimos, chiquillo —dijo con cansada resignación Georgina dibujando en su cara un prematuro signo de vejez.

—Sí, ... viven...

Martina, que hasta ese momento no había despegado la vista de Raúl, terció en la conversación:

—Las personas pueden pensar como les parezca, digo yo. Y un joven medio decente como es el Raulito si quiere ser de esas cuestiones de la política, nada debe importarnos a nosotras. Además, como está algo enfermo, no hay que hacerlo rabiarse. ¡Siéntate Raulito! Y ponte algo que si no te vas a resfriar. ¡Tienes mala cara, niño! ¡Pareces ánima de duende!

Don Roque tomó su sillita y se trasladó a otro sitio, pasando delante de Raúl quien no se interesó por su presencia. Narcisa llegó a cebar un mate. Junto al cadáver una vela se apagó. Georgina la sustituyó por una nueva. Raúl se sirvió un vaso de mistela que le produjo convulsiones y se dirigió a un rincón permaneciendo allí entumido. Como maíz desgranado sobre el techo sonaba la lluvia.

—Yo creo que ser de la política es algo así como estar en un club de fútbol donde se habla mucho —opinó Martina sin mirar nadie en especial.

Ninguno de los presentes comentó la frase.

Iba tan cargado el automóvil que los viajeros podían percibir cada sinuosidad del terreno. Jáuregui, al volante, exhalaba ruidosamente el aire de sus pulmones para imponer su jerarquía. Ocupaba el mismo asiento Onofre, y entre ellos, la madre de las Suaves acomodaba su gordura. Los restantes se apretujaban como metidos a la fuerza en el asiento posterior.

—¿Cuánto vale un auto así, patrón? —inquirió tímidamente Onofre.

—¡Uf, mucho! ¡No te imaginas lo que vale! —El hacen-

—dado alzó la voz para que su respuesta fuese bien oída.

—¿Cómo cuanto?

—¡Pf, mucho! ¡Una cagada de plata!

—¿Más que una yunta... o dos?

—¡Muy mucho más! ¿Quieres... comprarte uno Onofre?

—Quizás. Cuando tenga mi tierra todo va a ser muy distinto...

—¿Tienes dinero? ¿Algo... ahorrado?

—¡No, don Juan Agustín, qué voy a tener! ¡Ni catres hay en la rancho, pero el día menos pensado tendré mi territa... aunque más no sea ni la mitad de un cuarto de cuadra... Si no fuera porque soy muy alegre y me paso el tiempo pensando en cosas... alegres, Ud. sabe, si no fuera por eso, ya me habría conseguido algunas varas de buena tierra... ¡Ahí está botada, llegar y robársela no más...

—¿Robársela?

—¡Claro pues, robársela al pajonal, así como lo hicieron los Rivanera. Como son del río no tiene ningún dueño. Y como el río es de Chile y yo soy chileno... puedo quedarme con una hijuelita... si se la saco al río, digo, con permiso de Ud., don Juan Agustín...

—Como sigan arrebatándole tierras al pajonal, el día menos pensado van a inundar la ribera opuesta —sentenció Jáuregui molesto y abriendo mucho los ojos enrojecidos— y como el dueño de la ribera opuesta resulta que soy yo, al que realmente le quitan las tierras es a mí. Y como conozco las leyes puedo decirte que te vas a quedar con las ganas de... comprarte un auto.

—Bueno, resulta que yo no me he puesto todavía a pensar en eso, con permiso de Ud., don Juan Agustín... Pero si yo le quitara tierra al pajonal, y la plantara de pinos, por ejemplo, y no se le inundara su terreno del otro lado... sería tierra mía, y de nadie más que mía, don Juan

Agustín, con permiso de Ud.... sería tan mía como antes fué del pajonal...

Juan Agustín Jáuregui pensó detener el automóvil y echarlos a todos para abajo, pero escuchó unos grititos agudos de la menor de las Suaves.

—¿Quién va chinchoseando allá atrás? —preguntó la madre de las muchachas que después de mucho dudar se había decidido a levantar la voz. Nadie respondió.— ¡Cuidado que aquí va gente de respeto, más o menos decente, y no patipelados, con permiso de la gente!

—No pasa nada, señora, sólo que ella se reía nomás intervino Lalo.

—Es que me hacen cosquillas —se disculpó la menor de las muchachas.

—Yo no me he reído —habló la hermana mayor.

—Sí, ella no se ha reído —confirmó el padre Damián que iba a su lado.

Pello, en el extremo opuesto, retiró sus inquietas manos y se puso a observar las gotas extraordinariamente brillantes adheridas al vidrio del carruaje.

Una luz repentina en un recodo identificó al rancho de Onofre. El automóvil frenó bruscamente. Las ruedas patinaron en el fango y uno de los tapabarros se incrustó en un eucaliptus. Los ocupantes descendieron corriendo a guarecerse en la casa.

El padre Damián y Juan Agustín Jáuregui fueron recibidos con gran alborozo, no así las Suaves que cohibidas fueron a ocupar un lugar junto a don Roque.

Lalo y Pello, saludando en general, se apresuraron a escanciar los jarros, bebiendo primeramente por la difunta y en seguida por ellos mismos.

Onofre se aproximó a Raúl que tiritaba sentado en el suelo, cerca del féretro. Le palmoteó la espalda.

—¡Qui'hubo hijo! —Onofre se hincó justo a aquel que no veía hacia mucho—. ¿Cómo te sientes? ¿Y la salud, buena?

—Bien, bien, gracias —Raúl trató de esbozar una sonrisa.

—Yo creí que por el norte te estabas haciendo rico y que ibas a venir para comprarle un poco de tierra a tu padre que está viejo y pobre —mostró una sonrisa inútil. Sintió que no estaba hecho para despedidas ni bienvenidas.— ¿Y? ¿Se come bien en los hospitales? —como Raúl se demorara en responder, el padre repitió la pregunta—. ¿Se come bien en los hospitales?

—Sí, hasta hace poco la comida era buena, con postre. Los domingos casi siempre daban empanadas...

—¡Miren la suerte de los enfermos, no!... ¿Quizás su "potrillito" de vino de vez en cuando?

—No. Vinó, no...

—¿Pero... los doctores, entonces?

—Los doctores... tal vez...

—¿Y las mujeres,... buenas...?

—Están separadas, en otros pabellones. Las enfermas mujeres y los enfermos hombres no viven juntos...

—¿Entonces hombre con hombres y mujer con mujer? ¡Qué cochinado!

—Somos enfermos, padre. Los enfermos no tenemos ánimo para nada.

—¡Bah! ¿Tú crees que yo nunca he estado enfermo? ¡Yo sé, hombre, yo sé! Cuando uno tiene alguna enfermedad, se le calientan más los cachos... ¿Viste el biógrafo?

—Sí, a veces nos daban películas...

—¡¿Ves?! ¿Te das cuenta que es mucho mejor estar enfermo que sano y... sin tierra? Pero no te procupes, tú viejo luego tendrá una tierrita y será un "futre", con espuelas, con auto y con todo. Entonces no va a ser necesario que le trabajemos a (se cercioró que Jáuregui no le oiría) don Juan Agustín, ni que tú estés enfermo... ¡Voy a quitarle tierras al pajonal, como los Rivanera! Cualquier día de estos, apenas me vengan las ganas voy a hacerlo...



Raúl tuvo un acceso de tos tan fuerte que el viejo se puso de pie, asustado.

—¡Chitas que estás enfermo!

—¡No estoy enfermo... soy enfermo! —Intercambiaron sonrisas.

Pello se acercó a Raúl y agachándose lo abrazó. El padre Damián y Lalo sólo saludaron con una venia. Jáuregui, más desconcertado que picado en su amor propio de patrón, fué hacia el enfermo.

—¿De nuevo por acá? Yo te hacía muerto o preso. ¿No sabes que es allí donde deben estar los revoltosos, y los carajos? ¡Si no lo sabes... léete los diarios! ¡Los están tomando a todos presos!

—Vino al velorio, nomás —explicó servilmente Onofre.

—Es una actitud piadosa la de Raúl —intercedió el sacerdote—. Después de los funerales regresará al norte, don Juan Agustín, no se preocupe. Además no tiene muy buena cara...

—Merecido se lo tiene... —el terrateniente se alejó hacia las Suaves dejando a Raúl con la cabeza gacha, el furor contenido y los piés amoratados de frío.

—¿Y la ceremonia? —preguntó una voz de mujer.

El padre Damián se aproximó a la angelita. Todos expectantes, en profundo silencio, no acertaban explicarse qué ceremonia impondría el sacerdote en aquel momento.

—Le va a rezar...

—No, le van a dar la bendición...

—Le está rezando, digo yo...

—La extremaunción...

—Ruega a Dios por ella...

—Es ella la que debiera estar rogando por él allá arriba, pienso yo...

—¡La ceremonia...!

—¿La ceremonia...?

—La ceremonia...

El religioso seguía en silencio. Dudaba. Parecía buscar la manera de empezar. Se atenuaron los ruidos de las respiraciones. El tiempo se tornó muy lento. Algunos se miraban a hurtadillas. El sacerdote se acercó al cadáver e inclinándose lo observó con detenimiento. La espectación acentuó el mutismo. El cura entonces alzó una mano, muy lentamente. Dió un pellizcón en la mejilla de la angelita y exclamó:

—Parece dormidita...

—¡Sí, parece que estuviera dormidita! —opinaron todos a coro y en voz alta, aseverando al mismo tiempo con movimientos de cabeza.

Se produjo otro silencio, pues el sacerdote no se apartaba aún del cadáver.

—¡Amén! —dijo alguien.

—¡Amén! —corearon los veloriantes.

—A mi estas cosas me ponen triste. Si no fuera porque soy muy alegre me iba ahora mismito a llorar al cerro —exclamó Onofre—. Por eso es mejor que Lalo me ayude a servir un traguito.

Juan Agustín Jáuregui sonreía junto a las Suaves después de contarles algo muy gracioso. De pronto el hacendado aguzó el olfato y musitó:

—Hay algo... como un olór... Parece que algo se está pudriendo en esta casa, yo lo digo... Será mejor que cambiemos el sitio.— Las mujeres y el hombre fueron a juntarse con el padre Damián que bebía solitario una copita de mistela.

—Mire padre, ahora que veo a esta angelita, seguramente viviendo ya en el cielo, y puesto que estamos juntos, me acuerdo de algo que empezamos a conversar en la casa de estas niñas y no terminamos. ¿Se acuerda? ¿Le parece bien que sigamos? Allá estaba medio borracho, pero con el viaje se me quitó.

—¿Hablabamos? ¿Y sobre qué hablabamos don Juan Agustín?

—De negocios, padre usted sabe que yo no soy hombre descreído, sin embargo en el camino me vine pensando. ¿Será posible, me dije, que el padre me vaya a estar haciendo alguna trampa? Porque eso de vender el cielo... por parcelas... Figúrese que se me vino a la cabeza el siguiente pensamiento: ¿Por qué el padre Damián vende el cielo en lugar de hacerlo el Papa, los cardenales o los obispos?... ¡El cielo es uno! ¿No?

El sacerdote dibujó en su rostro una sonrisa llena de sabiduría.

—El cielo es uno, efectivamente, nada más que uno. Pero esto que usted tiene aquí, sobre nosotros, no es todo el cielo entero, apenas una pequeña parte. Sobre Concepción hay otra parte del cielo; sobre Santiago otra y otra sobre la Argentina. ¿Comprende? De manera entonces que cada ministro de Dios tiene su sector. A mi solamente me corresponde el de aquí arriba... ¿Ah?

—¡Pero padre, hay algo que usted no me explica! ¡Algo que no entiendo en absoluto! ¿Cuál sitio está más cerca de Dios?

—¿Más cerca de Dios? ¡Pero don Juan Agustín, parece usted olvidarse que Dios es omnipresente, que está en todas partes, en todo lugar.

—De veras, también es cierto. Sí, lo que usted dice está bien, pero todavía hay algo que no alcanzo a comprender. ¿El cielo es sólo de Dios, no? Ahora bien, si es sólo de Dios y de nadie más, ¿por qué se vende entonces...?

—¿Que por qué se vende? ¿La tierra era de alguien en tiempo de nuestros primeros padres? Bueno, después de Adán y Eva el mundo comenzó a poblarse, a llenarse de gente. El pecado original trajo consigo la avaricia. Todos querían un pedazo de tierra y los mejores, se comprende, los valles, las orillas de los ríos... Entonces fué necesario vender la tierra y por lo tanto comprarla. Algo parecido ha sucedido en el

cielo. La gente quiere tener su sitiecito asegurado. ¿No le parece, mi amigo?

—También es cierto, no se me había ocurrido—. Jáuregui distrajo su atención, movió las aletas de su nariz y exclamó: —Huelo algo raro en esta casa. Se lo aseguro. Es olor... Bueno... Pero volviendo a lo anterior, usted me dijo, si mal no recuerdo, que lo tenía todo vendido.

—Recuerdo no haber dicho **todo**, sino que gran parte, los del norte por ejemplo. Y para que se convenza le ruego que vea esto. El sacerdote extrajo de su bolsillo un papel en el que estaba dibujado con mucha precisión el mapa celeste de la comarca, diríase calcado y con parecidos deslindes al terreno de la comarca. Podían verse subdivisiones, como casilleros y un nombre en cada una de ellas. —¿Ve usted?... Sólo al sur quedan algunos sitios vacantes...

—Pero usted sabe que yo siempre he dado para la Iglesia.

—¡Sí, sí, mi amigo! Por esta misma razón yo lo tomo a usted muy en cuenta. ¿A ver?... Sí... ¡Vamos a hacer un pequeño arreglo!... ¿Ve este sitio de aquí, más o menos al medio? Es de uno de los Rivanera que no me ha pagado todavía. Pues bien, lo corremos para acá, a donde dice: Nanculeo. Bueno, al indio lo echamos un poquito más al sur y asunto arreglado. En el sitio ahora vacante, se queda usted. ¿Le parece bien el arreglo, mi amigo?

—¡Espléndido! ¡No se arrepentirá!

—Usted tampoco se arrepentirá, don Juan Agustín, sobre todo cuando piense acerca del milagro con que ha sido bendecida nuestra región... ¿Ve usted? ¿Se da cuenta que la vida no es tan mala como opinan algunos de poca fe?

—¡Tiene usted razón, padre! Pero...

—No se aflija. Ya arreglaremos cuenta algún día. No se preocupe, yo me acordaré...

—Padre, no me preocupo ni me aflijo por lo que usted supone. Lo que siento es un maldito olor como a algo que se está pudriendo que me persigue como un duende por todas partes.

## ANGELES EN POLEMICA TEOLOGICA

**A**PESAR de las protestas y los insultos del hermano mayor, Javier partió velozmente, en dirección desconocida.

Justo decidió continuar solo su obra. Aunque su estado lindaba con la desesperación, buscó un lazo y se fabricó un aparejo que ató a su espalda y con él empezó a transportar peñascos hacia la pírca. Para alumbrarse encendió un farol que colgó de las ramas de un peumo raquítico. Debido al calor que le produjo el acarreo se despojó de casi toda la ropa. De su cuerpo empapado por la lluvia se elevaba un vaho espeso, como de una olla puesta al fuego. Una tras otra las piedras se amontonaban haciendo crecer lentamente el cerco.

El hombre renovaba las fuerzas a cada instante, llenándose de resentimiento. Nadie habría de quitarles la tierra ganada con tanto esfuerzo. Justo sentíase el único responsable. Javier se había marchado y Jenaro aún no regresaba con la madre.

—“Si alguien intenta algo en contra de nosotros, incendiaré la rancha, mataré a los animales y hundiré la canoa. No nos sacarán de aquí sino muertos”.

Escampaba algunos momentos y luego se desencadenaban rápidos e intensos chubascos.

La construcción avanzaba penosamente. El plan de Justo consistía en cerrar una media luna y en seguida continuar elevándola.

—“A lo mejor vienen a caballo y saltan. Un buen caballo con un mejor jinete podría hacerlo. Por eso es necesario elevar bastante la pirca y afirmar sobre ella estacas gruesas y afiladas. Sí, hay que hacerlo así”.

Ahora Justo tenía que caminar mucho más para traer sus materiales. Una profunda huella dejaba en el fango al arrastrar su carga con el aparejo. El lazo se le incrustaba en la carne y las arterias periféricas parecían prontas a estallar.

Un galope se oyó a la distancia. Justo aguzó el oído y corrió en busca de un cuchillo. Se agazapó detrás del muro en construcción. El ruido de cascos se hizo más cercano. Dejó alrededor de sí varios peñascos para usarlos a su debido tiempo como armas arrojadas.

—¡Atrévanse nomás! —gritó con sorda ira.

Un caballo a todo galope penetró al terreno. Justo lanzó un peñascazo brutal. El animal trastabilló y cayó por tierra con sus dos jinetes. El hombre se avalanzó sobre ellos, pero un conocido grito de mujer lo sacó de su error.

Botó el cuchillo y ayudó a levantarse a Ufemia y Jenaro quienes salieron del barro con algunos machucones. Entre los tres alzaron el caballo con una herida leve en una pata. Jenaro lo llevó a la pesebrera donde lo vendó.

Después de celebrar con risas, insultos y breves comen-

tarios la equivocación, los dos hermanos y la vieja siguieron construyendo.

Momentos más tarde Justo indagó: —¿Y la Lola, Jenaro?

—No estaba en el velorio...

Justo escupió con fastidio.

Un relámpago lejano llenó de luz los cresteríos de Nahuelbuta. El trueno no alcanzó a oírse. Una humedad oleaginosa envolvía todos los objetos. El trabajo incesante se manifestaba en un resuello acelerado y rumoroso.

—¿Y el Javierito? —preguntó Ufemia— ¿Dónde está el Javierito?

—¡Esa mierda se fué a no sé dónde! Seguramente para no trabajar. Si se aparece por aquí no le va a quedar diente bueno. Para que aprenda a ser hombre.

La anciana calló. Muerto el viejo Rivanera, Justo había heredado el derecho de hacer lo que le viniera en ganas.

—¡Hace calor!

—Sí, pero si uno deja de trabajar viene el frío...

—De veras.

—¿Tienen hambre, hijos?

—¡Claro, mucho!

—¡Bah, yo también tengo siempre mucho hambre!

Una hora después de la llegada de la vieja, Javier hizo su aparición como un espectro.

—¡Dónde te metiste, carajo! ¿No sabes que estamos trabajando para que no puedan quitarnos la tierra, ni la piedra del milagro que es de nosotros? —rugió Justo enardecido y avanzando hacia el hermano con violenta agresividad.

—Fuí a buscar esto —dijo Javier sin prisa—. Lo robé de la bodega. Ramón lo usó para volar las raíces más grandes cuando limpió el potrero nuevo. Es dinamita. Explota como patada de mula. Si vienen tendremos con qué recibirlos.

Justo se rascó las cejas, aclaró la voz y aconsejó al menor que fuera a guardar el explosivo en la ranca.

—“En último caso prefiero hacer pedazos la piedra del milagro a dinamitazos antes de soportar que se apoderen de

ella otros que tienen mucho más que yo y que todas las familias juntas de estos lados".— Justo agradeció en su fuero interno la feliz ocurrencia de Javier.

La faena de arrastre prosiguió sin descanso, con premura, ansiedad y violencia. Ladridos lejanos, tristes piales y ruidos extraños del pajonal se mezclaron al sonido de la lluvia, casi imperceptible.

De pronto Justo detuvo su labor y llamó a la madre y los hermanos.

—Es necesario demostrar ahora —dijo— que la piedra del milagro es de nosotros.

Estaban congregados bajo el peumo, a la escasa luz del farolillo, llenos de humedad, rencor y bríos.

—Mañana al alba, apenas esté aclarando, tú, Jenaro, te vas a ir en canoa hasta la misma piedra y vas a pintar en la parte que no moja la lluvia el nombre de nosotros: Rivanera.

—¿Acaso no sabes que se me olvidó escribir?

—¿Pero que no votaste para las elecciones?

—¡Claro que voté! Firmar no se me ha olvidado, eso lo hace cualquiera.

—Yo te diré como tienes que hacerlo. Cuando calafateemos la canoa nos quedó un poco de brea... es refácil... ¡Va a ser lindo cuando todos digan que en vez de "la piedra que anda" o "la piedra del milagro": ¡La Piedra Rivanera"!... A ver, vieja, dígalo usted para oírlo.

Y la vieja Ufemia repitió con voz cascada acariciando el oído de sus hijos y emocionándolos:

—¡La piedra Rivanera!

La mayor de las Suaves pidió la guitarra a Georgina. Esta accedió y la mujer cantó moviendo la boca tal si masacara maíz con los incisivos:

—“Yo soy la humilde violeta  
todos abusan de mí...”



La música y el canto no lograban ponerse de acuerdo. Para esquivar esos acordes, los hombres bebían y bebían.

—“Me sacan todos los pétalos,  
y me desnudan así...”

Pedro Piedra trabajaba sin haber bebido una sola copa, por convicción, y además por tener siempre la boca ocupada en rumiar alimentos sólidos. El padre Damián ingería su vino lentamente, sin el más mínimo signo de embriaguez.

Georgina le arrebató la guitarra a la otra y comenzó un canto que dijo dedicaba a todos los presentes:

“Usted que sabe de asuntos, a la muerte pregunté,  
por qué se lleva a la gente a su mundo de terror,  
p’a sufrir, dijo la muerte, la tierra es recontra peor.”

La mayor de las Suaves con un mohín desdeñoso se alejó balanceando rítmicamente el trasero. “Esa guitarra está desafinada”, pensó.

“Usted que sabe de asuntos a un patrón le pregunté,  
por qué su mesa está llena y la mía sin provisión,  
el patrón rió y me dijo: así lo ha querido Dios”.

Onofre explotó en una carcajada, haciendo brillar sus ojos clarísimos. —¡Qué diabla es esta Georgina!— exclamó y aplaudió con furia. Miró con euforia a don Roque pero éste no levantó la vista del suelo.

—“Me gustaría que la oyera el patrón Jáuregui” —pensó vengativa la mayor de las Suaves— “Una mujer decente no canta estas cosas”.

Georgina improvisaba acordes con entusiasmo. Nuevamente se oyó el canto:

“Usted que sabe de asuntos, a Dios yo le pregunté,  
por qué siendo Usted tan bueno, su bondad no me  
(alcanzó,

Dios me dijo compasivo: cautivo también soy yo”.

—¡Claro está que Dios está cautivo: de los malos cristianos, de los que usan su nombre sin responsabilidad! ¡Las legiones de Satán son numerosas!

—¡Cállese don Pedro Piedra y escuche la música más mejor!

“Ud. que sabe de asuntos, a un cura le pregunté, por qué cuando el pobre suda, otro aprovecha el  
(sudor,

el cura calló un momento y me echó una bendición.”

—¡Epa, aquí nadie insulta al padre Damián porque tiene muchos que lo defiendan!

—Si no lo insulté.

—¡Cómo que no!

—Ese es un canto nomás. Aquí todos le tenemos respeto.

El rasgueo se extendió durante mucho rato. Finalmente se oyó otra estrofa:

“Ud. que sabe de asuntos, al diablo le pregunté, por qué si es Ud. tan malo, lo deja viviendo Dios, El diablo dijo: sin mí, no habría cura ni patrón. ni pecado por el mundo, ni santa crucifixión”.

Hubo algunos aplausos, menos de Onofre y del padre Damián que miraron por primera vez a don Roque esperando que este reprendiera a su hija.

—¿Y este canto tan ordinario, de dónde lo sacaste? Si no fuera porque... Las guitarras no deben ser para faltar el respeto, digo yo, sino que para alegrarse con la música.

—No es bueno, hija que cantes esas cosas. Yo te perdono porque sé que lo has hecho sin mala intención. El Señor sabe todo lo que decimos, hasta lo que pensamos. No importa dónde lo hayas aprendido, pero esas cosas no deben repetirse.

Jáuregui, que en ese momento regresaba de afuera donde había ido a presenciar cómo desincrustaban su automóvil del eucaliptus, se sumó a la reprimenda ya que algo de la canción alcanzó a escuchar.

—¿Qué no se ha dado cuenta esta huasa de mierda que yo estoy aquí, y que si no fuera por mí, todos ustedes se morirían de hambre?

—A esa música la inspira el Enemigo...

—¡Georgina, tu padre está viejo, casi muerto... No me sigas dando pena. Si sigues así te voy a maldecir. La música siempre es para peor nomás...— don Roque siguió hablando, pero con voz tan débil que no se le entendió ni una sílaba.

A Georgina le brillaron sus lunares y punteando nuevamente en su vihuela, cantó otra vez:

—“Ud. que sabe de asuntos, al cielo yo pregunté.

¿Cuál es el hombre más bueno? ¡El patrón, me respondió!

¿Y cuál el hombre más sabio? ¡El cura, me respondió!

¿Y cuál el más poderoso? ¡Dios Santo, me respondió!

¿Y cuál de todos más malo? ¡El diablo, me respondió!

¿Y cuál la más traicionera? ¡La muerte, me respondió!

¿Y cuál de todas más bruta? ¡Georgina, me respondió, que ya guarda su guitarra y termina esta canción!”

Los rostros hoscos se iluminaron por las sonrisas. A Raúl le brotó una risa brevísima y Pedro Piedra habló acerca de la música que antes pertenecía a Dios y que habiéndosela robado el diablo, los hombres buenos deben hacer todo lo posible para rescatarla. Georgina salió del cuarto a guardar su instrumento.

Onofre se dirigió a Lalo para convencerlo de la utilidad de un automóvil.

—¿Y para qué le serviría un auto a usted?

—¡Bah, para andar en él! O en último caso para venderlo. Claro que hay que comenzar por quitarle tierra al pajonal, luego plantar pinos y por último llegar a ser rico.

—¿Y para qué quiere usted ser tan rico?

—¡Miren la pregunta! ¡Ya se lo dije: para comprarme un auto, echar a toda la gente arriba y pasar por las casas del fundo tocando la bocina. Alguna vez el pobre tiene también que darse un gusto. ¿No es así?

En su rincón don Roque hacía inmensos esfuerzos para pensar. La lluvia se hizo intensa y los llantos se mezclaron con carcajadas. Estalló un rumor de vasos entrechocándose. Las cuatro velas parpadearon junto a la angelita. Las miradas

evidenciaron lujuria, pensamientos confusos e impulsos imprecisos.

Pedro Piedra, con una pinza de alambre, fabricada por el mismo, introducía pedacitos de madera por el gollete de una botella. Mientras ejecutaba la operación, sus mandíbulas poderosas trituraban trozos de pan untados en grasa de vacuno.

—¿Qué está haciendo usted don Pedro? —preguntó melosa Martina acercándosele demasiado.

—Estoy tratando de hacer una carreta.

—¿Adentro de la botella, don Pedrito?

—¡Claro! Se mete parte por parte y en un de repente... ¡queda lista! Es mejor fabricar estos adornos, digo yo, que andar buscando milagros por todos lados. ¿No le parece?

—También es cierto, no. ¡Queda muy bonita! Yo he visto a algunos que hacen buques, crucifijos y otras cosas más. ¿Usted don Pedro no sabe construir barquitos?

—Algún día haré uno.

—¿A mí?

—Bueno, dije que algún día haré uno.

—Debe ser muy entretenido hacerlos ¡Por Dios que es diligente usted!

—¡Sí, es bastante entretenido! Mucho más que... andar detrás de los milagros...

El padre Damián no se dió por aludido ante esta segunda provocación, por el contrario, se acercó al evangélico con una ancha mueca de amistad.

—Es usted muy habiloso, Pedro.

—Se hace lo que se puede, don Damián.

—Así lo veo. Además no se ha bebido ni un solo trago. Se echa de ver que es hombre sano y temeroso de Dios.

—¡Harto que lo temo pues! Pero no olvido tampoco que El es amor.

—Dice bien usted Pedro. El es amor y muchas veces nos envía sus bondades en la forma menos esperada. El señor tiene infinitas maneras de manifestarse.

—Claro está don Damián que algunas veces nos equivocamos y tomamos cualquier hecho que no entendemos como venido del Amado.

—Cuando un hombre es piadoso, no se equivoca así nomás.

—Muchos se han equivocado. Muchos como... como muchos...

—¿No cree usted en los milagros? —inquirió el sacerdote con la intención de acorralar a su adversario.

—Nuestro Señor hizo muchos, porque El quería hacerlos —respondió el evangélico— El quería hacerlos y eso basta. Hay muchos que ven milagros en todas partes. Los mapuches antiguos cuando llovía creían que era un milagro. ¡Fíjese en la ignorancia de sus corazones! Ellos no conocían a Jesús y por eso se explicaban como milagros las cosas más materiales: el trueno, el viento, los hechos más simples. Claro está que usted debe haber aprendido todas estas cosas en el Seminario, que le llaman.

—Sí, en el Seminario aprendí muchas cosas, sobre todo a distinguir cuando en algo anda metida la mano de Dios.

—¿Lo dice por el peñasco grande que queda frente a la ranchar de los hermanos Rivanera? —preguntó Pedro Piedra yendo directamente al grano.

—Sí, también lo digo por eso...

—¡Ah, usted cree que...!

—¿Qué otra explicación le da usted Pedro?

—Quizás pudo ser la fuerza del agua —arguyó el evangélico sin convencimiento, pero consciente ya de su capacidad polémica.

—¿Y por qué no la movió antes? ¿Cree usted que el agua tenga la fuerza suficiente para mover una piedra tan grande, siendo que el río del pajonal casi no lleva corriente? ¿O acaso el viento que ni siquiera es capaz de voltear un caballo? ¿Lo cree usted Pedro? ¡Dígame sin vacilar! ¿Lo cree usted?

Pedro Piedra titubeó y fué en demanda de auxilio a una bandeja de charqui casi vacía.

—Bueno, si no ha sido el agua ni el viento, otra será la causa de que esa piedra se haya movido. A veces un temblor, usted sabe que por estos lados tiembla a cada nada, suele cambiar las cosas de su sitio. Por estos lados ha habido temblores desde siempre. ¿Sabe usted que en la cordillera se producen rodados y caen montañas de tierra?

—Eso se debe al hielo y al deshielo —replicó sonriendo el padre Damián—. Además las faldas de los cerros son bien inclinadas.

—A lo mejor el lecho del pajonal es... más o menos inclinado...

—Puede ser, pero no tanto como para que la piedra resbalara...

—Entonces don Damián quiere Ud. decir que la mentada piedra...

—Sí, Pedro, quiero decir...

Se formó un corro en torno a los contrincantes: Juan Agustín Jáuregui abrazado a la mayor de las Suaves, Narcisca Cohuequén con el sombrero de Raúl encasquetado, Pello junto a la menor de las hermanas, Lalo y Onofre con sus infaltables "potrillos", Georgina cerca de don Roque apoyado en su sillita de paja, Rita mirando a Lalo y Martina observando impaciente a Pedro Piedra. Raúl, cadavérico y taciturno se afirmaba en la mesa del velorio sin perder detalle de la discusión.

El evangélico tomó otro poco de charqui. Al padre Damián le fué ofrecido un vaso de vino. El Ronco paró las crejas y puso la cola enhiesta.

—¿Con que usted cree saber que fué el Amigo quien movió la mentada piedra?

—¿Cabe alguna duda, Pedro? La mayoría de los presentes sabe que fué así; cree firmemente en ello porque tiene algo que a usted le falta, Pedro: la fé. Cūalquiera le podrá decir lo mismo. ¡Pregúnteles!

—Quizás no sea así —exclamó Pello con voz debilucha.

Pedro Piedra se sintió apoyado y prosiguió con mayor seguridad:

—Muchas veces los hombres se engañan. En cualquier cosa piensan que está la mano del Cordero, en todo misterio que no pueden explicarse dicen notar la mano del Amigo, en las cosas más materiales les parece adivinar al Espíritu, siendo que la explicación es otra y más sencilla.

—¿Y usted podría explicarlo, Pedro? ¡Sería muy interesante!

—¡Bañ, claro está que podría explicarlo, no me sería nada de difícil, cualquiera podría hacerlo. Solamente es necesario haber conocido a Jesús que llamaron el Cristo, sólo es preciso saber distinguir las obras del Rey de los Cielos y las que no lo son.

—¡Dé usted entonces una explicación, Pedro, para escucharla! Todavía estoy esperando. Hace poco nos amenazó con una explicación y...

La observación del sacerdote produjo hilaridad. Pedro Piedra bajó la vista. La gente, espectante, esperaba ansiosa las palabras del evangélico. Era muy difícil ganarle una disputa a un hombre tan sabio como el padre Damián, sin embargo Pedro había insinuado estar dispuesto a hacerlo, aunque permanecía mudo y titubeante.

—¿Y, Pedro, en qué quedó lo que ibas a decir? —se impacientó Jáuregui!—. Habla pronto hombre porque aquí hay un olor... un olorcito.

—¡Claro pues, habla de una vez! Recuerda que sino fuera porque soy muy alegre te echaba de la casa por atreverte a discutir con el Padre— terció Onofre con lengua traposa y un dejo de felicidad en la mirada.

—Siga nomás don Pedro —habló debilmente Raúl desde su rincón— en este tiempo hablar de milagros... la verdad... Le sobrevino un acceso de tos.

—¡Miren, el sindicalista también opina! —comentó Lalo con las Suaves, recibiendo por esto, la dura mirada del enfermo.

—Sí, que don Pedro explique el milagro —pidieron coreando las mujeres.

El evangélico tragó saliva, observó a cada uno de los veloriantes y empezó su exposición:

—Todos ustedes creen que aquí en el lugar hubo un milagro, pero están equivocados. Piensan que porque un peñasco se movió durante la noche como ochenta metros, fué el Señor, mi Dios, quien lo hizo. ¡No! Los milagros sirven para algo. ¿De qué sirvió este? Yo les voy a decir para qué nos ha servido: para llenarnos de confusión. Todos los grandes peñascos que hay en los ríos de Chile no nacieron ahí; con el tiempo se movieron y llegaron al sitio donde están ahora. En todos los países ha pasado lo mismo... ¡Milagro, milagro! Con esa sola palabra se contentan y no averiguan más, no tratan de seguir pensando... ¡Milagro! ¡Milagro! Con eso se quedan, con eso les basta. Son ustedes peores que los paganos que adoran a las piedras y se contruyen estatuas con ellas. Si ustedes hubieran pensado un poco más, ahora sabrían por qué se movió la piedra, qué fuerza fué la que la hizo andar en una noche casi ochenta metros, quién la movió... Y ya que ustedes son tan perdidos e ignorantes, yo se los voy a decir, "y el que tenga oídos para oír, oiga", como dice Mateo en su evangelio. Esa piedra, para mal de nosotros y para confusión de todos, la movió: ¡Satanás!

El mujerío recitaba sus preces en rítmico coro. Pedro, en la recocina, sin dejar de rumiarse trabajaba tenazmente. Cuando Pello entró con la noticia no se inmutó. Hacía casi una hora que repasaba en su mente la discusión con el padre Damián de manera que ya nada le asombraba pues sabía que Satanás rondaba por el lugar.

—Don Pedrito se me había olvidado decirle que desde temprano la gente anda diciendo...

—¿Quién andan diciendo? —Pedro en ese momento co-sía unos cueros.



—Bueno, andan diciendo nomás, aunque yo no me fijé mucho. Eso sí que cuando usted me mandó a buscar ramas, flores y carrizo, ahora lo recuerdo, el pajonal parecía estar más lleno.

—Desde que el Señor creó el pajonal que está lleno.

—Bueno, pero la gente piensa otra cosa. Andan diciendo que a lo mejor esta vez viene en crecida.

—¡Leseras, nomás! Ni mi "taita" que era de por estos lados vió jamás el pajonal desbordado. Si alguna vez hubo avalancha de agua debió haber sido en tiempo de los indios.

—Bueno, eso es lo que comentan. Dicen que cada cierto tiempo el pajonal viene en crecida y se inunda hasta los cerros.

—Ni mar, que fuera.— El evangélico roía un trozo de tocino adherido a un pellejo.

Pello observó esos dientes tan blancos, de caballo, raspar frenéticamente un cuero parecido a suela.

—¿Se está comiendo el cuero, don Pedro?

—El que estoy comiendo es cuero de tocino y el que estoy trabajando es cuero de vaca para hacer vainas de cuchillo. Cada cuero tiene su uso. El cuero del hombre sirve para que no se caiga la carne ni se desparrame la sangre. El Señor nos ha dado a todos un cuero distinto, pero lo importante no es el cuero sino que aquello que está adentro de él que es el alma. Después con un zuncho que tengo guardado me haré un cuchillo para meterlo en la vaina... ¡Con que dicen que el río viene en crecida, no!

—Así nomás dicen, recién lo hablaban en lo otra pieza.

—¿Y por qué lo dicen?

—Porque a lo mejor viene en crecida, digo yo.

Pedro Piedra meditó un momento. Pensó en el Diluvio, en el Apocalipsis y en Rita. —Claro está que si viene en crecida no podremos ir a enterrar a la angelita, y eso no será nada de bueno. ¿No te parece Pello?

—Si pues, no sería nada de bueno. Porque si uno nace

es para que lo críen y si uno muere es para que lo entierren. Lo mismo que si uno hace mal tiene que pagarlo y si hace algún bien, tendrá que recibir recompensa.

—Sí, Pello, para cada no, hay siempre un sí, y para cada palabra un eco.

Por las rendijas de la pared penetraban filones de fría humedad. El muchacho ponía más atención en observar a Pedro Piedra que éste en su faena. La lluvia hacía vibrar la techumbre. Un ladrido de el Ronco, corto y agudo atravesó el campo.

—Así que la gente anda diciendo. ¿Será cierto?

—Quizás, don Pedro, aunque yo no he mirado nada y como se han visto tantos bichos subiendo hasta las lomas, la gente piensa y lo da casi por seguro.

—¿Bichos?

—Sí, bichos. Hay filas de hormigas, arañas y otras criaturas que parecen estar arrancando del pajonal, y algunos pájaros entumidos y guarenes así tan enormes, y cuanto bicharraco Dios creó. Si esto pasa, por algo será. ¿No le parece? Las únicas que se quedan son las gentes, más pegadas al pajonal que las mismas matas de carrizo. Además el Ronco se lo ha pasado aullando desde hace rato. ¡Buen dar con el perro! ¡Le falta hablar nomás!... ¿No irá a temblar?

—Eso pasa, Pello, en los lugares donde se alberga el Mal —exclamó Pedro Piedra terminando de extraerle al cuerpo sus últimas adherencias de tocino—. Hay algo que no anda bien por estos lados. Los ricos cometen pecados contra los pobres y los pobres contra sí mismos —elevó el tono de la voz y cogió al muchacho por los hombros—. Cuando miro lo que sucede, pienso a veces que el Amado no me ayuda ¡Todo anda tan mal! ¡Tenemos que hacer algo! —Las manos del evangélico se crisparon sobre la carne del joven—. El mal está en todas partes. ¡Hay que luchar, Pello! El mundo está lleno de mujeres malas, ladrones, viciosos y ricos ensoberbecidos. Los animales que son las criaturas más puras del Señor ya están huyendo de acá. ¡Vámonos Pello de esta Sodo-

ma, de esta Gomorra! Si el Señor no quiere ayudarnos, ayúdemoslo nosotros entonces, a El ¡Hay que irse al desierto, a ayunar... no, a ayunar no, sino que a pensar en Dios... Pello...! —El hombre había acercado sus ojos a los del muchacho, en tanto lo remecía con inusitada violencia. Pello, en estado cercano a la hipnosis no osaba hablar, no obstante para indagar reunió fuerzas: —¿Y la señora Rita? ¿La va a dejar usted?

—¡La Rita, la Rita! ¡Ella pertenece al mal! Yo sé que se acuesta con el Lalo... ¡Hasta contigo debe haberlo hecho!

—¡No conmigo no! ¡Se lo juro!

—¡Oh, Jesús, cómo nos olvidamos de tí!... ¡Yo quiero el bien, Pello, no soy capaz de vivir en otra forma! —La voz de Pedro Piedra había enronquecido. De improviso dejó de zarandear al muchacho y se llevó las manos a la cara. Pello, al verse libre, retiróse a un rincón, saliendo en seguida sigilosamente.

—¡Sí, el Mal! —el tono del evangélico lindaba en el so-llozo—. El mal, la mentira... no quiero... yo no quiero...— Sus manos se contrajeron, la barbilla comenzó a temblarle con ritmo apresurado, la agitación de sus piernas lo obligó a sentarse. Su cuerpo todo se retorció dolorosamente. Quiso gritar, pero sólo ronquidos salieron de su boca. Empezó a bufar, convulsionado. —¡“Satanás”! —fué lo último que dijo.

La llegada de Juan Agustín Jáuregui apoyado en Raúl devolvieron parte de la serenidad a Pedro Piedra.

—¿Dónde se puede mear? —preguntó entre dientes Jáuregui.

—Por ahí —respondió con mucho esfuerzo el evangélico, señalando la puerta que daba afuera.

Raúl permaneció dentro y, mientras tanto, se sentó a tiritar en un pisito de totora.

—No se dió ni siquiera cuenta de mí cuando me pidió que lo acompañara. Está tan borracho que no se acordó haberme amenazado con mandarme preso.

—¿Preso? ¿Preso por qué, Raúl?

—¿Qué no se acuerda cuando yo trabajaba aquí?

—¡Ah, verdad! Ustedes son los que quieren luchar contra el Mal a balazos, los que atacan al demonio con huelgas y gritaría...

—¡Nada de eso, don Pedro! —Raúl tosió tranquilamente—. A nosotros el tal demonio nos tiene sin cuidado.

—¡Mal hacen!

—Queremos solamente que la gente no sea tan ignorante, y que además no se muera de hambre. Usted no ha sido nunca obrero, don Pedro, y es por eso que no sabe de estas cosas...

—Sí, Raúl, no he sido obrero, pero debo decirle que jamás he dejado de trabajar ni un solo día durante mi vida entera.

—Sí, no se lo niego, pero... pero no es lo mismo... De todas maneras, ¿por qué es tan repobre si ha trabajado tanto como dice? Un hombre tan cumplidor y bueno como es usted...

—El Amado a unos les dió riquezas, a otros salud, a algunos inteligencia y a muchos: fé.

—¡Fé, claro! Mientras el patrón Jáuregui se queda con su trabajo, usted, bueno... se queda con la fé.

—¡Exacto! —El evangélico observó que los ojos del enfermo estaban tan brillantes cual si funcionaran independientemente del cuerpo, con un ritmo mucho más febril y excitado.

—Lo que pasa, digo yo —comenzó a decir Raúl, pero se vió interrumpido por la voz aguardentosa de Jáuregui que le inquiría desde el umbral:

—¿Qué es lo que pasa, dices tú?

—Nada, patrón —el enfermo bajó la vista reprimiendo una tosecilla.

—¿Nada? ¿Y lo que yo te estaba oyendo, qué es? ¿Alpiste? ¿Con qué dices tú que yo me quedo? ¡Estos huasos brutos cuando se meten a comunistas no saben ni lo que hablan!

—No soy huaso bruto, patron...

—¡Ah, ahora te crees caballero, verdad!

—Tampoco soy caballero, patrón...

Raúl estaba de pie, con la cabeza gacha y el rostro enrojecido; sus pies, demasiado blancos para ser de un campesino producían un violento contraste con el resto del cuerpo. Jáuregui, sosteniendo apenas su borrachera, afirmábase desafiante y violento en la muralla.

—Algo habrás hecho por allá que tuviste que regresar al campo. Tú sabes que te eché para que no volvieras.

—No hice nada malo, patrón... vine al velorio, recién salí del hospital.

—¡Al velorio! Ni que te hubiesen avisado por teléfono y hubieras venido en avión...

Raúl guardó silencio, turbado; un repentino temor desmoronó su aparente tranquilidad; no obstante, se repuso y contestó:

—No he hecho nada malo, patrón...

—Sabes tú que si yo quisiera te mandaba preso inmediatamente?

—¡Sí, lo sé, patrón!

—¿Y sabes también por qué no lo hago?

—No lo sé, patrón.

—Bueno, yo tampoco lo sé muy bien, pero apenas se me pase la cola lo voy a hacer. Cuando joven yo también era revolucionario... fui varias veces a la Federación de Estudiantes. Mi mujer, que es una dama, siendo muchacha fué sufragista. ¡Como lo oyes: sufragista! ¡La Ericka von Tesling fué sufragista!

—Yo soy pobre, patrón...

—Nosotros también éramos pobres. Yo mismo tenía que plancharme los pantalones; para escuchar la ópera íbamos a galería. Un paquete de cigarrillos debía alcanzarme toda una semana. Muchas veces me vi obligado a caminar hasta la Escuela Agrícola que quedaba en la misma Quinta Normal; no tenía para tranvía...

—Ahora usted es rico, patrón...

—Rico. ¡No digas disparates! Si supieras los cientos de miles que tengo que pagar en deudas todos los meses. Es muy fácil hablar de revoluciones cuando no se tiene idea de las cosas. Esos pensamientos sirven a los irresponsables y a los sinvergüenzas que se aprovechan de ellos. Además hay una razón por la cual yo nunca seré revolucionario, carajo.

—Usted es rico, patrón...

—¡Dale nuevamente con lo de rico! Pensando de esa manera, como tú, cualquiera se mete a bolchevique...

—No soy bolchevique, patrón.

—Hay una razón, te decía, por la que nunca seré revolucionario y es la siguiente: la revolución, por si no lo sabes, es anticonstitucional.

Raúl quedó en silencio y a Jáuregui se le iluminó el rostro. El evangélico daba a entender, forzosamente, que sus problemas no eran de este mundo.

—¿Ves como con palabras todos entienden? —comentó el terrateniente con Pedro Piedra, señalando con un mohín socarrón a Raúl.

Todos sonrieron: Pedro Piedra lanzó una sonrisilla servil, Jáuregui una amplia sonrisa de satisfacción, y el enfermo una mueca risueña de cansancio.

El patrón propuso ir a beber y apoyado en Raúl pasó a la pieza del velorio. El evangélico los siguió con ciega obediencia.

Entró el Ronco y luego de humear en todos los rincones se miró la cola y comenzó a perseguírsela. En la recocina vacía, el perro giraba furiosamente, como un trompo.

## ANGELES JUGANDO AL INFIERNO

**P**OR ser poco el alcohol y muchos los sedientos, la fiesta se encontró de repente seca. Los dueños de casa habían agotado sus escasos dineros y además el pueblo distaba mucho para ir a aprovisionarse. Lalo propuso que las mujeres permanecieran en el velorio mientras los varones iban cabalgando a apagar la sed. Onofre lo secundó en su opinión, pero ellas protestaron tanto que la iniciativa no se realizó. Era preciso hacer pronto algo.

Debajo de sus cabellos rizados y grasientos, la madre de las Suaves concibió una idea: la fiesta podría continuar en su casa. Allá había una victrola, algo de licor y una gallina convertible en cazuela. Lalo y Rita estuvieron de acuerdo

y felicitaron a la mujer. Era menester convencer a Onofre y más tarde a los demás. El proyecto parecía excelente. Acortarian el camino por el pajonal, en canoa, y llevarían consigo a la angelita en su flamante féretro pintado de azul.

Consultado Onofre respondió que sí; el padre Damián no opinó. Jáuregui chilló contento y prometió una contribución de mil pesos a la madre de las Suaves.

Los restos de comida fueron echados a una bolsa. Unos pusieron los ponchos y fueron a arreglar el asunto de la canoa. Otros esperaron tranquilos el momento de la partida. Jáuregui ofreció su automóvil. Por un charco de luminosidad abierto en el cielo, se asomó la luna, llena de humedad, trayendo viento frío y lobreguez.

Se oyó un ladrido de el Ronco y luego un grito de mujer. El padre Damián se asomó al campo. Otro grito. Algo acontecía a pocos pasos del sacerdote que avanzó por un costado de la casa. Alguien, en el suelo, luchaba con tremendo forcejeo. El religioso encendió un fósforo.— ¿Qué pasa aquí? —inquirió.

—Nada, padre, no pasa nada.

—¡Cómo que no pasa nada! ¿Quiénes son ustedes?

—Que no se acuerda, padre. ¡Soy el Ramón y estoy aquí con el José! Veníamos a ver la finadita, en la "chancha", con Eloy y el Raúl. El Raúl se entró hace rato, pero el José se puso a travesear con la Lola.

—¿La Lola?

—¡Sí, ahí está, debajo del José!... Se están travesearando nomás. Usted sabe que el José es muy hostigoso.

José se incorporó tratando de abrochase la bragueta y repitiendo con una sonrisa desdibujada en el rostro: —¿Qué es la cuestión, ah, qué es la cuestión?

Lola se puso de pie y escapó hacia el fondo.

—¿Y Eloy? —interrogó el cura.

—Está en el galpón en la "chancha".

Pero el jorobado ya venía arrastrándose en dirección a



la casa, agitando los brazos como aspas y preguntando a viva voz: —¿Y el Raúl? ¿Llegó el Raúl?

—Sí, entró hace rato.

—¿Está alentado?

—Sí, alentado, muy alentado. Los cristianos de por estos lados son bien duros para morir.

Eloy siguió su camino y entró sin saludar ni reparar en los presentes. Comenzó a trajinar todos los rincones en busca de algo para beber más a los pocos momentos se dio cuenta que los otros no habían dejado ni una gota. De un puntapié apartó al Ronco que se alejó aullando.

Ramón y su hermano, apoyándose mutuamente fueron hacia las Suaves con los dedos listos para dar pellizcos. El sacerdote con una sola mirada los contuvo algunos instantes.

—Llegaron a tiempo, partimos a la casa de estas niñas a seguir allá el velorio.

—Sí, porque aquí se nos acabó todo.

—Fueron a preparar la canoa para llegar más rápido.

Eloy escuchó sin responder y quedó como petrificado en medio del cuarto. De pronto tomó el pequeño ataúd azul y se lo llevó a la cocina tratando así de impedir que las Suaves se lo llevaran.

—¡Las fiestas del velorio deben hacerse en la misma casa donde el angelito muere... aquí también murió nuestra madrecita y aquí van a morir Raúl y mi papá... los angelitos que se velan en otras casas, se van al Limbo... esta idea debe ser del patrón Juan Agustín que no tiene hijos... esto es peor que plantar pinos... para ir donde estás niñas tiene que ser sábado... puros hombres...! ¡No la voy a soltar ni por nada del mundo!... ¡Prefiero dejar de fumar y otras cosas peores!...

La confusión fue general, los gritos del jorobado atronaban la casa. Primeramente entró Onofre a convencerlo; luego se le acercó Juan Agustín Jáuregui con menos éxito; en seguida la madre de las Suaves fue a alegrarle en favor

de su "hogar decente y cristiano"; finalmente el padre Damián se empeñó en disuadirlo expresando que quienes decidían eran los parientes, y que había que respetar al padre y a los otros familiares y amigos, pero fue inútil. El jorobado cerró los ojos para indicar así que no estaba oyendo.

Narcisa Cohuequén también se aproximó a Eloy pero para manifestarle con un guiño amistoso que estaba de su parte y para decirle además que estaba segura de que Lola y Raúl no querían que la angelita saliera de la casa.

Eloy se sintió fortalecido y mandó a la mapuche en busca de algo para beber. Al cabo de un rato la araucana regresó con un frasquito de "muday" que tenía reservado para ocasiones importantes.

—¡Tú ser siempre diablo, pero ahora estar bueno!

—¿Yo diablo? ¡Qué quedará para los otros!

—Tú decir siempre cosas feas...

—¿Feas?

—Sí, que yo comer ratones y acostarme con duendes que hay en los pinos...

—¡Puras bromas! ¡A veces uno tiene ganas de hablar y para no quedarse callado...

La gente rondaba impaciente al jorobado. Lalo propuso arrebatarle el ataúd, pero Onofre se opuso. La situación tornábase tensa. Murmullos y agrias discusiones brotaban por todos lados. En vista del fracaso, Lalo, insinuó al patrón Jáuregui que los condujese a beber al pueblo en automóvil, pero el terrateniente se obstinó en ir a la casa de las mujeres llevando consigo al objeto de los festejos: la angelita. Onofre se paseaba nervioso sin saber a qué atinar, miraba a la hija de don Roque y le encontraba más lunares que nunca; y pensaba: "—Si yo tuviera plata no pasarían estas cosas... Si tuviera tierras... Los Rivanera se la consiguieron y ahora tienen tierra, poca sí, pero algo es algo... y hasta una piedra milagrosa en su propio terreno... Siempre es tiempo de hacer algo... Si trabajamos juntos durante toda la noche, apurados, mañana tendríamos tie-

rra y amaneceríamos ricos... Después, cuando fuera tiempo, la sembraríamos... Lo primero de todo, lo más importante es tener la tierra, tierra propia donde cagar, dormir y morir tranquilos... Y si alguien se muere se hace un velorio en forma y no porquerías... Lo difícil es acarrear los peñascos grandes. Somos muchos hombres..., y mujeres también. Tenemos un buey y un caballo, que aunque no son de nosotros pueden servirnos. Podemos conseguirnos palas, chuzos, y lazos... No llueve mucho... Mañana, con la tierra propia, podremos seguir tomando porque tendremos mas sed todavía... Hay que arriesgarse... Como que me llamo Onofre que lo voy a hacer... ¡Claro está que lo voy a hacer...!"

Rita y Lalo salieron hacia la oscuridad.

Don Roque trasladó su silleta. Luchaba por entender las conversaciones pero no captaba nada:... pecado... niñita de Dios... bestias de la tino... perra... están carajo vaya... angelita yo la... melón... —“La gente joven tiene la costumbre de hablar muy rápido. Para que los viejos no oigan. ¿Para qué quieren oír los viejos?”

Martina cogió a Pedro Piedra de un brazo y le susurró al oído: —Lo que usted disponga, don Pedrito. Lo que usted disponga. —El evangélico quitó rápidamente el brazo. Hubiera deseado no hacerlo y seguir sintiendo el suave calor que le ofrecía la mano de la mujer.

Pello, en un rincón, ante las ininterpretables miradas de los Pairoa, jugueteaba haciéndole cosquillas a la menor de las Suaves.

—Pello, no sea cargoso...

—Si es por jugar nomás...

—¿Y por qué no juega con otra?

—No sé, pues...

Juan Agustín Jáuregui y el padre Damián intercambiaban sonrisas de cortesía, a rítmicos intervalos, sin hablar absolutamente nada.

En la cocina Eloy se mantenía inmutable en su negati-

va. Había amarrado el féretro con un cordel a su muñeca porque notó que el licor de la mapuche empezaba a surtir su efecto pues sentía que los ojos estaban por cerrársele.

Raúl entró excitado, la mirada llameante. Sus pies hinchados y demasiado blancos sonaron acuosos sobre el piso.

—No la sueltes, Eloy. ¡No la sueltes, te digo! Es hermana de nosotros y mañana hay que enterrala... ¡Puchas la superstición y la ignorancia de la gente!... Si quieren quitártela, llámame. ¡Qué se atrevan! —Una tos inatajable le impidió seguir.

—Tú hablar bien, sindicato —aplaudió Narcisa.

—Que maten a una de las Suaves y así tendrán velorio propio —terció el jorobado, con los párpados apenas abiertos y encendiendo un cigarrillo con el pucho de otro—  
¿Y la Lola?

—No la he visto desde que llegamos. Yo me metí inmediatamente a la casa porque en el hospital me dijeron que no estuviera mucho al frío...

—¡Bah! Entonces debe andar por ahí.

—¿Con Pairoa?, parece que no.

—¡Qué se yo, con cualquiera! Todos abusan de ella porque es muy callada.

—Así es. Cuando se es callado todos abusan con uno.

Próxima la media noche, Ufemia reunió a sus hijos bajo la exigua protección del peumo. A la ciega luz del farolillo fue sacando de un pañuelo rebanadas de tortilla veteadas de carbón que pasó a cada uno con sus respectivos jarritos de infusión de yerba mate. Los perros se acercaron a la claridad agitando sus rabos.

La pirca había sido levantada en pequeña parte. La madre y los hijos encontrábanse agotados. Montenes de piedras pequeñas, listas para la defensa, esperaban ser usadas en grupos distribuidos por todos lados. Bajo el alero de un corralito estaban los cartuchos de dinamita. Cada uno

llevaba un cuchillo, incluso Ufemia. La lluvia cesó momentáneamente dejando puntos brillantes en todos los sitios. Una débil claridad lunar filtrada por una rasgadura celeste en el norte, enviaba tenues rayos de fría luminosidad a los objetos. El hielo intensificó su presencia.

Justo Rivanera apagó el farol y encendió un cigarrillo que fue de boca en boca. Había comenzado la espera: minutos, horas, días, quizás semanas o meses. La seguridad era algo con lo que nunca habían contado. Vendría la violencia alguna vez, si no ahora, dentro de un tiempo. Podrían atacarlos por la tierra, por la piedra del milagro o por cualquier cosa. Ya daba lo mismo. Lo importante era estar preparados para esperarlo de un momento a otro. Suponían estar precavidos y decididos a aguardar los acontecimientos con el fin de afrontarlos. "De haber estado vivo, esto mismo habría hecho el finado viejo Rivanera", se pensaba. Un piar desconocido brotó desde el cielo. Ufemia se santiguó y sus hijos cerraron los ojos. Los perros se inquietaron.

—¿Qué fue eso?

—¡Un guairao!

—¡Guairao, no! ¡Fue una señal!... ¡Fue el Tué-tué!

—¡Cállese señora! ¿Que no se da cuenta que fue guairao pidiendo lluvia?

—¡Yo digo que fue un aviso!

—¡Déjese de hablar señora o la vamos a hacer callar nosotros!

El silencio del campo, lleno de ruidos imprecisos, reinó para ellos. El cielo a manchones de claridad volvió a tordarse. Sólo la móvil lumbré del cigarrillo, transitando de boca en boca, delataba la presencia de gentes. Los segundos se dilataban de respiro a respiro, de rumor a rumor; cada sonido, próximo o lejano los aguijoneaba poniéndolos alertas. La inactividad hizo sentir agresiva a la ventisca.

Los hombres y la vieja ubicáronse detrás de la pirca, a

veinte pasos cada uno, acechando lo que el campo se hubiera de traerles.

De pronto un crujir cercano se repitió con más proximidad. Los músculos pusiéronse en tensión y las manos se crisparon sobre el mango de los cuchillos. Una orden de Justo envió a Javier en busca de la dinamita.

—¡Justo! —Un grito agudo estalló no muy lejos.

Justo Rivanera se irguió y escudriñó la colina. Una figura avanzaba velozmente hacia la pirca.

Jenaro y Javier cogieron piedras, pero a un grito del hermano mayor las devolvieron a tierra.

El mayor saltó el pequeño muro y corrió hacia la persona recién llegada. La tomó en sus brazos y empezó a besarla una y otra vez.

Hacia las dos figuras entrelazadas fueron Ufemia y los menores, con la intención de averiguar lo que sucedía, pero Justo y Lola no se separaron, estaban trenzados formando un extraño animal de dos cabezas.

Ufemia impaciente cogió a Lola por las caderas en tanto los hermanos agarraban al mayor para separarlo. Cuando después de no poco esfuerzo fueron desprendidos, Justo exclamó:

—¡Una más! ¡Una más para defender la piedra Rivanera! ¡Una más para defender la tierra! ¡Una más... para defendernos...!

Todos reían tratando de hablar, pero se quedaron sin decir palabra.

La madre partió veloz hacia la casa y regresó pronto con el rostro triunfante y una botella de chicha en su mano en alto.

—¡Vamos a celebrar! Yo la tenía guardada para mi reuma, pero ahora hay que celebrar, porque también es la última de las botellas.

Y en verdad, era la última.

—“¡Qué se habrán creído! ¡Como si la difunta les perteneciera a todos! Cuando estaba viva, yo la defendía de los perros. Ahora que está muerta tengo que defenderla de los que quieren llevársela. ¡Ya verán cómo yo defiando a toda la familia! ¡Eloy es un defendedor, me dirán todos!” —“El jorobado salió sigilosamente llevando consigo el ataúd. Fue hasta un enorme maitén y trepó con su carga.— “Hay que defender, para que lo defiendan a uno”.— “La caja se enredó peligrosamente en una de las ramas ariscas, pero Eloy venció la situación. Soltó el cordel de su muñeca y ató el cabo a un gancho grueso”.— “Hay que ser valiente como un chileno”.— La poca frondosidad del maitén no impedía el caer de la lluvia, por el contrario cada ventolera soltaba una multitud de gotitas que ramillas y escasas hojas habían detenido. —“Viva Chile”— A sus pies oyó varias voces que lo requerían y un rumor confuso de pasos y carreras.— “Denle muchos cigarros al Defendedor, sí señor”. —Las voces de abajo redoblaron su potencia.— “Los curcos son siempre más valientes, porque son chilenos”.

—¿Dónde estará este condenado?

—¡Eloocoy, Elooooooy!

—¡Curco del Diablo, entrega a la angelita!

—¡Dónde te escondiste desgraciado!

—¡Elooooooy!

—¡Devuelve el ataúd, mierda!

—¡Hereje, Dios te va a castigar!

Eloy achicó el bulto acurrucándose como un feto. —“Veremos quien es más diablo”.— El viento agitó peligrosamente el ramaje —“Estoy que me corto de ganas de fumar, una chupada que fuera”. —La luz de un farolillo danzó bajo el maitén. Se alejó, volvió a aproximarse y luego se perdió en dirección a la casa. El Ronco balanceó el rabo, olió la tierra y siguiendo el rastro se acercó al árbol. Levantó su pata flectada en ángulo y orinó breve; siguió husmeando. Eloy respiró con más tranquilidad. Nuevamente el can se detuvo bajo el maitén, levantó la cabeza, alzó las patas de-

lanteras y descubrió al trepado, moviendo intensamente la cola y aullando agudo.

—¡Córrete quiltro!— Con ademanes imperceptibles intentaba ahuyentar al perro.— ¡Sal de ahí, sal de ahí, quiltro, te digo! —El Ronco ladró entusiasmado ante las manos que infructuosamente agitaba Eloy para espantarlo.

Onofre y Lalo salieron premunidos de un lazo y acudieron a los ladridos denunciadores.

—¡Bájate de ahí! —gritó el padre.

—No puedo, estoy enredado.

—¡Desenrédate!

—No puedo.

—Yo le ayudo, —intervino Lalo.

—¡Vos no! —chilló Eloy.

—¡Bájate o te bajaré yo! A ver Lalo, pásame el lazo para bajar a este niñito que se ha enredado. —El viejo preparó la cuerda y la lanzó, pero el ramaje le impidió llegar a su destino.

Eloy inquieto y apenas equilibrándose cambió de sitio pero resbaló quedando con las piernas colgando.

El viejo aprovechó esta circunstancia para tirar nuevamente la cuerda cazando con un pie del jorobado que chilló estridente.

—¡Cuidado con el ataúd! —gritó Lalo al ver que la caja mortuoria se sostenía débilmente.

Onofre soltó el lazo y Eloy pudo trepar de nuevo a la rama pero siempre con un pie agarrado por la cuerda.

—¡Bájate luego o doy un tirón!

—Si "taita", ya voy —el jorobado empezó a descender.

—¿Quién dijo que no se podía cazar un pájaro a lazo? —habló Onofre.

Lalo celebró la ocurrencia con una risotada.

Eloy siguió mansamente a su padre y a Lalo hasta la casa.

A petición del padre Damián la angelita volvió a ocupar su antiguo puesto sobre la mesa, en su féretro azul. Los



ánimos se calmaron y el mate cebado por Narcisa circuló de boca en boca. Juan Agustín Jáuregui y el sacerdote se apartaron para charlar a insinuación de aquel.

—Tengo una idea —expresó el terrateniente anunciándola con orgullo— y creo que nos va a convenir a los dos. ¿Recuerda usted quién construyó la parroquia de San Nicano? ¿Y el Santuario de Santa Rita de Casia? ¿Y quién dio tierras para el Angel de la Guarda?

El religioso quiso recordar, pero prefirió oirlo por boca del mismo Jáuregui: —No lo recuerdo.

—¡Como que no! ¡Los Soto Jáuregui! ¡Los Jáuregui López! ¿No lo sabía? ¡Vaya, pregunte a su obispo! ¿Cree que le estoy mintiendo?

—¡No, no creo que me esté mintiendo! Sé que su familia fue gente distinguida.

—¡Distinguida!... lo dice con ironía, padre... Yo sé lo que usted piensa, padre... y está bien que lo piense así... De seguro usted me reprocha que esté metido con esta gente, que beba con ellos, sin guardar la distancia...

—No, don Juan Agustín, no se lo reprocho. ¡Usted sabe lo que hace!

—¡Hago bien! ¿Cree usted que hago bien? ¡Ay, padre Damián, si usted supiera, si usted entendiera...! Usted... Usted es soltero, padre. ¡Perdone que le cuente estas cosas! Pero aunque sea soltero... también es un cura... Mi hogar, padre, hogar cristiano, con todas las de la ley... ¡se fue a la mierda!... La Ericka tendrá muchos millones, buenas piernas, lo que usted quiera..., pero se lo pasa todo el santo día tomando. Hace nueve años, padre... ¡Nueve años! Nueve años que no me acuesto con ella. La mujer cuando bebe mucho, deja de ser hembra... y el hombre ya no es más macho... ¿Me escucha, padre?

—Le escucho, hijo.

—Por favor, padre, no me diga hijo. Soy ya un hombre, aunque de hombre tenga la pura barba. La Ericka pasa todo el día hablando, y la noche también. No para de

darle juego a la lengua... y de beber. Para no oírlo yo también me pongo a tomar. Por eso usted me ve entre esta gente. A pesar de que son muy brutos, me siento mejor con ellos que en la casa... Yo... y usted... nos hemos puesto brutos... Uno se vuelve bruto con el solo hecho de vivir entre estas lomas... No debiera ser así... pero así es... —Jáuregui se humedeció los labios y el religioso miró discretamente al suelo. —¿De qué me sirven "La Quebrada", "Los Coligües", y el otro fundo de la cordillera? La Ericka anda mostrándole a todo el mundo sus desnudeces. Antes no era así; fue muy creyente. Los von Tesling fueron siempre católicos. No hay ningún protestante en la familia. Por eso, padre, ya que mi vida se fue a la mierda, quiero proponerle algo importante...

—¡Encomiéndese al Señor y El lo ayudará!

—Padre, no hago otra cosa que encomendarme a Dios y la cosa sigue peor. Un olor como de algo que se está pudriéndose me persigue por todas partes. Quiero hacer algo bueno, algo piadoso, padre.

—¿Con esta gente?

—No, padre. Algo verdaderamente importante, real, concreto. Quiero padre que edifiquemos algo como un santuario, o iglesia, o parroquia... ¡Usted sabrá cómo se llama!... ¿Y sabe dónde?... ¡Frente a la piedra del milagro, padre. Los Rivanera además de cuatreros son ladrones de tierra. Nada malo haremos si construimos un sitio donde la gente vaya a rezar.

—¿Usted iría allá... a rezar?

—Bueno, si yo le doy plata para construir, creo que basta y sobra. Lo importante es hacer la obra, ¿no? ¿Necesita madera, piedras, cemento, clavos y algunos rotos para que trabajen? ¡Yo se los doy, no se preocupe! —El terrateniente iba llegando a la euforia ante la mudez del sacerdote. —¿Qué no le parece buena idea?

—La idea sí, pero estaba pensando en... los Rivanera.

—¡Bah, los Rivanera, una vieja bruja y tres sinver-

güenzas hijos de un viejo ladrón! ¡Ni que fueran la Sociedad Nacional de Agricultura! Yo sé cómo arreglarlos, padre: una vaquilla, tres sacos de porotos y un chuico de vino y... ¡Ya está! Y si usted quiere encima de todo le agregamos algunos paquetes de velas... ¡Qué más querrían!

El sacerdote se dejó persuadir. Las palabras de Jáuregui le parecieron muy convincentes. "Esas tierras arrancadas al río existían —pensó— para el solo disfrute de una familia, en cambio del santuario podría gozar toda la comunidad. Por otra parte, los milagros deben compartirse. Además... es un deber ayudar a un hombre a salvar su alma".

A instancia del padre Damián, Jáuregui partió en su automóvil, de vuelta a su casa, comprendiendo que no debía seguir en aquel sitio, meditando su proyecto. El sacerdote, entre tanto, se quedó esperando que Dios dispusiera los acontecimientos que ellos, sus siervos, habían propuesto.

## ANGELES EN LA TIERRA Y EL AGUA

**D**ETRÁS de la casa, bajo el alero, había una tinaja con agualluvias y en ella Onofre hundió la cabeza varias veces, hartándose en el frescor del líquido. Respiró profundamente y se quedó mirando el campo. —“Tan poca gente con tanta tierra y tanta gente con tan poca tierra...” —pensó—... “y sin contar a los que no tienen nada” —se agregó a sí mismo. Caminó lentamente, rodeó la casa y llegó a la puerta de entrada. Sus pensamientos fueron más claros y precisos. Remiró la tierra, repensó sus ideas. Al entrar tenía decidido que el único camino era el iniciado por los Rivanera: quitarle tierra al pajonal desviando acequias y canalillos; unir islotes y tierras emergentes; relle-

nar los huecos para formar un solo pedazo firme... y propio. Ya lo habían hecho los hijos de Ufemia... ¿Por qué no habrían de hacerlo ellos? La disposición del terreno se prestaba mucho más que la elegida por Justo y sus hermanos.

—¿Por qué viene tan mojado? —preguntó Raúl, ronco y excitado.

—¡Metí la cabeza en el agua!

—¿En el agua?

—Sí, quería estar muy despierto.

Desconcertado Raúl miró a su padre, reprimiendo un calofrío.

—Me urge hablarles —habló apresuradamente el viejo— aunque saben que soy muy alegre, yo creo que me van a escuchar. — Se mordió impaciente un dedo y caminó a pasos cortos hasta el centro de la habitación.

Raúl retornó a sus pensamientos y recuerdos del hospital: las arengas a los demás reposantes, la huelga de hambre, las discusiones con el secretario del sindicato de enfermeros, esos libros de Lenin, Propotkin, Krisnamurti, y Vargas Vila, ajados, llenos de manchas, raspaduras y dobleces. Quiso imaginarse al hombre libre un día, sin enfermedad, sin injusticia ni privaciones... pero no pudo. O pensaba en Jáuregui o el padre Damián. ¡No, así no podría ser el hombre de Lenin o el de Krisnamurti!

—“¿Cómo empezar a hablarles?. Se pueden reír de mí porque saben que soy muy alegre... ¡Chilenos!... No, así hablaban las gentes cuando había elecciones; ahora se trataba de algo mucho más fundamental e importante... ¡Señoras y señores!... ¡Uf, menos, se caerían al suelo de risa...” Cogió una silla y la colocó en medio de la pieza. Tosió para llamar la atención y se encaramó. —¡Alto aquí! Yo tengo que decirles algo... muy importante... para que seamos ricos... para no ser pobres... Está bien que Uds. sean tan alegres como yo, pero a veces también hay que pensar en serio...

Los presentes, con cierto silencio, escucharon turbados las frases de Onofre.

—¿Por qué somos tan repobres, digo yo...? ¿Por qué no nos volvemos ricos, digo yo... o menos pobres...?... ¿Ah?... Cuando murió la vieja nos cayó una desgracia encima. Ahora que la angelita se fué al cielo, la cosa se puso peor... ¿Ah?... Pero esto no importa porque tengo una buena idea...

Algunos veloriantes escucharon con risillas aquellas palabras que consideraron producto del vino ingerido por el viejo y quisieron dar opiniones, pero Onofre, enérgico los hizo callar.

—Hoy día somos pobres; no hemos podido hacer ni siquiera un buen velorio... Muchos ya no pueden más de sed... ¿No?... Pero mañana tendremos tierras y ya no habrá más problemas... ¿Ah?... Tenemos chuzos, palas, piedras, ramas, una carretilla, una carreta, bueyes y caballos; tenemos hombres, mujeres, fuerza, pulso y no le hacemos asco al trabajo... ¿Ah?... Yo digo que hay que desviar el cequión para el centro y rellenar el hueco... así quedaremos unidos al islote. Si no fuera porque siempre he sido muy alegre se los diría en otra forma... pero si nos ponemos a trabajar "al tiro"... ¡Ya está la cosa!... ¿Ah?... Y si después cortamos el canal chico que separa al islote de aquí al frente, del otro que es más grande... y si dejamos ciegos los canalitos del otro lado... ¿Ah?... ¡Más fácil, dónde! ¡Algunas horas y... listo!... ¿Quién me ayuda?... ¿Quién le pone el hombro? ¿Ah? Antes de que el día esté alto tendremos casi la mitad de un cuarto de cuadra... ¿Ah?... ¿Quién me daría una mano aquí...?

Los allí reunidos meditaron cabisbajos. La idea, como la pintaba Onofre parecía magnífica y sumamente fácil. Claro estaba que el trabajo, a pesar de todo, sería duro. Ver-se de pronto con tierra, por poquísima que esta fuera, era algo tan maravilloso e inesperado que la proposición del viejo empezó a contagiarlos.

—Yo digo que sí, solamente porque es una buena obra y es necesario que la hagamos... y que yo ayude. —El evangélico levantó la mano.

—¿Qué es la cuestión, ah?

—Echarle aquí una manito a los amigos...

—¡Claro, claro, pongámosle el hombro! ¡Esa es la cuestión!

Raúl, sin comprometer muy convencido su apoyo, hizo una seña afirmativa a su padre.

—¡Manden nomás! —gritó Pello guiñándole un ojo a la menor de las Suaves.

—Ud. sabe que yo no le hago asco al trabajo.—Habló Lalo respondiendo a la mirada llena de ruegos de Onofre.

—Voy a buscar una pala —expresó el jorobado saliendo de la casa, completamente olvidado ya del pequeño ataúd.

Martina, Georgina y don Roque salieron de la habitación, aceptando así, tácitamente, la invitación al trabajo hecha por el dueño de casa. Rita y las Suaves se plegaron al grupo de mujeres que salía. Narcisa fué a preparar mates, pero antes de hacerlo se aproximó a Onofre:

—¿Cuándo tengas tierras, comprarme paragüi?

El viejo asintió a sabiendas de que no cumpliría y escapó a dar órdenes. Los recibió un viento heladísimo. En un primer momento, un cansancio súbito los detuvo sin permitirles comenzar la faena, sin embargo, lentamente, con desgano y desidia se volcaron al trabajo logrando en poco tiempo extraordinaria actividad.

Eloy y los Pairoa arrastraron grandes piedras para cegar el cequión, mientras Pello y Lalo, seguidos de el Ronco con su cola vibrando sin descanso, abrieron un surco hacia el centro del pajonal, para que saliera el agua.

Un aire muy frío, penetrante, seco y cordillerano, reemplazó a los chubascos. Los faroles y chonchones ardían en los sitios de trabajo como luciérnagas llameantes. Las borracheras habíanse disipado. Gritos, imprecaciones y juramentos brotaban por doquier. Martina acarrea tierra

en una carretilla de mano que le llenaba Georgina a menudas paladas. Todos trabajaban, obsesionados por el pensamiento de que una familia podía ver anochecer sin tener tierra y amanecer ya encontrándose poseedores de un terreno.

Don Roque, sin que nadie se percatara de su participación, trenzaba varillas y totora para que sirvieran de tapón en las acequias recubiertas de barro y piedras.

Pronto aparecieron los torsos desnudos, el sudor con su brillo aceitoso, los rostros cansados pero alegres, la fiebre colectiva, el estallar de la faena. Una cantidad de manos morenas, duras, maniáticas, trabajaban en el límite sur que habría de tener el pegujal. Resbalando en el fango grasoso, distendiendo los músculos elásticos y acerados, aguzando el ingenio, repletando de aire los pulmones caldeados y la garganta picante, las gentes fueron poco a poco rellenando los canalículos y acequias que hacían del pajonal una red de agua, tierra y ramas. Pedro Piedra, con ágiles maniobras taconeó agujeras, zanjillas, regueras y canalizos.

De tener éxito esta operación conjunta, Onofre y los suyos quedarían dueños de casi un cuarto de cuadra, posible de sembrar algún día. Los farolillos hormigueaban por los alrededores señalando el esfuerzo, la acción, la fatiga postergada. El frío que presagiaba una aurora inminente estimulaba los músculos y hacía desaparecer cualquier vestigio de cansancio repentino. El cielo se mantenía sin llover y los hombres aprovechaban la tregua desplegando toda la gama del esfuerzo. Mate y cigarrillos pasaban de labio a labio, reconfortando los ánimos. Antes del amanecer fueron cegados y cubiertos la mayoría de los canalillos y acequias por el lado norte.

—¡Una manito por acaaa!

—¡Vacien aquí la carretilla!

—¡He dicho: piedras grandes! Las chicas se las lleva el agua.



—Sin ramas es imposible... y sin totora. ¡Corten barto!

El rumor opaco que se desplazaba continuamente llegaba a cabo con creces el plan de Onofre. Los minutos transcurrían acelerados, duros, exprimidos hasta su última substancia.

Raúl quiso coger una piedra muy grande, pero notó que algo se quebraba en su interior. ¡La enfermedad! ¡No había vuelta! Sus anhelos de poner un taller de reparaciones de radio... sus pensamientos acerca de la revolución... sus deseos de tener mujer y familia... sus secretas esperanzas de ser líder sindical... su siempre retenida e insatisfecha sensualidad que cada día se le tornaba más violenta, todo ello se le venía al suelo. Comenzó a tiritar acalorado, las mejillas y el mirar brillantes, el pensamiento de continuo más rápido. Se arrastró hacia la casa y se dejó caer en el jergón que primero encontró. En la contigua pieza-comedor, la angelita, dentro de su ataúd azul, se desintegraba en noble substancia. Raúl cruzó sus brazos sobre el pecho. Se sonrió al sospechar que allá en la muerte, a lo mejor podría ser cierto el encontrarse con todos los revolucionarios muertos. Cerró los ojos. Respiró profundamente y se decidió a dormir, deseando y temiendo la muerte...

Las primeras luces del día que recién avanzaba desde la cima de los Andes, mostraron los frutos de la ingente labor. Podían ya notarse ligeramente los linderos de la futura propiedad. Consideraban necesario continuar lo empezado, emparejar la tierra, rellenar los vacíos, apisonar los huecos recién colmados, construir una costra o defensa en la reciente orilla y más tarde, claro estaba, trasladar la rancho al sitio propio. Para eso sobraría tiempo. Ahora se hacía menester concluir lo iniciado con tanta esperanzada fe.

El padre Damián, arremangada su sotana de agustino y enlodadas las botas, colocaba maderas en los sitios oportunos, pensando en la cara que pondría Jáuregui al verlo

en esta labor. Detrás del cura, Georgina y Narcisa cargaban haces de ramas para surtir a los hombres. Onofre con su caballo a tranco llano. Eloy y los Pairoa con la "chancha" transportaban grandes peñascos a la orilla con el objeto de cimentar diques y lograr barreras.

La fría claridad del alba hizo redoblar el brío y aflorar dos puntos débiles en la obra. A ellos fueron prestos.

De improviso Pello notó algo que lo hizo estremecer: las aguas avanzaban despaciosas sobre la tierra últimamente conquistada. Recordó los rumores del pajonal en crecida como un Apocalipsis, y aunque no hizo ningún comentario una ligera angustia empezó a roerle la imaginación.

Hacia falta más ramas gruesas y se las pidieron a Pedro Piedra. El evangélico fué hacia la casa en busca de su machete.

En la estancia vacía y ya semi inundada por la claridad de la mañana, el cadáver de la angelita tomaba un color amarillo-verdoso. Sus ojillos cubiertos por un tenue velo opaco y medio abiertos, parecían querer regresar ansiosamente a la vida. Pedro Piedra, antes de pasar al cuarto donde se guardaba el machete, improvisó una oración junto al féretro, todavía con la tapa desclavada.

Entró. A pesar de que las ventanas estaban heméticamente cerradas, notó la presencia de personas en la pieza. Abrió un postigo. Encima del lecho, Rita trataba de cubrir su desnudez con una manta mientras Lalo, a medio vestir, huía apresuradamente.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió Pedro Piedra a sabiendas de que su pregunta era estúpida.

—Nada... Lalo quería travesarse conmigo, pero yo le decía que se fuera, que no cargoseara...

El evangélico sintió un puñetazo en el alma. Corrió hasta el muro y descolgó el machete.

—Pero te fornicó... ¿Ah?

—¡Pedro...!

—¡Sí, te fornicó y se dió gusto mientras nosotros cum-

plíamos con nuestro deber, mientras todos trabajábamos para tener tierra, mientras hacíamos cosas porque era necesario que las hiciésemos!... ¡Ramera!... ¡Eso es, ramera de Talcahuano!

Rita estalló en llanto, chillante y convulsiva.

—Dios te va a castigar por pensar mal de la gente —clamó entre sollozos—. Yo le decía que se fuera pero él seguía travesándose... ¡Es más cargante!...

—¡Qué no sabes los mandamientos, mierda! ¿Ah? ¡No te han enseñado que no hay que fornicar ni desear la pareja del prójimo! ¿Ah?... ¡Ramera!.. ¡Ramera de las peores de Talcahuano!... Ahora mismo voy a llamar a tu perro, a ese con que te estabas revolcando y entre los dos van a tener que decirme la verdad.—Y Pedro Piedra abrió de par en par la ventana gritando hacia el campo a toda fuerza:—¡Fornicador! ¡Fornicador, ven donde tu perra maldita! ¡Vengan a travesarse aquí, delante de mí, como los perros! ¡Esta perdida, ramera, ya no tiene marido! ¡Ven, maldito fornicador antes de que yo vaya a buscarte a machetazo limpio!

Pero Lalo no apareció por ningún lado.

Cuando el evangélico salió violento, blandiendo el machete con la intención de vengarse, Martina lo interceptó en la puerta donde lo estaba esperando.

—¡Por Dios Santo, no se acrimine Ud. don Pedrito, por favor!

El hombre fingió querer desprenderse de ella que seguía hablando: —Dios prefiere a un marido engañado por la puta de su mujer que a un asesino. ¡Don Pedro, no les haga caso!

—¡Déjeme Ud. señorita Martina, todas las mujeres son unas...!

—Don Pedrito, no diga eso... ¿Qué no tuvo nunca madre Ud?... ¡Cómo puede hablar estas blasfemias!

El bajó la vista. Martina lo abrazó con inmensa ternura. Lloró su mucha pena sobre el hombro de la mujer. Ella

se le adhirió al cuerpo y empezó a refregarse. Pedro dejó de llorar y le abrazó, triturándola casi con sus manazas.

—Ud. no está solo, don Pedrito; hay alguien que lo quiere mucho, mucho. Desde hace tiempo esa persona lo quiere mucho...

—¿Quién es? —preguntó con un hilillo de voz, dejándose conducir por ella hacia el interior de la casa.—¿Quién es?—Su voz apagándose paulatinamente.

Se tendieron en el lecho. Pedro ovillado y con la cabeza incrustada en el regazo de Martina oyó los "Niño mío" y "Pobrecito", con que lo acunaban maternalmente. Sintió sueño, frío y deseos de llorar como cuando niño. Apretó los párpados y al ser invadido por una intensa sensación de paz, relajó su cuerpo y se vació en lágrimas.

La gritería de los empecinados de la orilla rebotaba en ecos sordos sobre las paredes de la casa. Pedro abrió los ojos y abandonó el lecho, más bien dicho huyó, dejando a Martina con el mirar bobo y toda su humanidad esparcida por el jergón. Bajó hacia los demás para unirlos. Descendiendo la pendiente sintió muy débiles los tobillos y una sensación de vacío de muslos y costillas. El repentino odio que en él encendiera Rita habíase disipado algo con la presencia de Martina. Ante la severidad de su conciencia, todo el mundo estaba en pecado. Sin embargo, un leve cotejo le demostró que la falta de Rita era mayor. Aún su confusión era inmensa de manera que, simulando ir en busca de algo de urgente necesidad, subió hasta la cima de un otero para sentarse a meditar, a poner en claro sus ideas.

—"Si pues, un hombre que cumple su deber para con El y los demás, espera que todos hagan lo mismo. Cualquier hombre puede ser fornicador si se lo propone, pero el Amado prohíbe en sus leyes hacerlo, y también prohíbe desear la pareja del prójimo. Si un hombre pierde a su mujer, debe entristecerse, pero si encuentra a otra que es trabajadora, debe darse con una piedra en el pecho. La Martina es una mujer muy trabajadora. Los hombres deben

ser casados para no caer en vicios. Mientras hay vida hay esperanzas. ¡Hay que darse con una piedra en el pecho de estar todavía con vida y esperanzas. El hombre que perdió las esperanzas perdió a Dios. Si yo tuviera un caballo la cosa cambiaría. Podría hacerle preciosos estribos. Lo llamaría "León de los cuatro vientos del Señor", pero como el nombre es muy largo le diría solamente "León cuatro". ¿Qué sirve más, una mujer o un caballo? Un hombre de verdad no debe acriminarse y condenarse matando fornicadores, porque en el Reino de los Cielos no quieren ni admiten a los asesinos. Lo que El me quitó, El me devolvió. La Martina tiene buenas piernas y buenos dientes. Tiene blanquita la carne dentro del escote y quiere a los animales como una madre... ¡Qué linda se vería en calzones de seda! (¡Perdóneme Señor!) Cuando tenga plata voy a regalarle. ¡Y sabe trabajar tan bien!... ¡Dios provee...! La pareja cristiana debe tener hijos. La Martina debe ser buena ponedora. Todavía hay mucha ignorancia en el mundo, porque a hombres que son viciosos y canallas se les tiene respeto. ¡Habría que destruir a Sodoma y Gomorra... ¡Dios provee!... ¡Me quedo con la Martina! Ya lo tengo decidido... ¡Hay que darse con una piedra en el pecho! —Oteó el llano. La febril actividad de la gente y los primeros rayos del sol trajeron más paz a su espíritu. Comprendió que no era tan grave lo que había sucedido. Cogió una piedra, miró hacia el cielo y comenzó a darse golpes en el pecho.— ¡Creo en Tí, —repetía— creo en Tí!

Gritos estridentes lanzados allá bajo lo hicieron descender a toda prisa.

Nadie advirtió la maniobra porque la canoa se encontraba en un recodo, oculta por el carrizal.

Rita alcanzó a traer un paquete con algo de ropa y un poco de dinero que el evangélico guardaba celosamente dentro del colchón. Pensaba que bogando por el pajonal él

trayecto a la casa de las Suaves se acortaría bastante, evitándose así dar una vuelta inútil por detrás de las lomas, a vista y paciencia de todos, y pasando luego por las casas de Juan Agustín Jáuregui. Era muy posible además que Pedro, de un momento a otro, blandiera su machete armando un lío mayúsculo. Las Suaves no lo sabían, pero su oculto deseo era partir muy luego con Lalo, al prometido Talcahuano.

Desertaban, las demás por considerar absurdo seguir en ese trabajo titánico que había interrumpido en forma tan inesperada la fiesta del velorio. Comentaban las Suaves que Onofre en un principio había autorizado el préstamo de la Angelita y que de no haber mediado la torpe intervención del jorobado, todos ahora estarían allá, como Dios manda.

—¿No pasará nada? —inquirió la mayor de las hermanas.

—¡Qué va a pasar!... Antes de una hora los tendremos a todos por allá. Para entonces la cazuela ya estará lista. Eso los tranquilizará; se tomarán todo el trago que nos queda, y... tan amigos como antes.

—¿Y la angelita? —volvió a preguntar la muchacha.

—La adornaremos como ella se merece: más cintas, crespones, coronitas, santos. ¡De un cuanto hay! El Lalo fué a buscarla. Nadie se va a dar cuenta porque el mismo Eloy, que grita tanto, ahora está trabajando. ¡Una fiesta de velorio sin difunto...! ¿Entiendes?

La joven asintió sin gran convencimiento.

Rita y las tres Suaves estaban instaladas en la canoa cuando llegó Lalo con el pequeño féretro oculto bajo la manta y un maletín de mimbre en la diestra. Su sombrero nuevo, alón, de fieltro negro, realzaba su apostura.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

—¿Y los remos?

—No hay remos, con esta vara, basta y sobra.

Lalo depositó el ataúd en el fondo de la embarcación, situándose luego a popa y empuñando la vara con firme destreza. El bote se apartó de la orilla con rítmico balanceo.

—Hay algo así como olas. ¿No? —habló la menor.

—Son las lluvias —replicó el hombre.

—O la crecida, que dicen, —subrayó la madre.

—¡De veras, la crecida!

—¡Diantres!

—El pajonal nunca viene en crecida —cortó Lalo.

—Pero, dicen...

—La gente dice muchas cosas. A la gente le gusta estar diciendo siempre cosas. De aquí a que ellas sean verdaderas...

—Pero el nivel también parece que estuviera un poco más alto que otras veces.

—Y la corriente.

—Y las ramas.

—Y el color del agua.

Las frases brotaban de las mujeres. Sólo el hombre permanecía silencioso haciendo grandes esfuerzos con la pértiga para guiar la embarcación.

—¿No han visto nunca agua, acaso? ¡Ni qué se estuviera acabando el mundo! —Lalo enfadado trataba de darse ánimos enronqueciendo la voz.

—Hay corriente y vamos a pasar frente a ellos —Gimió Rita inquieta.

—¡Bueno, y qué con eso! ¡Pasemos! ¡Ya está! ¡No nos van a matar.

La canoa se balanceaba orzando peligrosamente sobre la corriente intranquila. El agua del pajonal, siempre clara, cobró un color chocolate; ramas, troncos y maderos flotaban nerviosos en su superficie. Los breves oleajes aumentaban su vehemencia progresivamente. La crecida se había desencadenado con la celeridad de una lluvia o un llanto.

—Sería mejor devolvernos e ir por el camino —discutió desasosegadamente la madre de las Suaves.

—¡No sea opinante señora! —espetó Lalo— ¡Las mujeres son muy hablantes, por eso nunca hacen nada bueno!

—¡Las mujeres! Ahora le dió con las mujeres. ¿Qué harían Uds. los hombres sin las mujeres?

—¡Puah, muchas cosas! ¡Más lo que estorban!

—¡Ya los viera yo sin nosotras!... ¡Serían todos maricones!

Lalo guardó silencio. El batel amenazaba naufragar. Ahora pasaba frente a los otros que trepaban hacia las colinas contemplando como la crecida frustraba el trabajo colectivo iniciado con tanto ahínco.

La furia de las aguas no respetaba absolutamente nada. Gruesos troncos y natas de espuma, árboles enteros sobre los que se aferraban ratas y otros animalillos, tablas y utensilios, pellejos y enseres, navegaban hacia abajo llevados por sinuosidades breves y crespas. Algunos penachos de carrizo emergían de vez en cuando siguiendo la onda del oleaje.

Las tres Suaves diéronse a los rezos siendo imitadas por Rita. Lalo, tensa la escueta musculatura, pugnada inútilmente por guiar la embarcación con la pértiga que la mayoría de las veces no tocaba fondo. Un sol esplendoroso regía desde arriba. El miedo del mujerío acentuó el balancearse de la canoa que muy luego empezó a hacer agua.

Pedro Piedra, en lo que ahora era orilla del pajonal, con los pantalones arremangados y un lazo presto, estaba a la expectativa. Las mujeres de la orilla también oraban, en la cima de un otero, con las miradas fijas en el batel medio hundido que sin avanzar giraba sobre un remolino. El nivel seguía creciendo. Bandadas de pájaros de colores fríos rie-laban en el cielo rumbo al norte. Un cordero muerto pasó flotando, se detuvo algún tiempo en un peñasco emergente y prosiguió en seguida su vertiginosa carrera.



El más grande de los islotes todavía manteníase unido a tierra por el endeble istmo artificial.

Onofre y Pello, con gruesos lazos y largas varas se aproximaron a la ribera. La embarcación continuaba haciendo agua. Las mujeres con las cuencas de sus manos trataban de aligerarla y Lalo, de pié, como enhiesto mascarón de proa, bregaba por mantener el difícil equilibrio a todo precio.

El choque de un madero de grandes proporciones hizo peligrar agudamente la estabilidad del bote que seguía hundíéndose, pero lo sustrajo del remolino aproximándolo un poco a la orilla opuesta.

Las mujeres abandonaron sus chales a las aguas, lo mismo hizo Lalo con su maletín de mibre y su manta.

El cadáver de un gato se detuvo en unas ramas ancladas y se quedó ahí girando con lentitud, embadurnándose de ocre espuma.

El padre Damián se despojó de su sotana y trató de meterse al agua, pero pronto desistió de su propósito limitándose sólo a rezar en voz alta y a caminar sin rumbo, velozmente, sin atinar a resolver nada: —“¡Señor ten misericordia de nosotros! ¡Qué espanto! ¡Ten misericordia de nosotros!”

La menor de las mujeres fué la primera en lanzarse a las aguas, con tan mala suerte que al hacerlo volcó la embarcación.

Desde la orilla Pedro Piedra dió un bramido potente y desgarrado, sumergiéndose en seguida hasta las rodilla. Por un momento los cinco desaparecieron de la superficie para emerger en escasos momentos dando manotazos frenéticos. Lalo inició un braceo hacia la orilla, pero de pronto, al percatarse de que Rita no hacía el más mínimo intento de moverse, se devolvió. La menor de las Suaves en escaso tiempo ganó la ribera opuesta donde se sentó a gemir desesperada.

El pequeño ataúd azul-eléctrico permaneció flotando y

continó su navegación, río abajo, lamido por el breve oleaje, acunado por la suavidad de las ondas del pajonal en crecida. El poco peso y su estructura de embarcación, facilitaron su tránsito por el río. Ligera y balanceándose con parsimonia se perdió aguas abajo, ante la consternación de aquellos que se empinaron para no perderla de vista y que no hicieron ni un movimiento para rescatarla.

Durante un rato el sol quedó cubierto por una nubada que oscureció la zona.

La madre de las Suaves, los ojos desmesuradamente abiertos e inmóvil, flotaba cual tonel, acercándose a la otra orilla, con asombrosa lentitud. La mayor de las hermanas y Rita lograron por fin agarrarse a Lalo. Para poder respirar, hundían al hombre, pero este volvía a salir a la superficie lo que producía a su vez una nueva zambullida de las mujeres.

Como los náufragos se debatían lejos de la ribera, los lazos eran impotentes para ayudarlos. No había otra canoa, y aunque la hubiera habido, ninguno se habría arriesgado. Además, con excepción de Pello que no osó tirarse al agua, nadie más sabía nadar.

Bastante más abajo la madre de las Suaves tocó fondo. Allí se quedó inmóvil, sin tener conciencia de que todavía estaba con vida. Lalo debió afirmarse a un peñasco apenas sumergido, o algo así, porque de pronto se detuvo alzándose y cogiendo a los dos mujeres de las ropas como a bultos inertes.

Por la orilla opuesta apareció Juan Agustín Jáuregui con algunos hombres y les lanzó una cuerda. A duras penas Lalo amarró a la mayor de las Suaves por la cintura e hizo una seña a los salvadores. La gente de Jáuregui tiró del cordel arrastrando a la mujer que no cesaba de gritar desesperada, tragando agua y manoteando. Lalo tomó a Rita por el cuello y le dió tantas bofetadas que la dejó sin sentido. Luego la cogió de los cabellos y empezó a nadar. A las pocas brazadas el cuerpo de Rita se le escapó de la mano. El

hombre se zambulló varias veces. Al fin apareció con ella nuevamente de los cabellos y prosiguió nadando hasta la parte menos correntosa. Uno de los hombres de Jáuregui disparó su lazo y asió a Lalo por un hombro impidiéndole nadar. En pocos momentos ganó la orilla, a fuerza de tiro-nes, arrastrando siempre a Rita por el pelo.

Los cinco náufragos, ya recuperados, se reunieron en un mismo sitio. Lalo se aproximó a Rita y continuó la azotaina. Desde la otra orilla, Narcisa, Martina y Pedro Piedra simplemente observaban.

Eloy, pensando en la angelita, propuso recorrer todo el pajonal en busca del pequeño ataúd, pero Onofre bajó la vista y dijo resignado:

—¡Puh, habría que llegar hasta el mar!

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## ANGELES BUSCANDO LA VIDA

**R**AUL amaneció empapado en transpiración. Los feroces gritos que Pedro Piedra lanzara en la pieza contigua, y más tarde la algazara que se formó por la crecida y el naufragio de los que huyeron, lo habían sacado del sueño. Dióse vuelta en el jergón y un golpe de frío le hirió las carnes. Afuera seguían las voces y los ruidos de movimientos apresurados. Se puso de pie y buscó sus zapatos. Recordó que no los tenía. Pendiente de un clavo había un poncho que se puso. Entró al cuarto de Onofre y descubriendo unas ojotas se calzó. En seguida se asomó a la ventana que abrió de par en par. Respiró varias bocanadas de aire fresco, picante, casi eléctrico. Hombres y mujeres hormi-

gueaban en febril labor, atacando y defendiéndose de la tierra y la crecida. La reciente lluvia había lavado la atmósfera tornándola diáfana; los colores cobraban brillos inusitados y el aire parecía respirarse con más libertad. Padre, hermanos, amigos y vecinos cavaban, transportaban, accionaban sin descanso, obsecados con la idea de cegar canales, detener el agua, crear diques, mantener el insignificante trecho de tierra conquistada.

En un comienzo Raúl pensó arrebujarse en la manta y volver nuevamente al jergón, pero un repentino sentimiento de vida, de fuerzas recién despertadas se apoderó de él. Sintió que debería estar con los suyos, vencer junto a ellos o sucumbir en su compañía. Experimentó con demasiada intensidad que era imprescindible romper el paréntesis en que había encerrado su vida. El también, como los demás pertenecía a la tierra. Su color concordaba más con el gris de la manta que con el blanco de la colcha hospitalaria. Deseó vehementemente expulsar en forma de grito algo que estaba a punto de estallar en su pecho, pero quedó mudo, con los ojos muy abiertos. Se dió vuelta y caminó hacia la cocina; mordió un trozo de charqui y se empinó un olvidado resto de licor. Un súbito calor entonó sus venas. Salió por la puerta trasera y bajó el trecho que separaba la rancho de la orilla. En un comienzo, nadie se percató de su presencia, pero al poco rato lo saludaron alborozados como si lo hubieran estado esperando siempre. Saltando de piedra en piedra avanzó por el paredón que aún emergía uniendo la ribera con el islote y se internó algunos metros. A pesar de que los otros le hicieron señas de peligro, continuó adelantando. Las voces, gritos y rumores quedaron atrás. Se apoyó contra una piedra y se puso en pensar:

--"Una mujer. Estar bien sano. Tener un caballo que aquí se necesita. Trabajar duro y parejo. Los sábados andar con los demás. Darle al músculo sin cansarse mucho. Fumar como cualquiera sin toser. Hijos y casa, si, hijos y casa. Una mujer. Santiago no tiene buen aire. Harta pla-

ta y gastarla, aunque no basta para ser feliz. Trabajar duro y parejo. Agarrarse con cualquiera y ganar el quienvive. Hasta me dejaría crecer bigotes. Estar con los compañeros. Toda mi gente podría volverse como los compañeros. La mujer. Leer los libros donde hablan de uno tal como es, sin cuecas, sin mantas, sin espuelas, sin gritar ¡Viva Chile! porque sí. Poner el taller de reparaciones de radio. Que digan ¡mírenlo al Raúl, ah! La mujer en la cama y afuera lloviendo. Llegar con guantes a prestarle plata al patrón Jáuregui. ¡Gracias Raúl! Oler todo, mirar todo, tocar todo, ver y oír con fuerza. ¡No hay que irse a Santiago! Para vivir basta con sentirse tranquilo, pero al mismo tiempo como con ganas de pelear...”

Raúl estaba en medio del pajonal rodeado de matas de culén y chequén. Más allá, en la orilla, su gente trabajaba incansable, tratando de detener las aguas, dando órdenes, gritos y hasta risotadas. Cortó una ramita de temo y contempló esa substancia rojiza que fluía del tallo. Era como su propia sangre desperdiciada, su propia sangre que no se había decidido a gastar.

—“Quizás yo no he sido otra cosa que un hombre con miedo a vivir, a chuparle a la vida su última gota, a sentirme parte de los míos. Porque de todas maneras yo soy como ellos...”

Se irguió estirando los músculos. Caminó hacia un maítén enano y se afirmó en el tronco. Una garza salió de unos matorrales en lento e inseguro vuelo. Llenó de aire sus pulmones. Sintió que la sangre presionaba en su sexo. Sonrió.

—“Un taller de reparaciones de radios es negocio redondo”.

Raúl se imaginó a sí mismo, sano, con gruesos bigotes, con muchos amigos y compañeros, cantando ante muchas mujeres. Y realmente se puso a cantar en voz baja:

—“Si dejaras de quererme  
te aseguro, vida mía  
que de pena moriría...”

Los gritos aumentaron y la presencia combatiente de las aguas se hizo sentir con más violencia. "Es necesario regresar", pensó Raúl, buscando un sitio por donde hacerlo. Corrió de un lado a otro; ensayó varios caminos; intentó tirarse al río. En ese momento lo divisó Pedro Piedra que atravesó corriendo con ágil celeridad el débil istmo para venir en su socorro.

Martina, Onofre y Pello los llamaron a grandes voces, ya que el endeble puente artificial, apenas pasó por él la masa de carne del evangélico, cedió ante el embate de la crecida, dejando a los dos hombres aislados. Al unísono estalló un inmenso grito. Una perdiz y varios triles rezagados iniciaron vuelo.

Pedro Piedra caminaba hacia Raúl que, oculto por la vegetación, se paseaba nervioso como mamífero enjaulado y aterrado ante lo incomprensible de las fuerzas naturales, cuando sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Con un movimiento ágil, el evangélico logró asirse de unas raíces que sobresalían crispadas sobre el agua. Intentó ganar tierra firme, pero algo muy duro y potente se le incrustó en el costado y la rodilla. Creyó desfallecer, más, un último impulso le permitió subirse. Con sobrehumano esfuerzo consiguió normalizar la respiración, sin embargo, daba la impresión de tener en el pecho un fuelle roto. La herida, abundante en sangre, le ardía mucho, sobre todo al húmedo contacto de las aguas. Comprendió que no podría volver a caminar. "Un lanzazo en el costado como a El".

Raúl lo vio caer y se le acercó. Cogiéndolo por debajo de los brazos lo arrastró largo trecho hacia el interior del islote.

—¿Le duele, don Pedro?

—¡¿Qué si le duele?!

—¿Cómo fue?

—¡Qué se yo! ¿No vio el tremendo tronco? Me resbalé

como un imbécil. Parece que el tronco venía debajo del agua. No puedo mover la pierna. Siento aquí, en el costado, como si me estuvieran quemando... "El signo de mi calvario"... ¿Y usted?

—¿Yo?... Salí a ver lo que pasaba... para ayudar... y me quedé aislado... ¿Se da cuenta?

—¡Bah! Yo vi a alguien moviéndose en el islote y... bueno salté para acá... Si hubiera sabido que era usted nomás...

—¿No habría venido?

—¡Sí! Habría venido igualmente. Pero ahora no podemos volvernos, no hay como, hasta que bajen las aguas: hoy, mañana o pasado, ¡quién sabe cuándo! —El evangélico enmudeció haciendo una mueca cómica y dolorosa.

—Aquí tiene mi manta, don Pedro

—¿Y usted Raúl? Dicen que está muy enfermo...

—Yo no estoy enfermo, yo soy enfermo. Nací así y así voy a morir, de viejo. Cuando chico comía poco y andaba desabrigado. Un día me puse a toser y... Mi vieja tenía la misma enfermedad... ¡Qué más da! Algún día tendrá que quitárseme y quedaré sano, pienso yo... —Raúl sonrió tranquilo y asiendo al evangélico lo acarreó hasta un canelo seco y desgajado. Lo cubrió con su manta, le improvisó una almohada y desapareció hacia la orilla.

Pedro Piedra intentó moverse, pero el dolor era tan enorme que sólo gemidos salieron de su garganta. Por primera vez en su vida sospechó que alguna vez tendría que llegar realmente a morir, y ante esta idea que sólida, rotunda y cortante le golpeaba el pecho, de nada le sirvió pensar en Dios. En ese momento su fé era inferior al dolor que le producía la herida. Su vehemente deseo de seguir viviendo manifestábase en forma de un apetito descomunal haciéndole presión en el plexo solar, irradiándose por el vientre y la garganta, invadiéndole de una eléctrica sensación de angustia.

Raúl regresó con un pañuelo húmedo y procedió a la-



varle la sangre coagulada en los bordes de la herida. El evangélico se mordió el labio inferior dando la impresión de haber adquirido recién un gran y extraño hocico. Raúl le limpió la frente y le alisó los cabellos con los dedos.

—¡Fijese usted Raúl lo que es la vida, parece que yo voy a morir primero que usted!

—Se equivoca, usted no se va a morir nada, don Pedro.

—¡No, Raúl, yo sé muy bien lo que me pasa! Algo se me rompió aquí adentro. Siento una cosa como de fuego. El no quiere que yo viva más. Me llama a su Reino...

—No diga leseras, don Pedro, usted va a seguir viviendo. ¡Hay que vivir! Yo siempre pienso que hay que vivir, es decir, no siempre pienso esto, sino que solamente algunas veces, como hoy desde esta mañana, apenas me levante... yo dormía y ustedes estaban trabajando contra la crecida, por la tierra. Y entonces... ¡Yo pienso que hay que vivir, don Pedro!

—¡Pero usted, Raúl!

—Sí, don Pedro, yo pienso que hay que vivir! La cuestión está en tomarle el gusto a la cosa. Para vivir se necesita más maña que fuerza, eso es, más maña que fuerza.

Un fuerte dolor hizo cerrar los ojos a Pedro Piedra. Su cuerpo pasaba repentinamente de la tensión a la laxitud. Sólo el labio inferior le permanecía vibrando incansablemente.

—Hay que aprender a vivir pues, don Pedro.

—¿Aprender a vivir? ¡Cómo es eso!

—Aprendiendo a vivir, don Pedro, eso es. ¡Existen tantas cosas que...! El amor, por ejemplo, —prosiguió Raúl con la vista perdida— hay que hacerlo con los cinco sentidos, aprender a hacerlo con los cinco sentidos.

Pedro Piedra abrió mucho los ojos y quiso sonreír. Se pasó la lengua por el labio inferior mordidoselo luego.

—¡Soy casado Raúl, por todas las leyes, desde que usted era niño inocente!

—¡Casado! Claro está que usted es casado. Pero yo so-

lamente le decía que para vivir se necesita más maña que fuerza. Eso lo saben los animales, pero nosotros nó... La nariz, por ejemplo, tiene mucho que ver con el amor.

—No diga cochinadas, no sea hereje.

—No son cochinadas, don Pedro, la verdadera cochinada está en pensar que esto es sucio. ¿No ha olido nunca usted? ¿No ha sabido oler por delante del codo, debajo de los brazos, en el vientre, las rodillas, la nuca, el pelo, por entremedio... más abajo?

—¡Claro que he olido! ¡Las cosas que está diciendo!

—¡No, don Pedro, usted no ha sabido oler! ¡No ha querido oler bien! Como cada fruta, cada planta y cada piedra tiene un olor distinto, cada parte del cuerpo de una mujer tiene un olor que no es igual a ningún otro.

—Sí, Raúl, y algunos bien malos...

—No, don Pedro, no hay ningún olor malo cuando uno quiere y sabe oler. Por eso le decía yo que hay que conocer como se huele. La gente buena nunca huele mal, y como la mujer siempre que quiere a un hombre, por ese solo hecho, se vuelve buena...

El evangélico abrió de nuevo desmesuradamente los ojos, sin lograr todavía percatarse bien de las palabras del otro.

—¿Pero usted Raúl ha olido así como dice?

—¡Eso no tiene importancia!, don Pedro, lo que vale es saber oler, tomarle el gusto. Por eso le decía, don Pedro, que usted tiene que vivir, para que aprenda estas cosas. Los animales que son sabios, y mucho más sanos que nosotros, las enseñan...

El sol empezó a quemar, haciendo elevar de la tierra recién llovida un vaho espeso, casi oleaginoso. El rumor sordo, subterráneo, de las aguas que aun lamían el islote a considerable altura, se mezclaba con algunos paires tímidos y agudos.

—Así mismo, don Pedro, hay que saber oír... la noche y el día suenan distinto. Todo suena: el cuerpo cuando se mueve, la respiración, el corazón con su latido, la garganta

de la mujer que se queja sin que le duela nada, el ruido de la lengua en la boca con palabras rápidas como ahogos... ¡Hay que saber oír, don Pedro...! ¡La luna misma produce ruido al caminar!

—¡Por favor, Raúl, no siga hablando estas cosas! —¿No cree usted en Dios?

—Dicen que Dios ha dicho que no hagamos a otro lo que no queremos que hagan con uno. ¿Cree usted don Pedro, que saber oler, saber oír es hacerle mal al prójimo? ¡A ver, dígame, qué pecado hay en esto...! ¡Ah...! ¿Ve cómo no me dice nada?

El evangélico miraba a Raúl con ojos espantados, sin tener fuerza para taparse los oídos ni para escapar de aquel sitio. Buscaba en su mente un argumento que detuviera a Raúl en sus extrañas imágenes.

—Y no sólo la comida tiene gusto, don Pedro, sino que todo lo que existe bajo el cielo. De aquí que también haya que saber tomarle el gusto al amor. ¿No ha mordido usted acaso el pelo de una mujer? La oreja tiene un gusto muy especial, lo mismo que los labios o la lengua. El gusto de la cintura o de donde usted sabe también es muy distinto. En Cauquenes, los catadores de las viñas saben distinguir muchos gustos: conocen la cosecha, el tipo y los grados de alcohol que tiene el vino. En el amor debe ser igual. ¿Se va dando cuenta ahora por qué le digo que usted tiene que vivir? ¿Que la vida es más maña que fuerza?

—Dios. Raúl, nos hizo distintos de los animales —murmuró Pedro Piedra tratando de incorporarse y mirándolo con una rara mezcla de asombro, temor y admiración.

—No, don Pedro, nos hizo iguales y mejores, y esto no tiene por qué darnos vergüenza, por el contrario. ¿No se ha dado cuenta usted que los animales no van a la guerra, ni se agarran a tajos, ni roban, ni mienten? Los animales saben hacer las cosas. Saben tocar, por ejemplo... Y en el amor también hay que saber tocar. La parte de adentro de los brazos y de las piernas es la más suave. ¿Nunca ha pal-

pado esa gordurita, adelante, donde se junta el pecho con el brazo? ¿O el pecho mismo, duro y blando al mismo tiempo? ¿O aquella parte que está en el vientre más abajo?

—¡Sí, las he tocado! ¡Claro que las he tocado! —gritó.

—¿Y...?

—¡Basta hombre! ¿No ve que estoy muy mal, que me voy a morir?

—No, don Pedro, usted está aprendiendo ahora que la vida es más maña que fuerza. Solamente debe pensar en vivir, olvidarse de la muerte, olvidarse completamente de la muerte... Porque también hay que saber ver, don Pedro...

—¡Raúl, no siga diciendo herejías!

—¡Usted sabe, don Pedro, que estas no son herejías! ¡Aprender a ver no es cometer herejías...! ¿Dígame usted, don Pedro, hay algo más bonito que las cosas redondas?

—¡No siga, Raúl, que me voy a condenar!

—No se va a condenar nada, don Pedrito, por el contrario: usted ha estado condenado porque no sabía de estas cosas, porque nunca se había dado cuenta que las tenía tan recerca, que todo el mundo era suyo. Las personas que caminan siempre mirando solamente al cielo, terminan por tropezarse y caer y recién entonces se dan cuenta de lo maravilloso que sucede acá abajo.

—¿Y usted, Raúl, ha hecho estas cosas que dice? —el herido inquirió asustado, casi implorante, turbado por la inquietud.

—Eso no tiene importancia, don Pedro, tanto tiempo en cama me ha servido para pensar en muchas cosas. He llegado a la conclusión que la gente pierde la vida de pura ignorancia, claro, de pura ignorancia.

El evangélico no hallaba como detener esa avalancha agresiva de imágenes que le presentaba Raúl.

—Usted Raúl, habla de puras mujeres. ¡Miren que linda vida sería esa de pasarse montado todo el día! ¿Cuándo trabajaríamos? No sólo de... bueno, de... pan, vive el hombre. Nosotros los pobres primero tenemos que trabajar y

después pensar en otras cosas. No somos nada patrones...

—Yo no le digo que no, don Pedrito. Yo pienso, fíjese, que un día no habría patrones y que entonces nos mirarán como a la gente, pero ese es otro asunto. Yo le explicaba solamente la manera de ponerle el hombro a la vida. Lo del amor se lo dije como... por ejemplo. ¿A ver? ¡Escúcheme don Pedro!... Respire usted.

—¡Bah! ¡Con qué va a salir ahora!... Estoy respirando...

—Bueno. Trate ahora de encontrarle gusto al aire.

—¿Gusto?

—¡Sí, gusto!

—¿De cuándo acá el aire ha tenido gusto?

—Desde siempre, desde ahora, desde que usted empieza a tomarle le gusto. ¡Respire!

El evangélico se concentró y respiró. Medio cerró los ojos y entreabrió los labios sensualmente. Exhaló e inspiró nuevamente, olvidando su dolor, permaneciendo con la mirada fija y el cuerpo inmóvil. Otra inspiración luego y una nueva expiración.

—¿No le decía yo? —interrumpió Raúl.

—¡Claro! —respondió con fruición, pero en seguida volteó el rostro hacia su compañero: —¡Pero estas cosas son del Diablo!

—No, don Pedrito, estas cosas no son del Diablo, simplemente son nuestras, y nosotros, los ignorantes, no sabemos que las tenemos. ¡Ahora toque la tierra! ¡Así, suavemente, con la punta de los dedos, muy suavemente, apenas...! ¿Siente? ¿Se da cuenta que es distinto tocarla así que empuñarla en la mano, sin cariño? ¡Cierra los ojos ahora! Trate de escuchar todos los ruidos. ¿Los oye?... ¡Bien! ...trate de distinguir uno del otro: las ramas, el agua, los pájaros, el viento, mi voz, su respiración... ¡H'm!... ¿Escucha?... ¡¿Parece música, no?!... ¡Música!...

—¡Raúl, Raúl!... ¿Y esto, dónde lo aprendió?

—¡H'm! ¡Dónde lo aprendí!... Hable usted ahora, don

Pedro y oigase sus propias palabras. Diga, por ejemplo: Pa-tagua.... Pata... agua... Pa... Tagua... Pa... Ta... Hua... (El evangélico repitió sílaba por sílaba). ¿Suena distinto, no? ¿Cambia, no? O también puede decir: Rari-rruca. ¡Repita conmigo! Rari... Ruca... rirruca... Ra... Ri... Ru... Ca... ¡Ah! ¿Se da cuenta? ¿Nota que todo lo que uno haga, todo lo que uno sienta, puede ser, cómo le dijera, hártito... bueno? ¿Se da cuenta que así es la vida? ¿Que es más maña que fuerza? ¿Que hay que saber ponerle el hombro?

Pedro Piedra, desarmado, asintió ligeramente.

—¡Y después de todo quiere usted morir, don Pedro!  
¡Está loco!

—¿Loco yo, Raúl?

—¡Sí, don Pedro! Un hombre que vive y no se de cuenta que vive, está loco.

El evangélico pensó un momento y formuló una pregunta que desde hacía rato venía inquietándolo: —¿Dígame Raúl, todo esto enseñan en el hospital?

Raúl clavó su vista en nada y recordó sus años de enfermedad, su estada en inimaginables sanatorios y hospitales de beneficencia. Se extrañó profundamente oírse aconsejar a un hombre lleno de principios y con una fé tan recia como Pedro Piedra. Notó, sin embargo, que se sentía más liviano, más libre, con la tranquilidad del que se saca un peso invisible de encima y que recién al quitárselo se percata de que lo tuvo durante mucho tiempo.

—¿En el hospital? ¡H'm, en el hospital se aprenden otras cosas! Mojarse la cara, hacer las necesidades, buscar un sitio fresco en la almohada, saberle la vida a los otros enfermos, tener noticias de lo que pasa afuera...

Pedro Piedra se fue poniendo pálido. Un sudor frío reblandecía su cara. Sus labios reseco acusaban un tenue temblor. Recordó su edad moza, su padre, su madre, un corderito que le regaló el abuelo cuando niño. "El Cordero de Dios", pensó. Múltiples escenas infantiles sacudieron su

memoria. Abrió los párpados y miró bondadosamente a Raúl.

—El cordero... —musitó.

Al observar esos ojos, Raúl habló con mucha inquietud, aceleradamente, como tratandó de detener aquello que sospechaba próximo.

—¡No, don Pedrito, por favor! ¡Ud. tiene que vivir, no se olvide! Ahora ya sabe como ponerle el hombro a la vida. Yo sé que la Martina lo quiere, lo he visto, cualquiera lo nota. Haremos una minga y le quitaremos más tierra al pajonal. Se casará con ella, don Pedro. Muchos hijos, Ud. es muy trabajador. Ella también. Yo le ayudaré, don Pedrito. Una linda cuadra de tierra. Siempre oliendó, tocando, sintiendo y viendo cosas. Los niños en la escuela. Ud. con tierra y un caballo propio. No es difícil ir a conocer Santiago. Hay tranvías: son como trenes chicos, sin locomotora. Casas altas como cerros. Y biógrafos. Todas las gentes oyen radio y hablan por teléfono. ¡Por favor, don Pedrito, no se eche a morir! Apenas baje un poco el agua podrá irse al hospital, sí, don Pedrito, al hospital. Estas crecidas duran muy poco, unas horas y nada más. Antes de un mes estará de vuelta y más sano que nadie, sí, más sano y más fresco que una lechuga...

Pedro Piedra abrió los ojos, sin brillo, como cubiertos por una gasa muy delicada, pero no vió ninguna cosa. Su respiración se tornó más penosa. Un gesto de morderse el labio inferior denunció el dolor que en ese instante le aquejaba. Se pasó la lengua por las encías. Pareció caer en un sopor. Raúl le observaba atentamente cada mínimo gesto, tratandó de adivinar por qué un hombre se muere y sintiendo, al mismo tiempo, la más absoluta de las impotencias.

Un ruido de cascos llamó la atención de Raúl que se puso de pié y miró en torno. Martina acababa de llegar al islote, mojada completamente, sobre una yegua sin montura y con la mirada ávida de encontrar a Pedro Piedra. Se apeó

con lentitud, sigilosamente y se acercó al evangélico. Con la vista interrogó a Raúl. "Está mal", trató de decir éste, pero guardó silencio.

— La mujer se sentó en la tierra y colocó en su regazo la cabeza del herido.

—¿Cómo fué?

—Se resbaló. Cayó al agua y un tronco le aplastó las costillas y parece que también la pierna.

Martina enredó sus dedos en el pelo de Pedro Piedra. Acercó el rostro y le esparció su hálito tibio en los ojos y en la boca.

—¡Qué mala suerte, no! —gruñó—. Ahora que la puta de la Rita me lo había dejado a mí. ¡Qué diantre! ¡Estoy fatalizada, Dios mío! ¡Cómo va a ser posible!... ¡Don Pedro!... ¡Pedrito!

Pedro Piedra ya no oía. Su última imagen fué: Dios en forma de inmenso cordero en la cima de una loma, y él, abajo, oliendo a Martina, satisfecho y a la vez confundido. Pero este pensamiento se diluyó rápido.

Mientras Martina sollozaba apretando contra su cuerpo la cabeza del muerto, Raúl se retiró hacia la orilla.

—¡Qué mierda! —dijo, y se puso a orinar en las aguas que habían dejado de crecer.

—Y lo más raro es que yo no me había dado cuenta. Por eso pregunté quién había corrido la pirca y entonces Jenaro me dijo que no la podía haber movido nadie y que si estaba más cerca del agua era porque el agua había subido con la lluvia y que a lo mejor había crecida. "Por eso yo encontraba la tierra más chica", dije yo. "O se está encogiendo o alguien corrió la pirca". Si pues, o sacamos las pilchas rápidamente o nos quedamos sin nada.

Uufemia y Lola rieron.

—Si no nos apuramos el río nos va a llevar todo.

Los hermanos, la madre y Lola trasladaron todos los



trastos posibles al otro lado de la cerca sin terminar. Sacos, utensilios, jergones, muebles y algunas herramientas fueron transportados aceleradamente hacia los faldeos de la colina. El agua ya lamía los débiles cimientos de la rancho.

El cielo, despejado a trechos, filtraba a veces un sol aterido y brillantísimo.

—¡Cuidado con los troncos o las ramas. En una de estas nos botan la casa!

—¡Díselo al río! ¡Qué nos vienes a gritar a nosotros! ¡Cómo si tuviéramos la culpa!

—¡La culpa no, mierdas, pero hay que tener cuidado! ¿O quieren dormir al aire libre?

—¡Bah! ¿Y en la trilla?

—¡Cállate mejor antes que yo te trille la cabeza a patadas.

—¡Ayúdenme a sacar la cocina!

—¡Espérate! Voy a soltar al caballo para que no se ahogue.

Luchaban con la crecida, trabajando, gritando e insultándose. Así la faena resultábales más liviana.

El agua, con su nivel alzado, embatió veloz y derrumbó la frágil pesebrera barriendo además un ajisal apenas cosechado.

—Este fué el “Tué-Tué” que oímos anoche...

—¡Cállese señora, no siga hablando de brujerías que es para peor! —bramó Justo lleno de ira—. Ayude mejor a sacar las cosas de la rancho antes que se las lleve el agua, o traiga piedras para hacer diques, más mejor.

La pequeña crecida rebasó la construcción haciéndola estremecer.

—¿Y tú no trabajas? —preguntó Justo a Lola que miraba aterrada el avance del río.

—Pensaba en mi casa... están de velorio... también viven a la orilla...

—¿Tú casa? ¡Tu casa ahora es esta! ¿Oíste? Y la otra familia es sólo para ir a verla los domingos. ¿Ah?... ¡Así

que, andando! Esas cosa de aquí son ahora tuyas y por eso tienes que cuidarlas.

Lola se unió al transporte de bártulos con sumisión.

Una oveja muerta pasó flotando río abajo, girando y deteniéndose a veces en árboles medio hundidos o manchones de totora.

—¿Saquémosla y la asamos?

—¿Qué quieres sacar?

—¡Esa oveja! Para asado... y el cuero...

—¿Con qué la vas a sacar, estúpido? Si quieres, tirate al agua y ahógate por bruto. ¡Miren que querer sacar una oveja muerta que va casi al otro lado! ¡Habrased visto tonto igual! ¡Ayuda a desarmar la casa más mejor antes de que se la lleve el río!

Los hermanos empezaron a deshacer la rancho para librar los materiales de la embestida de las aguas.

—¡Buen dar con los estropicios! Este fué el "Tué-Tué"  
—masculló Ufemia transportando un ato de ropa en la cabeza.

—¡Lola, haz callar a esa señora antes que lo haga yo! ¡Ni que fuera bruja! —gritó frenéticamente Justo.

—¡Bruja yo, que te parí, ingrato, descomedido! ¡Si te oyera el finado Rivanera te haría callar a palos! ¡No te vaya a castigar Dios y te quede la boca chueca, nomás!

—¡Pero para qué habla tanta lesera, entonces!

—¡Leseras! Cuando resucité al Javierito dí también qué fue lesera. ¡Dilo! —Ufemia tiró el bulto al suelo dispuesta a seguir discutiendo con el hijo tal como antes lo hacía con el marido.

—Lo de Javier fué Dios, nomás.

—Claro que sí. Pero el "Tué-Tué" es el Diablo y Dios sin Diablo... no anda la cosa...

—Bueno, bueno, la cosa es seguir trabajando.

Ufemia volvió a cargar su bulto y Justo continuó demoliendo la casa. El agua mantenía su nivel y había intensificado su color chocolate oscuro.

—Oye Justo. ¿Quieres que lo tiremos ahora? —Inquirió Javier, pícaro y excitado.

—¿Qué cosa?

—¡Eso!

—¿Y qué cosa es, eso?

—Lo que traje de la bodega, la dinamita.

—¿La dinamita? ¿Y para qué quieres tirar ahora la dinamita?

—Bueno, para ver cómo hace, cómo suena. Es mía, yo la traje.

—Tuya será, pero déjala ahí nomás. Eso sólo sirve para hacer perjuicios. Si la tiras el patrón Jáuregui sabrá que te la has robado. ¡Anda a guardarla por ahí, lesó!

Fatigosamente los hermanos, Ufemia y Lola lograron finalmente desarmar la rancha y transportar los materiales al otro lado de la pirca inconclusa.

Ufemia prendió fuego para calentar agua y cebar un mate. Lola y los otros se agruparon en torno al fuego. Justo encendió un cigarrillo, que luego pasó de boca en boca, se calentó las manos en la fogata y se apartó del grupo. Caminó hasta el sitio donde antes estuvo la casa. Observó los cimientos. El agua había dejado de subir, disminuyendo la velocidad.

—¡Esta sí que es buena! —pensó en voz alta.

Miró al grupo que se calentaba junto al fogón y no se explicó por qué razón, de pronto, se encontró igual al finado viejo Rivanera.

—¡Eh! Parece que el agua ya no sube más. Habrá que hacer de nuevo la casa, y bien rápido, porque enseguida tenemos que ir a ayudarle al suegro.

—¿Suegro de quién? —indagó Ufemia.

—Mío, pues. Desde hoy o mañana Justo Rivanera tendrá un suegro. ¿O les parece mal?

Lola bajó la cabeza deleitosamente compungida. Los otros hicieron lo mismo. Nadie osó mirar a Justo que infló su pecho y observó soberbio en derredor, como potro solemne.

## ANGELES SIN CIELO

**L**A CRECIDA mermó, amansando las aguas. Onofre y los suyos acechaban el islote esperando ver en cualquier momento aparecer a Martina, a Pedro Piedra y tal vez a Raúl. Narcisa, rezando en una rara mezcla idiomática, hacía resaltar más las palabras mapuches que las castellanas. Don Roque, en la falda de un lomaje y sentado sobre su sillita de paja, oteaba el lento reflujo del río. Georgina, a los pies de su padre, observaba y pensaba: creía saber que la vida era así como era y que por lo tanto de esa manera había que tomarla, como una canción con distinta letra pero siempre la misma. Pello, más por tener en qué ocupar las manos y la mente, construía una balsa, atando

maderos, inútilmente. Una bandada de choroyes sobrevoló las gentes deteniéndose luego encima de una pirca distante, de ahí siguieron rumbo al oriente, como una verde pincelada en movimiento. El nivel del pajonal descendió un poco. Una ternera muerta flotaba sin dirección. El sol abandonaba el cénit en dirección a las cimas de Nahuelbuta.

El viejo Onofre calculó los daños: los antiguos cauces, cegados con tanto trabajo, estaban abiertos; Rita, Lalo y las Suaves habían partido como gentes malas que eran; la angelita quién sabe dónde estaría; Pedro Piedra, Raúl y Martina en el islote, sin dar señales de vida; perdido todo el trabajo; la esperanza de poseer un pegujal chico, sin importancia, apenas donde echar a morir los huesos, postergado quizás hasta cuándo. —“Peor habrían sido los daños si la tierra hubiese estado ya sembrada”— pensó venciendo el desaliento. “Cualquier hombre que no fuera tan alegre como yo sufriría mucho con estas cosas”.

Los Pairoa, despatarrados bajo el alar del frontis capeaban la tristeza mordiéndose las uñas y haciendo comentarios.

—¡Así fué nomás!

—¡La cuestión, no!

—Suceder esto. Y a toda esta gente tan buena.

—¡Buenaza!

—Es pura mala suerte.

—O fatalidad, diría yo.

—¿No les habrán hecho alguna brujería?

—¡Qué mayor brujería que la de haber nacido tan repobres! ¡Esa es la cuestión!

—También es cierto...

Casi con la misma rapidez como habían invadido la tierra, las aguas se fueron retirando. Primero emergieron grandes peñascos de resplandeciente calva. luego las laderas jabonosas dejaron ver su brillo. Algunos troncos lustrosos irguieronse desafiantes. Pareció que una compuerta natural hubiese cedido, en la distancia, permitiendo a las aguas escurrirse con celeridad, revelando a su paso los daños de sus

lenguas destructoras y apasionadas. La tierra quedaba blanda, pulida y palpitante, como recién parida, como debe haber quedado en aquel día de la Creación, en que se separaron los elementos, cuando aún no había estaciones ni ser viviente. Un murallón recio apareció de pronto, uniendo el islote mayor con el pequeño y a éste con la orilla. Allí como en un gran tamiz, las aguas se habían colado, dejando un enorme montón de cascajo, grava, pedruzcos, troncos y sedimento grueso. A través de ese paredón vieron avanzar al caballo. Raúl, adelante, guiándolo de las bridas; sobre él, Pedro Piedra echado cual bulto sobre el lomo; atrás, con una mano abatida sobre el anca, Martina sollozando silenciosa.

Los de la orilla se reunieron a esperar la llegada. El padre Damián comenzó a rezar en alta voz gritando, desde que los vio venir. Narcisa se puso a hablar en mapuche, rápidamente, modulando muy bien las palabras, sin esperar que le entendiesen. Georgina, llevando en su mano la sillita de su padre, avanzó con paso lento y al comprobar que el evangélico venía muerto, lloriqueó con grititos inarmónicos, Eloy y los Pairoa aullaban sin saber por qué; se paseaban denostando con violencia, rápidos, frenéticos, cual si estuvieran enjaulados. Onofre sonreía de intranquilidad, mirando absorto la seriedad de Pello.

—¿Quién iba a creer que un hombre como él! —dijo alguien.

Y como todos pensaron lo mismo, nadie le replicó.

Se conversaba alrededor del difunto. Pello, afuera, construyó el ataúd, dando feroces martillazos, en tanto devoraba un gran pan frío con gusto a caucho ácido.

—Después de esto habrá que irse. Allá en Santiago... cualquiera puede poner un taller de reparaciones de radio. No volvería al hospital ni...

—¿Por qué no te quedas, Raúl? Aquí con tu padre...

—¿Aquí?... ¿Y el patrón Jáuregui?

—De veras...

—Yo me iría. ¿Venden espuelas por allá? —el jorobado abrió los ojos sintiéndose ya en la capital con un hermoso par de espuelas nuevas.

—Allá nadie usa espuelas. La gente no anda a caballo. Puros autos y góndolas...

—¿Puros autos?

—Sí, puros autos.

—¡Miren, no!

Narcisa Cohuequén cebó un mate coronado de espuma y se lo ofreció a don Roque.

—Con unos brazos más no nos demoraríamos mucho en hacernos de un poquito de tierra. Entonces todos podrían quedarse aquí... —habló Onofre obsesionado con su antiguo proyecto.

—¡Esa es la cuestión!

—¡La verdad pura!

En ese momento llegaron los carabineros.

—¡Buenas! —dijo el cabo.

—¡Buenas! —se les contestó a coro.

—¿Se ahogó? —inquirió el uniformado refiriéndose a Pedro Piedra que ahora ocupaba la mesa cubierto por una sábana amarillenta.

—¡No! Fué un tronco el que lo aplastó cuando las aguas estaban en lo mejor haciendo su destrozo.

—¿Perdieron algo, animales, casas, siembra...? Andamos averiguando los daños.

—No, nada. Animales propios no tenemos, y la casa, usted la está viendo. En cuanto a lo demás... Eso se habría perdido con o sin crecida.

—¡H'm! Menos mal que alguien abrió las compuertas del tranque que se está haciendo cerca de la costa. Si no hubiera sido así, todos ustedes estarían ahora ahogados.— El cabo quiso decir todo lo que sabía acerca de la crecida y sus consecuencias, demostrar que parte de su jerarquía estaba basada en una inmensa información, pero se contuvo.

Paseó la vista por el cuarto. De pronto se fijó en Raúl, que no tuvo tiempo de ocultarse, y recordó la segunda parte de su misión.

—¡Hay orden de detención contra vos!

—¿Contra mi? ¿Y yo que he hecho? —Se puso de pie.

—¡No te vengas a hacer el leso! Primero te metes en líos y luego te vienes a hacer el de las chacras. Avisaron que tú... bueno, te lo voy a leer...

—¿Un mate, quizás? —ofreció Narcisa. Los carabineros aceptaron risueños.

—¿Oyes? En este papel dice algo de abolir el gobierno constitucional... de instituciones jurídicas... de sembrar el caos.

—¿Sembrar qué?

—El caos...

—¿El caos? ¿Y qué es eso?

—¡Qué se yo! Así dice la circular que mandaron de Santiago. ¡Así que tendrás que irte con nosotros!

—¡Buen dan con la gente que se preocupa de tanta cosa rara! Yo no he hecho nada, mi cabo. Yo estaba enfermo en el hospital. Salí hace poco...

—Yo cumplo órdenes... Pero aquí también dice algo de los hospitalarios, no sé qué cosa de la electricidad. Hay una denuncia del director del hospital. Nosotros no sabemos nada de la política, pero si no te llevamos, el "lumazo" nos llega a nosotros. Si nos mandáramos solos...

Raúl bajó la vista, amurrado como un niño, pero a la vez conforme. La vuelta a la tierra habíale dado nuevas energías. Sentía como si hubiera nacido otra vez, con más vigor.

—¡Claro, no cuesta nada echarle la culpa a alguien! Jams más uno tendrá la razón...

—Razón o no, tengo que llevarte, así que...

—Es un buen muchacho, yo lo conozco. Evidentemente no sé lo que haya hecho por allá. Diga que no lo encontré —intervino el padre Damián—. Además él está enfermo y un enfermo...



—Usted sabe su Paternidad que si después descubren que he estado aquí y no me lo he llevado, me mandan al calabozo. Es la disciplina militar, que le llaman...

Intentó hablar nuevamente el sacerdote, cuando la menor de las Suaves entró al cuarto profundamente compungida.

—¡Padrecito! Mi mamacita se muere. ¡Vaya, por favor a darle los sacramentos! Parece que la mojada que se dió le hizo muy mal. Está hablando puras leseras... se rie sola... ¡Padrecito por favor!

Mientras terminaba de hablar, retorciéndose las manos, la muchacha vió sobre la mesa el cadaver de Pedro Piedra. ¿Es don Pedro? ¿Y qué le pasó?

—¡Lo aplastó un tronco!

—¡Buen dar con los destrozos que causa el agua, no!

El padre Damián cogió a la muchacha por un brazo, antes que siguiera dando opiniones, simplemente por tomarla y quizás también por acudir pronto al lecho de la posible moribunda. Miró a cada uno de los presentes, a manera de despedida, se acercó al cadáver del evangélico e intentó bendecirlo pero se contuvo. Caminó algunos pasos. Se dió vuelta. Hizo rápidamente sobre el difunto la señal de la cruz y desapareció con la joven.

—¡Vuelve! —gritó Pello, desde afuera, a la muchacha.

—¡Sí! —respondió la niña— o si no, anda tú... a lo mejor habrá velorio... ¡Dios mío, que fatalidad!

Raúl relajó su tensión y miró a los carabineros con una sonrisa de desaliento.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Si me han de llevar...

—¡Por qué se lo van a llevar si no ha hecho nada! —chilló el jorobado sin sacarse el pucho de los labios—. ¿Por qué? ¿Porque es habiloso y dice cosas de la verdad pura? ¿Ah? El es bueno y todavía está enfermo. ¡Cómo no, que se lo van a llevar!

Los carabineros ignoraron a Eloy e intentaron partir.

—¡Cómo no, que se lo van a llevar! ¡Espérense nomás!

—Eloy salió apresuradamente antes que el trio con su presa se pusiera en marcha.

Hubo despedidas serias, tímidas, sentimentales y obsesivas.

Se siguió velando a Pedro Piedra que al atardecer fue colocado en el féretro, que había construido Pello, sin pintar y sin pulir. El hambre, apenas socorrido por el mate, y la tristeza derramada por todas partes, se concentraron en el cuarto.

Con las manos a la espalda y atadas a la montura del cabo, iba Raúl, chapoteando en el barro y recibiendo las salpicaduras de los caballos policiales.

—Si te cansas avísame y paramos las bestias. ¿Ah? —habló el cabo.

Raúl no respondió.

La tierra húmeda atacaba el olfato concentrando los más variados olores. A pesar de lo encapotado del cielo había cierta diafanidad en la atmósfera. Algunos piares surgidos de un bosquecillo dieron una nota más alegre que musical.

—“¡Si al menos fuera a caballo!” —pensó Raúl sintiéndose lúcido y sofocado a la vez.—” ¡La fiebre! “—Se pasó la lengua por los labios y respiró muy hondo para tratar de reprimir un acceso de tos que a pesar de todo, vino seco y rápido.

Los carabineros se balanceaban en sus cabalgaduras, quizás pensando.

Cuando de improviso frente a ellos vieron aparecer a Eloy, creyeron que venía a decirle algo al detenido, o que la casualidad lo había traído hasta aquel bosque de pinos, pero al mirarlo blandir entre sus manos aquella gruesa cadena de fierro con violenta agresividad, recién comprendieron las intenciones del jorobado.

—¡Suelten a mi hermano! —Los caballos detuvieron su

marcha y comenzaron a encabritarse.— ¡Suelten a mi hermano les digo! —La cadena se revolvía en todas direcciones, sin tocar a nadie.— ¡Suéltelo luego!

Uno de los carabineros desenfundó su pistola en tanto el otro pasaba una bala en su carabina.

—¡Alto, sin disparar! —ordenó el cabo— ¿No ven que el “curco” se ha vuelto loco?

—No está loco, sino borracho, mi cabo.

—Digo que está loco. Traten de quitarle la cadena con cuidado. ¡Lacéenlo! ¡Amárrenlo!

Los carabineros manejaban con habilidad sus cabalgaduras esquivando los golpes que lanzaba Eloy con los ojos cerrados de furia.

—¡Deja Eloy, deja! —Exclamó Raúl que hasta ese momento no había dicho nada por temor de que cualquiera palabra suya agravara los acontecimientos.

El jorobado graznaba bufando y girando con la cadena cada vez más tensa. El cabo, a distancia, sin perder de vista a Raúl, contemplaba esa lucha tan inesperada.

Uno de los carabineros, usando el lazo con astucia logró cogerlo del cuello y lanzarlo a tierra.

—¡Amárrenlo ahora!

Los policías, obedeciendo, tendieron al jorobado en el suelo y le ataron manos y pies a la espalda.

El cabo miró hacia el bosque.— ¡Corten ramas! —dijo.

Raúl esperaba tranquilo lo que habría de venir, pues en un comienzo aguardó algo peor.

Los carabineros sacaron gruesas ramas verdes y un olor a pino derribado colmó la atmósfera.

—¡Sáquenle polvo hasta que eche humo!

—¿Para qué hiciste esto, Eloy? ¡Viste lo que pasa! —gritó lastimeramente Raúl, pero el jorobado no le oía porque los ramalazos producían mucho ruido.

Cuando una rama se quebraba, era reemplazada inmediatamente por otra más verde, más elástica, más resistente.

Eloy empezó a sangrar y a retorcerse desesperado.—  
¡Con ramas de pino, no-chillaba-con ramas de pino, no...

La azotaina hizo entrar en calor a los hombres y acentuó sus bríos.

—¡Basta ya mi cabo, por favor! —imploró Raúl, pero el policía no se dio por aludido.

El cuerpo amarrado y lleno de magulladuras pareció no moverse más.

—¡Vean lo que le pasa!

—Se está haciendo el muerto, mi cabo, estos "curcos" son muy requetediablos.

—¡Sigán!

Los carabineros continuaron su faena. Eloy se estremeció dando la impresión de recobrar el conocimiento.

—¿No le decía mi cabo?

El olor a pino se había acentuado colmando agresivamente todos los olfatos.

—Raúl... los zapatos... yo Raúl... para fumar, Raúl...

—¿De qué zapatos está hablando ese loco?

—¡Qué sé yo mi cabo, qué sé yo!

—Eran unos zapatos míos que le regalé cuando llegué del hospital.

—No, yo los robé, a tí... para los... yo Raúl...

—¡Ah, con que te robaste algo! ¡Bien merecido entonces "curquito", bien merecido entonces! ¡Sigán niños!

Raúl hizo un ademán de acercarse a los carabineros que castigaban al hermano, pero el cabo puso tenso el lazo y desenfundó su pistola.

—¡Basta ya! Esto es sólo para que vayan aprendiendo. ¡Déjenlo ahí! ¡Desamárrenlo y vámonos luego! Se nos hace tarde y antes de la noche debemos estar en el retén.

Los carabineros soltaron al jorobado que quedó encogido y tiritando como un trozo de carne recién despostada.

—¡Eloy, Eloycito, hermanito, por la mierda...!... ¿Ves tú cómo son las cosas?... ¡Eloy, Eloycito...! —Pero la voz de Raúl se perdió en el ruido de las cabalgaduras en movi-

miento, adentrándose en el bosque, en los crecientes pinares.

Amanecía cuando estaban echándole la última paleta a los restos de Pedro Piedra y llegaban los Rivanera con Lola al pequeño cementerio. Onofre los miró con desconfianza.

Ufemia corrió a abrazar a Martina, quejándose de su reuma y recordando escenas de la vida del evangélico: cuando éste insultaba a los paganos y ahuyentaba al Demonio. Martina la escuchaba y sólo decía: —¡Y tan prolijo que era...! ¡Y tan prolijo!

Onofre miró a su hija sin rencor.

—¡Así que ahora tienes hombre! ¡La mosquita muerta!

Lola estiró los labios en forma de trompita, dejó caer los hombros y bajó los párpados.

—Venimos a la minga— habló Justo, sonriendo— ahora que somos familia...

Los demás Rivanera callaron porque estaba hablando Justo que, por ser el primogénito, representaba a la familia entera en voz y decisiones.

Onofre abrió los párpados sin comprender nada todavía.

—Si usted nos acepta como nueros pues —continuó Justo— la cosa está hecha. La Lola me estaba hablando de una minga. Decía que usted quiere tierra como la que nosotros le sacamos al pajonal, allá arriba. Somos cinco y si nos da la comida, le trabajamos. Yo digo que hay que ayudarse porque la ayuda es la mejor. ¿No le parece, don?

El viejo Onofre no pudo articular palabra, pero pensó que aunque él era muy alegre, esto le producía algo distinto.

—Prometido, don, delante de este difunto que ahora mismo estamos enterrando. ¡Para algo somos familia! ¡Y si no le parece bien, podemos hacer otro arreglo. Le cambio a la Lola por esta señora —espetó Justo señalando a Ufe-

nia.— Así todos tendremos madre y padre y quedaremos parientes.

—Yo soy muy alegre —exclamó Onofre, pero no pudo continuar, pues el rubor se lo impidió como también el esfuerzo por estirarse para aparentar menos años.

Muchas flores silvestres fueron derramadas sobre el túmulo. En la cabecera Pello clavó una cruz de su confección.

—¿Y la piedra del milagro? —preguntó el muchacho mirando a Javier y echándose algo de alimento a la boca.

—Desapareció, parece que se la llevó el agua —contestó el joven Rivanera— ¡Y nosotros que nos atrincheramos!

—¿Ven? Si hubiera sido el Amado... pero el Pastor jamás engaña a sus corderos.

—¿El Pastor?

—Sí, basta oír la voz del Evangelio para saber quien es el Pastor... ¡Bah!

—¿Entonces tendremos miñga, —pregunto José Paíroa—o cómo es la cuestión?

Todos, menos Martina, se miraron sonriendo.

—Entonces que alguien vaya al pueblo, traiga algunas provisiones y vino, porque hay que ponerse a trabajar "al tiro" después que este difunto quede descansando en paz.

Onofre hizo sus cálculos. Juntó dinero entre los presentes y se lo entregó a Justo Rivanera.

—Grasa, harina, azúcar, mate...

—Y un paraguá quizás... tal vez llueva, hombre.

—¡Sí, claro, un paraguás, Narcisa, no faltaba más!... ¿Dónde está el caballo?

Era necesario ahora rezarle algo a Pedro Piedra. No estando el Padre Damián, Onofre se aprontó a hacerlo.

—Aunque yo soy muy alegre y no sé rezar como evangélico, bueno... ¡Quédense callados para empezar!

Y así dijo Onofre su oración fúnebre:

—Señor Dios, Padre nuestro. Ahora, Pedro Piedra que era tan trabajador, se está pudriendo en la tierra porque lo aplastó un tronco cuando vino la maldita crecida del pajo-

nal. Pedro Piedra nunca le hizo mal a nadie, por eso tú, Señor, tienes que abrirle las puertas del Cielo. Cuando nosotros le quitemos un pedazo de tierra, al pajonal, y tengamos terreno propio, nos dará mucha tristeza que este hombre no pueda... no pueda... celebrar el Dieciocho de Septiembre con nosotros. ¡Dios! Tú que pasaste hambre en el tiempo en que los moros y paganos te echaban a los leones, sabes que lo que te digo yo, aunque a veces soy un poco alegre, es muy sincero y que te lo hablo "apensionado" y triste. Pueda ser que ninguno de nosotros se muera antes de tener la tierra, porque si no, nos daría una pena inmensa, y mucha rabia de no alcanzar "la tierra prometida". Tú sabes que somos humildes y creemos en Tí y también en Satanás que te juega muchas porquerías, porque él prefiere el mal que el bien. Dios, tú que eres un hombre sencillo, échale una bendición a don Pedro Piedra, que en paz descansa, y déjalo entrar al Cielo. Yo sé que te ayudará mucho estando allá, sabe hacer todo y no habla mal de nadie. Nosotros pecadores, aquí en la tierra, lo lloraremos lo suficiente, porque era muy bueno, un poco raro a veces con sus ideas, pero en el fondo muy hombre y decente. Claro está que le gustaba comer mucho, pero, bueno... parece que cuando chico comió muy poco... Nada más... ¡Amén!

—¡Amén! —coreó la gente.

—¡Aleluya! —musitó Pello con los ojos hacia el cielo. Sin charlar bajaron a loma del cementerio. Martina en actitud de viuda cerraba la comitiva.

Empezó el día con el sol reinando solemne.

—¡Y ahora, al trabajo! —gritó Onofre.

Y se pusieron a correr en dirección al pajonal, y allá, sin darse tregua, comenzaron nuevamente la labor.

Desde la orilla opuesta, Juan Agustín Jauregui, acompañado del Administrador y el Llaverero, miraba impaciente el desarrollo de la faena.

BIBLIOTECA NACIONAL

22 SET. 1960

Soc. Control y Cat.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA



## *Indice*

|                                |     |
|--------------------------------|-----|
| ANGELES Y UNA ANGELITA         | 11  |
| ANGELES ANTE UN MILAGRO        | 24  |
| ANGELES ANTE UNA CHANCHA       | 39  |
| ANGELES HABLANTES              | 51  |
| ANGELES Y DUENDES              | 66  |
| ANGELES EN POLEMICA TEOLOGICA  | 83  |
| ANGELES JUGANDO AL INFIERNO    | 101 |
| ANGELES EN LA TIERRA Y EL AGUA | 114 |
| ANGELES BUSCANDO LA VIDA       | 130 |
| ANGELES SIN CIELO              | 146 |

**"ANGELES BAJO LA LLUVIA"**

por Armando Cassigoli

se terminó de imprimir el día veintisiete de Agosto de mil novecientos sesenta, en los Talleres de Arancibia Hermanos, Coronel Alvarado 2602. Santiago de Chile.





Armando Cassigoli nació en Santiago en 1928. Estudió Filosofía y Psicología en la Universidad de Chile. Ha publicado cuentos y artículos en revistas chilenas y latinoamericanas. Fué redactor de las revistas "La Gaceta de Chile", dirigida por Neruda y "Trece". Dirigió la Revista Literaria de la Sociedad de Escritores de Chile durante los años 1957-58. Producciones suyas figuran en las siguientes antologías: "Antología del Nuevo Cuento Chileno" de Enrique Lafourcade. Ed. Zig-Zag 1954; "Antología del Cuento Chileno Moderno" de María Flora Yáñez, Ed. del Pacífico 1958; y "Cuentos de la Generación del 50" de Enrique Lafourcade. Ed. Del Nuevo Extremo 1959. Ha publicado "Confidencias y otros cuentos", Ed. Renovación 1954, y "Cuentistas de la Universidad", Ed. Universitaria 1959. Durante el año 1958 la Compañía Los Feriantes, presentó "Tres cuentos para escenario", farsas dramáticas, cuyo estreno en Montevideo se hizo con el título de "Con gestos, sin palabras" por el Teatro Independiente La Máscara. Actualmente ejerce como profesor de Filosofía en Santiago, en donde vive con su mujer y dos hijas.